



LARGO ALIENTO

SUDORES, MITOS Y HÉROES DEL FONDISMO WANKA

• INCLUYE LAS HISTORIAS DE •
**GLADYS
TEJEDA**
•
**CRISTHIAN
PACHECO**
ORO EN LIMA 2019

RENZO GÓMEZ VEGA Y KIKE LA HOZ
(EDITORES)

LARGO ALIENTO

SUDORES, MITOS Y HÉROES DEL FONDISMO WANKA

LARGO ALIENTO

SUDORES, MITOS Y HÉROES DEL FONDISMO WANKA

RENZO GÓMEZ VEGA Y KIKE LA HOZ
(EDITORES)

GÓMEZ VEGA, Renzo (editor)

Largo aliento: sudores, mitos y héroes del fondismo Wanka/ Renzo Gómez Vega. Kike La Hoz, editores. -- Huancayo: Universidad Continental. Fondo Editorial, 2019.

ISBN 978-612-4443-05-53
ISBN electrónico 978-612-4443-09-1

1. Deportistas 2. Atletas 3. Fondistas 4. Crónicas

796.092 (SCDD)

Datos de catalogación Universidad Continental

Es una publicación de Universidad Continental

Largo aliento. Sudores, mitos y héroes del fondismo wanka
Renzo Gómez Vega y Kike La Hoz (editores)

Primera edición

Huancayo, octubre de 2019

Texto completo disponible en: <https://repositorio.continental.edu.pe/>

© De los autores

© Universidad Continental SAC

Av. San Carlos 1980, Huancayo, Perú

Teléfono: (51 64) 481-430 anexo 7863

Correo electrónico: fondoeditorial@continental.edu.pe

www.universidad.continental.edu.pe

ISBN 978-612-4443-05-3

ISBN electrónico 978-612-4443-09-1

Foto de cubierta: Kattya Lázaro y Bruno Cruzado

Fotos interiores: Edward Julián Daga, Kattya Lázaro, Virna Cueva,
Jorge Jaime, Gonzalo Gamarra, Renato Pajuelo, Sebastián Morales,
Bruno Cruzado y Abel Aguilar

Coordinación editorial: Karen Reyna Oba Segama

Diagramación: Omar La Hoz, Sally Sanchez

Diseño de cubierta: @Omar_La_Hoz

Los contenidos de esta obra son responsabilidad exclusiva de sus autores.

No reflejan necesariamente la opinión de la Universidad Continental.



Largo aliento. Sudores, mitos y héroes del fondismo wanka se publica bajo la licencia de Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú. Compartir bajo la misma licencia. Se autoriza su reproducción, siempre que se cite la fuente y sin ánimo de lucro.

«Está como ausente cuando corre, tremendamente ausente, tan concentrado que ni parece estar cuando está ahí más que nadie...»

JEAN ECHENOZ. *Correr*

«No basta la salud, no basta la fuerza de voluntad, no basta el entrenamiento. Hace falta aprender a conocer a la perfección el propio cuerpo. Hace falta convertirse casi en un animal»

GAIA DE PASCALE. *Correr es una filosofía*



ÍNDICE

- 11 Punto de partida >>>>>>**
Los guardianes de la gloria deportiva
Elda Cantú
- 15 La maratón va por dentro**
Renzo Gómez Vega y Kike La Hoz
- 19 La última maratón de Inés Melchor**
Edvan Ríos
Fotografías: Virna Cueva y Bruno Cruzado
- 37 El entrenador desterrado**
Renzo Gómez Vega y Analucía Ramón
Fotografías: Renato Pajuelo y Gonzalo Gamarra
- 55 ¿En qué piensa Gladys Tejeda cuando corre?**
Daniel Mitma
Fotografías: Abel Aguilar y Katty Lázaro
- 73 El purasangre del valle**
Saúl Gutiérrez y Renzo Gómez Vega
Fotografías: Katty Lázaro y Sebastián Morales
- 87 Huancayo, radiografía de un misterio**
Jhovana Mendoza y Ana Cecilia Matías
Fotografías: Katty Lázaro



de cruzar la meta. Tal vez quien mejor explica el motor de ese impulso veloz es Gladys Tejeda, al decir en las páginas de este libro: «Yo digo: solo un instante voy a sufrir. Es así. No es todo el momento, todo el día». Correr como una forma de cronometrar el dolor, de buscarlo, ubicarlo, aislarlo y dejarlo ahí en la pista. Correr para abandonar el sufrimiento en un instante a toda carrera. Correr y en el camino ir reescribiendo la historia.

De la mano de los cronistas de este libro nos adentramos en los secretos de Huancayo, la llamada «Kenia de Sudamérica», una ciudad de poco menos de quinientos mil habitantes, ubicada a poco más de 3 mil metros sobre el nivel del mar, donde en 1984, hace ya 35 años, una empresa de galletas y golosinas organizó por primera vez La Maratón de los Andes. Esa maratón ha visto triunfar y consolidarse a varios de los mejores fondistas de nuestro país y la región: Inés Melchor, Gladys Tejeda, Raúl Pacheco, Remigio Huamán o Clara Canchanya. En el texto dedicado a Huancayo, las periodistas Jhovana Mendoza y Ana Cecilia Matías cuentan que la ciencia ha dado fe, oleado y sacramentado, lo que la cultura popular intuía:

«Un fisiólogo del Instituto de Investigaciones de Altura de la Universidad Cayetano Heredia, sin embargo, ha encontrado que los atletas de la sierra sí tienen suficiente gasolina en sus pulmones. El profesor José Luis Macarlupú lo demostró en el 2007 después de medir el consumo de oxígeno máximo (VO2max) de seis atletas de alto rendimiento, nativos de altura».

Según el propio Macarlupú, «se probó que los atletas de altura alcanzaron su máximo rendimiento físico en condiciones de hipoxia (poco oxígeno)». Es más, el consumo de oxígeno máximo de los atletas andinos se encuentra cercano al registrado por sus pares kenianos. «La Kenia de los Andes», nos explican Mendoza y Matías, no solo está más viva que nunca, sino que cuenta con la ciencia de su lado.

En *Largo aliento* nos enteramos también de que la alameda Simón Bolívar en Junín cambió su nombre en el 2016 por el de Gladys Tejeda. Al libertador extranjero ha venido a reemplazarlo una esculida corredora de treinta y poquísimos años que actualiza la imagen del heroísmo que tendrán a partir de ahora los escolares. En su familia intuyen ese destino inspirador, ese potencial que excede a la gloria deportiva para inscribirse en la Historia nacional, y su hermano asegura que guarda sus primeras zapatillas bajo siete candados.

En otra crónica del libro, obra de Hans Camposano, viajamos a un pequeño pueblo de Junín que no aparece en los mapas disponibles en Internet para conocer a un niño de once años llamado Deivis Beckham que sueña con ser futbolista como el astro inglés al que debe su nombre pero que, en realidad, tiene mucho más a mano convertirse en una estrella del maratón peruano.

¿Por qué? Porque ahí, en ese lejano rincón del Perú a más de 3400 metros sobre el nivel del mar, en el pequeño pueblo de Cocha, «no hay panadería, ni bodegas, ni tiendas» y, por ende, «los panes, los abarrotes y las medicinas siempre llegan con demora», si Deivis quiere llegar a tiempo a clase debe atravesar la cordillera corriendo.

En Cocha también vive Ediliz, una niña de ocho años que ganó una maratón escolar en la que Deivis quedó tercero. A ambos les sigue la pista y les augura un futuro brillante —si es que así lo desean ellos y el sinfín de dificultades que se le presentan en el camino a los deportistas de la sierra peruana no se lo impide— un veterano fondista, consultor del Instituto Peruano del Deporte (IPD) y cazatalentos de atletismo en los Andes llamado Jeremías Landeo.

Deivis y Ediliz podrían ser algún día los sucesores de Gladys Tejeda, Inés Melchor o Willy Canchanya, pero antes tendrán que superar obstáculos variados, algunos de los cuales cuesta pensar que todavía afectan a los niños de este país y que les colocan el partidito varios metros por detrás del de sus futuros posibles adversarios. Como muestra, un pequeño y doloroso botón: en Junín, la región donde tanto Deivis como Ediliz nacieron y viven «un 57 % de niños entre seis meses y tres años padece de anemia, una cifra superior al promedio nacional (43.5 %)».

Pero la historia del fondismo peruano, esa historia que de un tiempo acá nos hemos acostumbrado a glosar llenos de orgullo y admiración, está llena de ejemplos de superación, llena de relatos de lucha contra todo y contra todos, donde la victoria parecía tan improbable que nadie, a veces ni siquiera los propios protagonistas la vieron venir. Quizá ningún ejemplo tan potente y conmovedor como el que reconstruye en estas páginas el periodista Jesús Rodríguez: «Efraín Sotacuro, el hombre que aprendió a correr».

Sotacuro perdió los brazos, ambos, poco antes de alcanzar la mayoría de edad en el año 2008. Estaba jugando con uno de sus primos en la mina donde trabajaba su padre, cuando cogió unos cables de alta tensión que había en el suelo. Ese instante que cambiaría su vida para siempre lo reconstruye, usando las palabras de Sotacuro, Jesús Rodríguez:

«Me contaron luego que me paré como pude, que alcancé a dar tres pasos y que me desvanecí. Que perdí el conocimiento por segunda vez. Que al inicio, cuando me vieron temblando, con la mano derecha cogiendo unos de los cables, pensaron que era una broma. Un chiste pesado. Hasta que vieron cómo me ponía rígido. Y cómo intentaba quitarme el cable con la otra mano mientras convulsionaba. Convulsioné tan fuerte por la descarga eléctrica que antes de que fueran a ayudarme salí disparado como dos metros, y me estampé contra un muro».



Los médicos tuvieron que amputarle los brazos. Cuatro años después, el 25 de noviembre de 2012, la vida de Efraín Sotacuro cambiaría para siempre una segunda vez, luego de que participara en una carrera 10k casi de casualidad, ubicándose en el puesto 12 entre 9 mil participantes.

Cuatro años después, el fondista nacido en Huancavelica conseguía el cuarto puesto en la maratón de los Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro 2016. Y en abril de 2019, diez años y unos meses después del accidente que le cambió la vida por primera vez, Efraín Sotacuro alcanzaba el quinto lugar en el Mundial de Maratón Paralímpica celebrado en Londres. No sé ustedes, pero a mí no se me ocurre un mejor ejemplo de resistencia y superación que el joven Sotacuro.

En este 2019 los entusiastas del deporte nacional parecería que solo tienen memoria para las glorias recientes del fútbol. Con la resaca de la Copa América y la bandera todavía sobre los hombros corean *Contigo Perú* frente a los guerreros y los orejas.

Pero antes de ese júbilo multitudinario y bullero han sido las y los fondistas de la sierra, a los que este libro rinde justo homenaje, los guardianes del orgullo deportivo de un país que cuenta glorias y triunfos deportivos con humildad y mesura. No lo olvidemos. Larga vida para ellas y ellos. Largo aliento.

ELDA CANTÚ

Editora de *The New York Times* en Español

PRESENTACIÓN

La maratón va por dentro

La historia es una carrera de fondo. Corrían los egipcios. Corrían los griegos. Corrían hasta los primeros monjes tibetanos en los Himalayas. Hopis, Tarahumaras y chasquis. Han corrido todos. Por deber, vanidad o venganza. Y, a partir de no hace mucho, por medallas.

Desde los atletas ideologizados de Hitler hasta los que han levantado un puño como símbolo de su lucha contra la persecución: por la piel o por el género; o por lo que sea que haya intentado traerse abajo el *status quo*. Quién mejor que los perseguidos para enseñarnos que la historia se trata de liberarse con los pies.

La consigna, al final, es correr. Correr lo más que se pueda, engañando a la propia voluntad, torciendo nuestros propios destinos. Siempre en plural. Porque aunque se corre en aislamiento —como un extraño y tortuoso placer solitario—, solo se avanza a partir del resto. Pese al resto. Con el resto.

No se puede contar la historia de un pueblo sin incluir que ha corrido. Así haya sido en círculos, o tropezando con las mismas piedras, no hay pueblo que no lo haya hecho. O al menos intentado.

¿Cómo se puede vivir sin correr?

Desde alcanzar un bus con un chofer traicionero hasta peregrinar más de tres horas para llegar a una escuela en la puna andina, se corre.

Corremos, hemos corrido y correremos. A veces no tanto como quisiéramos. Pero cuando empezamos a revisarnos fuera de los parámetros externos, del *mainstream* de las zancadas, de los medalleros modernos, descubrimos que somos un pueblo de trashumantes. Desde mucho antes que esos mensajeros imperiales monopolizaran el prestigio de correr aquí en los Andes.

Remotamente antes.

El primer hombre que llegó a esa Sudamérica aún tectónica y salvaje —quizá por el estrecho de Bering como se ha escrito— tuvo que haberlo hecho corriendo. Y, a partir de entonces, no nos ha quedado



más que imitarlo. Solo que ahora avanzamos en manada, en colectivo. En forma de culturas y pueblos, aldeas y metrópolis.

El mejor ejemplo de esa tradición pulmonar en el Perú es Huancayo, heredero de la rebeldía huanca, ingobernable de piernas, incontrastable de carácter, capaz de hacerle frente a los Incas en esas maratones bélicas que se lidiaban en tiempos en los que las únicas medallas eran mantener la vida y el aliento intacto al finalizar el día.

Huancayo, la capital simbólica del Valle del Mantaro, el centro neurálgico de la patria, el verdadero ombligo del Perú, se ha convertido en una especie de incubadora de corredores. Nuestra Cíbola del atletismo. Sorprendería si creyéramos que esto empezó hace menos de treinta años, como una conjunción de factores, como una travesura del destino. Pero no. En realidad se ha ido delineando como esas cumbres del Huaytapallana, cinceladas con la paciencia de milenarias ráfagas de viento.

Por eso Gladys Tejeda, Inés Melchor o Cristhian Pacheco no son solo la bendita coincidencia de una región que se acostumbró a correr para vencer a la pobreza, sino la confirmación de siglos enteros de haber entrenado nuestros propios cuerpos para una competencia que ahora estamos dispuestos a enfrentar.

La maratón va por dentro, y no cabe duda. Recorre el estómago del Perú como un tajo que nos recuerda que nuestras entrañas son andinas. Maratónicamente cholos. Cuarenta y dos kilómetros y 195 metros que son casi la distancia entre Jauja y Huancayo. Los puntos más luminosos en ese Valle del Mantaro, que, por gracia de los lejanos dioses del Olimpo o por el poderoso influjo volcánico del Huallallo Carhuanchu —deidad tutelar de los wankas—, lleva en su nombre las siete letras de esa otra ciudad desde donde partió un soldado griego rumbo a Atenas sin sospechar que la distancia que dejaba detrás se convertiría en el límite de la valentía.

Maratón.

Mantaro.

Dos palabras con un mismo kilometraje.

Y aunque se corre en todo el Perú, con suelas de caucho o sandalias gastadas, zapatos en rebaja o modelos *airbag*, Huancayo ha asumido el título honorífico de ser la cuna del fondismo peruano y sede del Programa Nacional de Maratonistas. Huancayo, Junín y todo el Valle del Mantaro son la síntesis de una patria en zapatillas. Motivo suficiente para que un libro intentara seguirle la pista, aunque irremediablemente acabe siempre detrás de sus fondistas de piernas aladas.

En un esfuerzo colectivo e inédito, *Largo aliento* es el primer libro periodístico que reúne diez historias sobre los personajes que han dejado una huella alegórica y real sobre las pistas atléticas de Huancayo. Como una onda expansiva de los Juegos Panamericana-

nos de Lima 2019. Desde Inés Melchor hasta Efraín Sotacuro. Desde Gladys Tejeda y Cristhian Pacheco hasta Juan José Castillo. Desde los hermanos Canchanya hasta Florinda Camayo y todas aquellas fondistas que han luchado por un atletismo libre de machismo.

Diez historias contadas por el genio creador de periodistas y fotógrafos locales —con el invaluable respaldo de la Universidad Continental—, que intentan narrar ese recorrido, nunca exento de tragedias y desilusiones, de un pueblo hacia la meta.

Si correr es un ejercicio de largo aliento, escribir este libro ha sido lo más parecido a eso.

RENZO GÓMEZ VEGA Y KIKE LA HOZ
Editores





POR EDVAN RÍOS

LA ÚLTIMA MARATÓN DE INÉS MELCHOR



NADA FUE IGUAL DESPUÉS DE LA FRUSTRACIÓN EN RÍO 2016. NADA SERÁ IGUAL DESPUÉS DE TOKIO 2020. LA MEJOR MARATONISTA DE SUDAMÉRICA SABE QUE YA NO ES MÁS LA NIÑA HUANCVELICANA DE LOS PIES SEMIPLANOS. EL RETIRO SE ACERCA Y LO ÚNICO QUE QUEDA ES CORRER.

FOTOGRAFÍAS: VIRNA CUEVA Y BRUNO CRUZADO

—Sí, yo descubrí a Inés Melchor —dice el profesor Mauricio Rivera con ese rostro displicente y la voz áspera que usa para los extraños.

Son más de las siete de la mañana y el sol empieza a estirarse sobre el Estadio Huancayo alejando el frío de las primeras horas del día. En la periferia, en medio de la bruma que disipa la madrugada andina, se perfilan macizos estibadores que se dirigen al mercado, noctámbulos que se tambalean tras las fiestas y vendedoras de emolientes que esperan a los últimos aventurados de la noche. Del otro lado del muro, sobre la pista de tartán, los mejores atletas del Perú dejan caer los primeros sudores del entrenamiento matinal. A esta hora, Inés Melchor, la atleta peruana que más medallas ha conseguido, debería estar corriendo en los alrededores del estadio como lo ha hecho por más de veinte años, pero hoy no ha llegado a su primer ejercicio del día.

—Si quieres entrevistarla, no será posible porque ella siempre es puntual. Ya debería estar aquí —advierte el profesor Rivera.

El primer entrenador de Inés Melchor llama a su grupo para dar las instrucciones. Los niños-jóvenes se cierran en círculo. La mayoría son sus alumnas del colegio Nuestra Señora de Cocharcas, una inacabable cantera de campeonas que se levanta al costado del estadio. Rivera ordena el calentamiento. Usando vallas como obstáculos, el pelotón de atletas se ordena y estira el cuerpo.

Es usual ver en otros puntos del estadio entrenar a fondistas en solitario como Cristhian Pacheco, Gladys Tejeda o Luz Mery Rojas. O en grupo, como el inacabable Juan José Castillo, con sus jóvenes corredores; o a Boaz Lorupe, un keniano que desde hace doce años se quedó en Huancayo y ahora le toma el tiempo a los discípulos del mexicano Rodolfo Gómez. Pero también hay aficionados. Hoy, por ejemplo, un tipo barrigudo —zapatilla fosforescente, short de tenista, casaca cortaviento, audífonos— ensaya ejercicios, se estira con dificultad e inicia un trote pesado. Quiere lucirse. Los discípulos de Rivera, que ya empezaron a fatigar la pista, se incomodan cuando ven que el gordo vanidoso estorba intentando movimientos imposibles. En el fondo, no les molesta su

presencia, sino que se tome a diversión lo que para ellos empieza a convertirse en un oficio. Son chicos pobres con sueños de rico, atletas que corren para huir de la pobreza.

En el Perú, basta un repaso a los apellidos de los que mejor han representado al país, para saber que vienen de sus entrañas más provincianas: Pacheco, Canchanya, Mallqui, Yurivilca, Camayo, Cusi, Paucar, Tejeda, Chihuán, Hancco, Oncebay, Ostos, Cjuro, Machacuay, Huamán, Sulca, Arizapana, Yauri, Chocca, Chapana, Chaupin, Huatarongo. Y, por supuesto, Melchor.

Los inicios de estos mismos nombres son de leyenda: Raúl Pacheco, el primer peruano en ganar una medalla de plata en los Panamericanos de Toronto 2015, salía a vender papel higiénico, fósforos o lustraba zapatos. Miguel Mallqui, puesto 71 de los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996, fue peón de chacra y reciclador. El dos veces ganador de la Ultramaratón de la Fe de 76 kilómetros, el huancavelicano Remigio Huamán, parchaba sus zapatillas con suelas de sandalias usadas. Inés Melchor ayudaba a su mamá a vender ropa deportiva en el pequeño puesto que tenía cerca del mercado central de Huancayo. Son historias similares a la de los corredores extranjeros: Policarpio Calizaya, el veterano corredor más famoso de Bolivia, era costurero. La mejor atleta de México, Ana Guevara, tuvo que subirse a los techos de las casas para ayudar a su papá a instalar alarmas de seguridad. Emil Zátopek, el olímpico checo, empezó fabricando zapatillas y terminó como barrendero. El atletismo es, en suma, un deporte de supervivencia.

—Desde niña era disciplinada y no le gustaba perder el tiempo porque entrenaba a conciencia —recuerda el profesor Rivera, mientras sus alumnas cumplen el recorrido del día. Pero también era tímida. Cuando le llamaba la atención no contestaba; a veces lloraba en silencio.

Rivera encontró a Inés en medio de una competencia. Los profesores de Educación Física de los colegios más importantes de Huancayo buscaban semilleras de carrera: Florinda Camayo en Nuestra Señora del Rosario, Pablo Callupe en el Santa María Reyna, y Rivera en el Cocharcas. En el ambiente atlético aún resonaban las victorias de los primeros fondistas de élite en la Maratón de los Andes. Hugo Gavino, Celso Calderón, Benjamín Torre, Julián Mueras, Juan José Castillo, Marilú Salazar, Florinda Camayo, Sonia Galdós y Ruth Jaime se medían con corredores que llegaban de todo el Perú y el extranjero. En ese tiempo apareció Inés.

Una leyenda urbana dice que ganó la primera carrera que corrió en su colegio. Y no es cierto. Al llegar al Cocharcas, en 1997, ella solo quería ser futbolista. Nunca se le pasó por la cabeza dedicarse a correr toda su vida. Había nacido en Huancavelica, una de las regio-



nes más pobres de los Andes centrales del Perú. Cuando sus padres la trasladaron a Huancayo desde su natal Anccapa, una comunidad campesina cerca de la frontera con Junín, se asentaron en Ocopilla, un barrio muy modesto que emergía con migrantes huancavelicanos espantados por el terrorismo. En esas calles de tierra, Inés aprendió a jugar al fútbol. Y driblaba tan bien que no le fue difícil integrar la selección del colegio como volante central, esa pieza del equipo que nunca deja de correr.

Ahora, Rivera, un tipo de movimientos pausados, lanza indicaciones. Su grupo es compacto y disciplinado. Damaris Yauri y Verónica Hilario, dos de sus mejores cartas, terminan con facilidad unas vueltas al estadio, mientras que Virginia Huatarongo, que, asegura, tiene el mismo potencial y biotipo de Melchor —velocidad y resistencia— se divierte repitiendo los ejercicios. Pero una de las que más se esfuerza es Yenifer Melchor Huiza, la prima hermana de Inés.

—Siempre se molesta si entreno mal. Me inculca la disciplina —dice durante uno de los descansos. Ella siempre trató de involucrar a varios primos y hermanos, pero casi todos le huyeron a la disciplina. Solo quedo yo.

Esa disciplina es la que cambió el rumbo de Inés en sus años escolares. Obligada por la tradición, tuvo que participar en la carrera de tres kilómetros que organiza el colegio por su aniversario.

Para aliviar esta imposición, los profesores de Educación Física premiaban con unos puntos extra a las alumnas que llegaban en los mejores lugares. Inés no solo sacó la mayor nota de su salón al acabar en el puesto 20, sino que le ganó a muchas que ya dejaban el colegio. «¿Entrenaste para esta carrera?», le preguntó entonces el profesor Rivera, luego de ver, sorprendido, cómo esa pequeña niña de primero de secundaria cruzaba la meta antes que muchas atletas de su grupo. Y no. La pequeña había salido a correr solo una semana antes para contentar a su papá que no abandonaba la idea de que debía existir un atleta en la familia.

Rivera se ofreció a entrenarla. Inés probó por algunas semanas, pero le costaba levantarse temprano. Le seguía pareciendo una pésima idea salir a correr todos los días. Y volvió al fútbol.

Convencido de que el atletismo podría sacar de la pobreza a toda la familia, el profesor fue a buscar al año siguiente al padre de Inés en su casa de Ocopilla.

Faltaban tres meses para la nueva competencia de aniversario, cuando Inés decidió entrenar otra vez. Y no solo le ganó a todas las chicas de su colegio con solo trece años, también llevó a su casa una bicicleta y los trescientos soles del primer premio.

Desde esa victoria, cuando ya brillaban con cierta luz las fondistas Mabel Oncebay, Ketty Valencia y Cinthia Ordaya —también



exestudiantes del colegio Cocharcas y descubrimientos de Rivera—, Inés empezó a cruzar la meta siempre en primer lugar. Ganaba sin discusión en los juegos escolares en 3 mil y 5 mil metros planos.

Decenas de medallas comenzaron a colgar de su cuello. En Sudamericanos y Panamericanos. En menores y juveniles. Incluso se atrevió a correr en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004 sin siquiera tener DNI.

Cinco años después, dio el salto al medio fondo y, en el 2012, ya con 26 años, decidió convertirse en maratonista con su segundo entrenador, el coreano Pedro Kim.

—Si hubiera seguido entrenando conmigo, recién habiéramos estado corriendo maratón —dice Mauricio Rivera.

Su plan con Inés era afinar la rapidez y, una vez cumplidos los 30, poner la mira en la prueba de largo aliento. «Hay gente que gana pasando esa edad», dice, y pone como ejemplo a Constantina Tomescu, la rumana que se quedó con el oro en los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 a los 38 años.

Rivera aprendió de su entrenador Hugo Gavino —seis veces ganador de la Maratón de los Andes— la mejor receta para un fondista cauteloso: en los primeros años se desarrolla la velocidad con competencias de medio fondo, y, luego, la resistencia con la maratón. Pero no pudo ponerlo a prueba con Inés. Habla con cierta nostalgia porque ya no son amigos.

El ascenso de la fondista hizo pensar a su padre, Teobaldo Melchor, que el talento era de familia. Así que mandó a entrenar a su hijo menor, Percy. Rivera dice que era indisciplinado y por eso lo retiró de su grupo. A Inés no le gustó esa decisión y, tras doce años, se independizó de su descubridor. Todos se sorprendieron al ver que Inés empezaba a entrenar sola.

Hoy, solo se saludan por diplomacia.

Los jóvenes atletas terminan el entrenamiento de la mañana. Muchos estudian becados en universidades. Una del grupo le pide prestado a Rivera para su pasaje. El entrenador sonríe y mete la mano al bolsillo: sabe de las carencias.

Cuando todos se hayan ido, confesará que hasta ahora no encuentra a alguien como Inés Melchor. Quizá tenga que ir hasta Huancavelica a buscarla. Quizá sí exista esa niña con los pies ligeros, que sin saberlo haya empezado el entrenamiento diario de caminar varios kilómetros para ir al colegio.

Un día, poco antes de la ruptura entre ambos, Rivera quiso probar si Inés podía correr más de 30 kilómetros. La muchacha, acostumbada a los 5 mil y 10 mil metros, llegó agotada.

¿Por qué la exigió de esa manera?

—Porque quería que termine de crecer su corazón —dice.



Uno de los más de 600 clientes del gimnasio de Inés ha perdido su ficha técnica y no recuerda cuántas sentadillas le toca hacer hoy. La asistente le dice que buscará en los archivos, pero el cliente hace una mueca de incomodidad. Inés, que ha visto la escena, toma la posta. Sube sus 45 kilos por las escaleras en pocos tramos. Y, unos minutos después, vuelve con la ficha. Superado el episodio, se acomoda en una silla dentro de una pequeña oficina que dice «Administración». Hay días en los que Inés tiene tiempo para atender personalmente a los clientes. Sabe que su nombre es la mejor estrategia de marketing. Sabe que muchos van a su gimnasio para cruzar un par de saludos con la mejor atleta peruana del 2003.

—¿Por qué nunca terminas cansada luego de una maratón, Inés?

—Claro que me canso, son más de dos horas corriendo, pero uso la psicología deportiva. Desde el kilómetro 35, que son los más complicados, pienso en lo mucho que me costaron los entrenamientos, y me obligo a ganar.

Aunque su rutina no ha cambiado tanto, hoy es menos exigente. Cuando la carrera era de medio fondo, solía entrenar tres días en dos turnos y cuatro en uno solo. Si se aproximaba una maratón, el plan se alteraba: seis días, mañana y tarde. Era inquebrantable. En la víspera, preparaba sus cosas para salir antes de las siete de la mañana al estadio. Corría. A las diez, desayunaba un jugo, avena o quinua con un pan, tres huevos sancochados o alguna fruta. A veces, un plato de brócoli o coliflor arrebozada. Dormía hasta la una de la tarde con el celular en modo avión. Almorzaba arroz con pollo, ceviche o un plato de papa a la huancaína. Lavaba sus medias y zapatillas. Arreglaba su departamento. Conversaba por videollamada con su hermana y su sobrina. Miraba películas. Verificaba los temas administrativos de su marca. Salía otra vez al estadio antes de las cuatro. Corría. Al volver, se echaba si estaba cansada o dirigía el gimnasio que tiene por el centro de la ciudad hasta la noche. Así era una jornada de entrenamiento, pero con el paso de los años ha perdido regularidad.

Daisy Zereceda, su mánager, quisiera que no fuera así. Ella, como pocos, conoce el ascenso y las caídas de Inés Melchor. Cómo pasó de ser una promesa con las zapatillas rotas a un ícono deportivo con el retiro rondándole. Desde que la vio correr en un Campeonato Nacional de Atletismo, en el año 2000, se deslumbró con el aura de esa niña llamada Santa Inés. Llamó su atención entre las cientos de competidoras que colmaban las pistas de la base Las Palmas, en Lima. Era chiquita, apenas hablaba y una de sus suelas tenía un hueco. Había



hecho polvo a sus rivales en la prueba de 2 mil metros planos con una marca que podía canjearse por una medalla sudamericana. «¿Quién es esta chica?», pensó, con una inquietud casi profética.

Además de haber competido como saltadora, Daisy Zereceda era directora de la revista *Atletismo*. Aquel día, decidió entrevistar a esa niña maravilla, regalarle una casaca y su primer par de zapatillas importadas. Inés, desde entonces, la empezó a llamar «Madrina». Cada vez que llegaba a la capital, la esperaba en la estación de buses. La llevaba al Estadio Nacional. Y, a veces, la alojaba en su casa. La saltadora de Tacna y la corredora de Huancavelica estaban destinadas a estar juntas. Ahora, casi veinte años después, Daisy Zereceda, una mujer inquieta y con la piel tostada, decide su plan de trabajo, trata con sus auspiciadores, administra la marca comercial inscrita en los Registros Públicos y es la más preocupada de que Inés ya no entrene como antes. En medio de una oficina, con las últimas copas ganadas en la Maratón de Santiago y varias fotografías de ambas, alivia el dolor de su columna sobre un balón suizo. Le ha tocado vivir a los brincos, tanto como deportista, como mánager de



Virma Cueva

Inés. «Ya le dicho que no debería meterse tanto en su gimnasio. Pero yo es su vida. Ella es la que decide».

Lo de su gimnasio es una revancha del pasado. En el 2009, cuando Inés ya tenía un buen racimo de medallas y empezaba a competir en pruebas de mayores, un auspiciador le regaló un mini-gimnasio. Su casa de Ocopilla era tan pequeña que tenía que dormir en la misma cama que sus hermanos y sus padres tuvieron que colocar las máquinas en un espacio de la sala. Diez años después, Inés ha levantado como empresa propia un gimnasio de cinco pisos entre discretos restaurantes del centro de Huancayo. En lo más alto, decidió que estaría su departamento. Si antes tuvo que incluir un gimnasio en su casa, ahora incluyó su casa en un gimnasio.

Al interior de su dormitorio, un ropero ancho solo es superado en tamaño por una cama *king size* de tres plazas con sábanas blancas. Dos metros cuadrados de colchón para su pequeño cuerpo dormilón: 153 centímetros que solo ocupan una quinta parte de este cuadrilátero acolchonado. Ha colocado un televisor frente a su cama con cuenta de Netflix y señal privada de cable para ver películas románticas, de comedia y dibujos animados. Desde ahí también puede vigilar las cámaras de seguridad de su gimnasio. Sobre un estante se confunden artículos de maquillaje, peluches que le trae de cuando en cuando su esposo y algunos regalos de sus fanáticos. Ahí también tiene un lugar especial para sus trofeos y medallas. Solo los de oro. Los demás los guarda su papá.

«El gimnasio "Inés Melchor», donde cientos llegan a mojar pechos y axilas, se edificó a partir del sudor de Inés. Una carrera como deportista de alto nivel desde el 2009 le permitió juntar lo suficiente para pagar los millones de soles que demandó el terreno, la construcción del edificio y la compra de más de treinta máquinas de entrenamiento. Ahorrar es otro de sus talentos a largo plazo. Aparte de las competencias ganadas, sus auspiciadores le representan más de la mitad de sus ingresos, que hoy le permiten sostener este negocio y atender diecisiete horas al día desde el 2015. Tiene 30 trabajadores. Algunos de ellos, de su propia familia: su mamá abre el gimnasio; su papá se encarga de la cochera.

—Más que velocidad, tenía resistencia —dice Inés, mientras le da una revisión al informe contable del día en su gimnasio. La tuvo desde pequeña, cuando solía visitar a mi abuela en su choza de Lihua.

Tendría seis años. Ni bien salía de vacaciones, debía hacer el largo viaje. La carretera solo llegaba a Puytuco, distrito de Acobambilla, y no quedaba más que caminar hasta Anccapa, de ahí a Telpaccha y luego hasta Lihua. Caminaba de cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde a más de 4 mil metros sobre el nivel del

mar. Amaba estar entre ovejas y alpacas en el campo, así que repetía este mismo viaje varias veces al año hasta que, al cumplir los once, empezó a entrenar con disciplina.

Constantino León, coordinador del Programa de Maratonistas de la Federación Peruana de Atletismo, cree que los niños del campo fortalecen sus pies por la necesidad que tienen de caminar hasta la escuela, traer agua, leña o juntar a los animales. Mientras en Kenia, India, Marruecos o la Patagonia argentina lo hacen a pleno sol, en el Perú se hace bajo lluvia o nieve y por quebradas y desfiladeros. Así fueron los inicios de Raúl Machacuay, puesto 45 en Río 2016, que caminaba más de una hora del poblado de Shogue a un caserío de Rosario para ir a su colegio en la provincia de Junín. El mismo arranque que han tenido los mejores atletas del Perú en las regiones más olvidadas: Huancavelica, Junín, Cusco, Puno, Huaraz. Como él, casi todos los corredores pasan por este entrenamiento forzoso.

—Los niños de la ciudad ya ni caminan. Los recogen desde la puerta de su colegio —dice Constantino León, quien se gastó las suelas en las largas caminatas a su escuela de Pampas, en las alturas de Huancavelica.

Constantino es amigo de Inés y cree que su carácter la puso donde está porque ella siempre quiere ganar en todo. Una vez, perdió en una competencia por un segundo. Fue en la Maratón Internacional de Daegu, Corea, en el 2016, contra la keniana Caroline Cheptonui.

—Esa maratón me dio cólera porque revisé el vídeo muchas veces y no sé cómo pude agarrar el agua faltando un kilómetro —se lamenta hasta hoy Inés. Cuando tomas agua, recién asimilas a los veinte minutos. De nada me servía. Perdí varios pasos, valiosos segundos que me habrían hecho ganar.

Por esos días, ya tenía cuatro años entrenando con Pedro Kim. La severidad que le impuso el coreano la reinventó. En el 2012, pese a una lesión, llegó en el puesto 25 en los Juegos Olímpicos de Londres. La primera sudamericana en cruzar la meta. Durante tres años consecutivos logró sus mejores marcas con más fuerza de carácter que entrenamiento previo. En los Bolivarianos de Trujillo 2013, alcanzó su marca nacional para los 5 mil metros planos en un duelo aparte con Carolina Tabares, la mejor de Colombia. En un video subido a YouTube, se puede ver cómo la pequeña peruana quiere sobrepasarla en la segunda vuelta, pero la colombiana se lo impide con el cuerpo. El duelo se enciende. En la curva siguiente, Inés se cuele por el costado y se pone adelante, pero Tabares arremete. Unos pasos después, Inés vuelve a tomar la delantera en la siguiente vuelta, hace trastabillar a la colombiana, pero esta nuevamente se coloca primera. Inés ahora sí se molesta. No le importa la diferencia entre ambas: la huancavelicana con 153 centímetros y la hija predilecta del fondismo

de Riohacha con 162. Entonces, bracea más fuerte y aplica su remate. Inalcanzable, cruza la meta. Veintisiete años y un tiempo récord nacional para el asombro: 15:30:63.

Dos años después, en la Maratón de Berlín 2014, aceleraría aún más: récord sudamericano con 2 horas, 26 minutos y 48 segundos. Al año siguiente, en California, en el Payton Jordan Invitational se impulsó en 10 mil metros con 31:56:62, otro récord nacional. Solo faltaba un año para Río 2016, la carrera más esperada de su vida.

—Cuando corro una maratón bajo dos kilos —confiesa mientras vuelve a darle un ojo a la contabilidad de su gimnasio. Me he pesado luego de recorrer los 42 kilómetros y pierdo dos kilos en sudor.

Al contrario de atletas como Miguel Mallqui, un reciclador que corrió en Atlanta 1996 y sorbía su caldo de cordero antes de cada competencia, Inés nunca toma desayuno la mañana previa a una carrera de semifondo. La pone pesada. Para una maratón, suficiente una rodaja de pan y un plátano.

Hoy, con una dieta menos restrictiva, Inés es una guerrera en tiempos de paz, una corredora dispuesta a representar al país con eficiencia, pero también la administradora a tiempo parcial de un gimnasio. Seguirá siendo la mejor mientras Jovana de la Cruz, Gladys Machacuay, Luz Mery Rojas, Rina Cjuro y tantas otras aún no encuentren la fórmula que les permita destronarla.

Falta una hora para cerrar el gimnasio y la campeona quiere descansar. A partir de los 30 años, tras la derrota en Río 2016, su rutina ha tenido muchos cambios. Ahora le da más importancia a su vida personal. Si antes, con lágrimas en los ojos, se perdía los 50 años de su papá para ir a competir; hoy, si nota que está enfermo, prefiere dedicarse a su cuidado.

También ha decidido formar su propia familia: hace dos años se casó con el teniente Raúl Guzmán Roque, tres años menor que ella. Cruzaron las primeras miradas en la comisaría de Huancayo, un día que su gimnasio pidió apoyo para llevar ayuda social a los internos de un penal. El romance fue veloz. A Inés le gustó su honestidad. Intercambiaron números de celular y, en una semana, salieron. Más velocidad que resistencia. Lo contrario a lo que vivió con Jhon Cusi, el atleta cusqueño que logró que Inés pidiera ir al Cusco a entrenar a su lado. Ya llevaban seis años cuando ella se enteró que él había embarazado a otra mujer. Lloró y juró nunca más involucrarse con un deportista. Hasta que llegó el policía.

Hace poco, en el cumpleaños de él, Inés hizo un almuerzo. Al hablar, el teniente se conmovió hasta las lágrimas. Inés lloraba silenciosa detrás suyo. Ambos saben que pronto él será destacado a otra región y tendrán que separarse. O quizá aún no. A punto de cumplir 33 años, Inés ha decidido retirarse luego de Tokio 2020.



Mientras tanto su vida sigue entre las prácticas y el gimnasio, pero cada día asume más actividades caseras. Un día va al dentista a ver el avance de los frenillos que le arreglarán la sonrisa; otro, sale a pasear con sus perros, el schnauzer Lucho y la callejera Chata, una perra que recogió de los basurales.

Las padres de Inés acaban de llegar de visita al gimnasio. Viven en la casa contigua, donde su hija los ha instalado para tenerlos cerca. Teobaldo Melchor Acosta y Fidela Huiza Paucar nunca dejaron de trabajar pese a los logros de Inés. Él, hombre andino recio, sigue con trabajos eventuales de transportista; y ella, mujer austera y emprendedora, en su puesto de ropa deportiva cerca al mercado central. Se conocieron hace cuarenta años y son una de las parejas de los tres hermanos Melchor que se enamoraron de las tres hermanas Huiza.

—Un día, cuando tenía tres o cuatro años, mientras vendíamos buzos como ambulantes en la feria dominical, Inés se perdió —recuerda Teobaldo Melchor. Nos asustamos mucho.

¿Cómo se pudo escabullir una niña tan pequeña entre dos adultos?

—Es que ella no caminaba; corría desde bebé —responde su madre, orgullosa.



A Inés Melchor se le acaba de escapar el sueño. Las carcajadas de un atleta de Pucallpa, que se ha sumado para entrenar junto a ella, animan el bus que la traslada esta mañana junto a un grupo de atletas fuera de Huancayo. Se llama Lionel, como Messi, y se apellida Sangama, como ese libro de aventuras de la selva amazónica. El muchacho llegó hace tres años para una prueba, pero se quedó a entrenar en Huancayo porque aquí entrena Inés Melchor y porque de aquí salen los mejores fondistas del Perú. Aunque no hay estudios definitivos que lo reafirmen, algunos creen que la altura huancaína prepara los pulmones para la escasez del oxígeno; que los niños que van a sus escuelas recorriendo grandes distancias crecen adiestrados para el trote; y que sus parajes afianzan mejor a los deportistas. Al atleta de Pucallpa, sin embargo, le basta con entrenar al lado de Inés Melchor, con quien hoy viaja a Huarisca, un poblado a media hora de la ciudad.

—Llegamos. ¡Cámbiense! —ordena el profesor José Chocca, quien en el Perú controla las rutinas de Inés, bajo las instrucciones de Luis Miguel Landa, un español con experiencia en nueve juegos olímpicos desde 1972. Le tocó asumir el lugar de Kim tras el incidente con Gladys Tejeda: una denuncia por acoso sexual que levantó mucho polvo en las pistas. Inés, que conocía las intransigencias



del coreano, pero apreciaba su disciplina oriental, se puso de su lado. Kim decidió marcharse a su país antes de que la Federación de Atletismo anunciara su separación definitiva. Una grieta se abrió entre ambas. Evitaban participar de las mismas carreras. Cada una empezó a prepararse por su cuenta. A partir del 2017, Landa asumió la tarea de enviar el plan de entrenamiento de Inés. Así lo quiso ella. No le gustaba ir al Centro de Alto Rendimiento de Madrid, porque prefería el aire de Huancayo a estar recluida en Europa. Al poco tiempo, un cambio se hizo visible. Si con Kim acumulaba 250 kilómetros en una semana, con Landa no pasaba de los 200, pero con una diferencia: la velocidad y el ritmo eran mejores.

Los corredores bajan y hacen un breve estiramiento de músculos. El atleta de Pucallpa sigue gastando bromas. Inés parece una muñeca rearmada con piernas enormes. Sus ojos son líneas horizontales que se abren para mirar el camino y las manchas de su rostro sobresalen con la luz del sol. Empieza a trotar. Está corriendo luego de dos semanas de descanso. Una molestia alteró sus planes. Por eso no iba con regularidad al Estadio Huancayo.

Su historial de lesiones es de temer. Quizá el imaginario popular no lo advierte porque muchas veces ha decidido correr confiando en los entrenamientos, con el corazón grande. Pero en el 2009 tuvo un desgarró antes del Mundial de Atletismo en Berlín y paró cuatro meses. Lo mismo le pasó antes de Londres 2012: corrió, pero tuvo que descansar la rodilla un mes y medio. Y cuando quiso desafiar los 42 kilómetros de los Panamericanos de Toronto 2015, otro desgarró en el muslo derecho la obligó a abandonar la carrera. Un mes antes de Río 2016, ocurriría de nuevo.

El sol arrecia en la pista y exige más a los atletas. Son veinte kilómetros. Junto a Inés corren jóvenes amateurs. También el risueño atleta de Pucallpa, la ayacuchana Aurea Salvatierra y Karina Villazana, una fondista de mirada triste que perdió por dopaje las medallas de oro y plata ganadas en el Sudamericano de Medellín 2010. Mientras avanzan los kilómetros, algunos suben al bus porque no pueden continuar. Persisten Inés, el pucallpino y Villazana. Inés corre con la mirada puesta en Tokio 2020, que será el último de sus esfuerzos olímpicos, una competencia nada auspiciosa para los maratonistas peruanos.

En Atlanta 1996, Miguel Mallqui llegó en la posición 71. En Beijing 2008, Constantino León solo alcanzó el puesto 61. En mujeres, Ena Guevara llegó 34 en Barcelona 1992; Marilú Salazar, 54 en Atlanta 1996; y María Portilla, 32 en Sídney 2000.

Inés ya había competido en Atenas 2004, en 5 mil metros, pero se tuvo que conformar con el puesto 21. Ocho años después, en Londres 2012, sus pies retrocedieron cuatro casillas. Así que extremó su preparación. Los resultados se notaron pronto: el 28 de

septiembre del 2014 consiguió su mejor marca en fondo. Octava en la Maratón de Berlín, una de las seis más grandes del mundo, con 2 horas, 26 minutos y 48 segundos, tiempo insuperable hasta hoy en Sudamérica.

Al año siguiente, en la Maratón Internacional de Santiago en Chile, pulverizó el récord que tenía la keniana Jacqueline Kiplimo al llegar en 2 horas, 28 minutos y 18 segundos. Durante el 2015 se convirtió en una esperanza olímpica a partir de varias medallas: oro en 10 mil metros en Palo Alto, Estados Unidos; oro en 15 kilómetros en Quito, Ecuador; y oro en el Sudamericano de Atletismo en Lima. A punto de cumplir 30 años, estaba lista para la carrera más importante de su vida: Río 2016.

Inés entra a los últimos cinco kilómetros. Aprieta. Villazana la sigue, pero con esfuerzo. El atleta de Pucallpa se rezaga. En el tramo final, Inés ha quedado sola y mantiene el ritmo. Corre como lo hizo al empezar la carrera en Río.

En ese tiempo, ya había acabado Derecho, tenía 30 años y solo quería ganar la primera medalla olímpica del Perú para cerrar su carrera. Entrenaba en Corea por tener el mismo clima de la capital de la samba. A veinte días de la competencia, corría con un grupo de coreanos. Se media ante varones porque le exigían más. Ellos aceleraron. Ella los siguió, y sintió un jalón. Bajó el paso, pero a los minutos arremetió para alcanzarlos. Ahí se dañó el femoral derecho. «Era como una pesadilla. Me negaba a aceptarlo, y me hice todas las terapias de efecto rápido que existían: acupuntura, magneto, láser. Lo único que quería era recuperarme lo más pronto posible. No podía aceptar que me había lesionado faltando tan poco tiempo. Me negué tanto a aceptar la situación que así y todo decidí participar», contó, hace un par de años, en una charla TEDxTukuy, la versión peruana de las conferencias más compartidas del mundo.

En la pantalla se ve que las manos le tiemblan. La voz se le debilita cuando narra lo ocurrido en Río. «En un momento pensé que mi cuerpo iba a resistir, que a la hora de la competencia la adrenalina iba a hacer que no sintiera el dolor. Hasta que tuve que aceptar la realidad. Estaba lesionada y no podía continuar corriendo. En el kilómetro 15, me volvió el dolor intenso. En el kilómetro 25, el dolor no se podía controlar. Decidí abandonar la competencia. El dolor físico era intenso, pero aún más era el emocional. Veía cómo mis sueños se iban cayendo. El trabajo arduo que había empezado hace cuatro años quedaba en la nada. Estaba frustrada, entré en un estado emocional de shock y pensé que lo mejor sería dejar el deporte y ejercer la abogacía».

—Es que ella nunca pierde. Le chocó demasiado perder esa carrera —dice su mamá, cuatro años después de esa derrota, en su casa de Huancayo.





Bruno Cruzado

En su familia, cuando alguno de sus padres enferma, Inés llora; cuando le cuenta a su esposo que su mamá está enferma, llora; cuando ve las noticias y ve llorar a la gente por alguna desgracia, no puede evitarlo y llora; cuando ve algún drama en el cine, cuando ve las desdichas de los protagonistas en las novelas coreanas, cuando escucha las canciones románticas de Miriam Hernández o Laura Pausini, cuando recuerda a sus tíos fallecidos que le compraron sus primeras zapatillas y hasta cuando vuelve a su colegio para algún reportaje, siempre llora. Pero en esa confesión grabada, pese a que tenía los ojos inundados, no lloró. Sabía que miles de niñas la siguen por todo el mundo y no quería ser ejemplo de debilidad.

—En privado una mujer fuerte es la más sensible. Lloro bastante, pese a que soy muy fuerte en las pistas. Muchas veces, de impotencia. Por ejemplo, luego de Río, lloré y lloré por tres días. No salía de la villa deportiva. Comía, recordaba y lloraba. Llamaba a mi familia y lloraba. Solo llegué a Huancayo para abrazar a mi mamá y seguir llorando —dice.

Muchas lágrimas después, se alejó del deporte por varios meses. Nunca había dejado de entrenar, salvo para recuperarse de lesiones o en las vacaciones de fin de año. Nunca se había deprimido tanto ni cuando le detectaron pie semiplano en el centro de Alto Rendimiento de Arequipa ni cuando la suspendieron por dopaje en el 2010. Una plantilla ortopédica y el coraje de limpiar su nombre le habían bastado aquellas veces para superar esos baches. En cambio, luego de Río, empezó a salir con sus amigas del colegio, descuidó su cuerpo, engordó.

—Tuve que ir a un sicólogo. Pensar en frío. Hice terapia con ayuda de mi familia y mi esposo —dice antes del cierre de su gimnasio.

Sabe que ni un mar de llanto puede cambiar el pasado. Por eso en febrero del 2017 empezó a entrenar con los ojos puestos en los Panamericanos de Lima 2019 y con un solo propósito: la marca que la lleve a los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, su revancha. Pero ahora, en Huarisca, Inés corre sola, mirando al frente. Solo se cuida de los perros chacreros que muerden a los extraños. Reconoce que sus marcas no han mejorado en los últimos años, pero también que ninguna derrota debe detenerla. Tokio es la carrera de largo aliento que ha esperado desde siempre. Así que, cinco kilómetros antes de la meta, aplica el remate. Apura ese motor que se mueve con la fuerza de su corazón. Su desigual braceo se acelera. Llega primera. Minutos más tarde, llegan los demás.

Inés sabe que luego de Tokio 2020 su vida cambiará por completo. Acostumbrada a planificar todo, sabe que en octubre se casará en la Catedral de Huancayo, que tendrá hijos a los 35 años, que terminará el inglés para titularse de abogada, que formará una ONG para apoyar a los atletas provincianos, que apuntalará la loca idea de reducir el abismo presupuestal entre el atletismo y el fútbol. Y que, al final de todo eso, buscará una casa de campo para el retiro. Una casa como la de su abuela Lucía, en cuyos páramos y quebradas correrá detrás de ovejas y alpacas, sintiendo la brisa andina golpeándole el rostro. Quizá la última carrera que le toque superar no sea la maratón de Río ni la de Tokio, sino sobrevivir a la vida después de la gloria, esa prueba definitiva de resistencia.





RENZO GÓMEZ VEGA Y ANALUCÍA RAMÓN

EL ENTRENADOR DESTERRADO



SUS CORREDORES LO VENERAN. LOS DIRIGENTES APENAS LO PASAN. EL MEXICANO RODOLFO GÓMEZ, LEYENDA DEL ATLETISMO LATINOAMERICANO, Y LA FATALIDAD DE DIRIGIR DESDE LAS SOMBRAS. ¿ES POSIBLE FORMAR A UNA GENERACIÓN DORADA DESDE EL WHATSAPP?

FOTOGRAFÍAS: RENATO PAJUJUELO Y GONZALO GAMARRA

«Sabemos que la fuerza está acá. Por eso queremos saber cómo andan». La inquietud zalamera proviene de un sesentón canoso, vestido en buzo, que se ha plantado frente a una veintena de atletas recostados sobre las bancas de suplentes del Estadio Huancayo.

Es mediados de marzo del 2019, y ha llovido. Pasto húmedo, agua empozada, aire finito. Nada que desanime a los corredores por estos lares. El que menos gira sin descanso sobre la pista atlética, como si alguna aguja le sujetara las zapatillas a ese vinilo de tartán. Otros, en cambio, prefieren bordear el estadio, subiendo pequeñas colinas.

En occidente norte, un grupo de chiquillas estira las piernas al compás de un reggaetón de moda mientras unos curiosos comen rodajas de sandía. En oriente, en tanto, un profesor diseña un mini circuito de obstáculos sobre unas champas de grass para unos niños que llegarán en breve. Es una ciudadela en movimiento.

La mañana parece transcurrir serena a pesar del diluvio si no fuera por lo que va a suceder: el reclamo rabioso de los fondistas con mejor presente en el país hacia aquel dirigente que ha pretendido endulzarlos con sus amables maneras.

«Los Panamericanos están encima, y siguen meciendo al profesor Rodolfo. ¿De qué estamos hablando?», lo interpela Sunil Serna, un maratonista cerreño que sujeta su cabello rebelde con una vincha amarilla.

Es la primera vez que Alberto Chauca, el jefe de la Unidad Técnica de la Federación Peruana de Atletismo, pisa Huancayo en lo que va del 2019. Ha llegado, junto a su asistente, en una visita inesperada. Y aunque ambos conducen la conversación hacia los últimos selectivos para competir en los Panamericanos de Lima 2019, la molestia del grupo hace que todo gire en torno al mexicano Rodolfo Gómez y a los requisitos que se necesitan para contratarlo.

Gómez no es un atleta ni un entrenador. Es una leyenda. Cuatro medallas en Juegos Panamericanos, dos veces quinto lugar en Copas del Mundo (Düsseldorf en 1977 y Montreal en 1979), y sexto lugar en la maratón de los Juegos Olímpicos de Moscú 1980.

Gómez tampoco es un extraño. En el 2012, gracias a las gestiones de Juan José Castillo, asumió la dirección técnica del Programa Nacional de Maratonistas del Perú, establecido en Huancayo. Lo hizo sin interrupciones ni sobresaltos durante el ciclo olímpico que concluyó en Río 2016.

De allí en más su vinculación se trastocó, y entró en una espiral inacabable. No le renovaron contrato. Los atletas presionaron con plantones y marchas. Luego la Federación se echó para atrás, pero le ofreció menos dinero. Gómez regresó. Pero nunca lo hizo del todo. Se convirtió en un entrenador que envía sus planes de trabajo por WhatsApp desde México, y que solo se queda por breves temporadas en el Perú.

Aceptó ser un entrenador a distancia, provocando un caos. Un teléfono malogrado donde siempre miente alguien.

—A ver si entiendo, ¿qué dices que le falta presentar al profesor Rodolfo? —pregunta Sunil, desafiante, con papel y lápiz.

—Su curriculum documentado, y que pase el examen psicológico. Hasta donde sé es eso —responde entre titubeos Juan Carlos Gonzales, el asistente técnico de Chauca.

La indignación de los atletas salpica. Es absurdo que solo sea eso. Es el abc de cualquier trabajo. Pero Chauca y Gonzales insisten: si desea ser contratado debe presentar documentos como todos. Un proceso administrativo al que —según dicen— Gómez se resiste a someterse.

Sea como fuere, a cuatro meses de Lima 2019, los maratonistas —acaso nuestros deportistas con más posibilidades de medallas— no cuentan con un entrenador oficial.

Esa será la única verdad por ahora.



«El profe siempre va a estar. Contraten o no lo contraten», afirma Félix Vila, indubitable, mientras esparce chorros de aceite sobre las nalgas de un atleta que se ha quedado en calzoncillos. Vila, al igual que Sunil Serna, el vocero de los indignados, es un incondicional de Rodolfo Gómez. Es el fisioterapeuta que fortalece los músculos de los miembros del Programa Nacional de Maratonistas, liberándolos de fatigas y lesiones crónicas. Una encomienda crucial que cumple sin aspavientos.

Nos encontramos en su consultorio, un cuarto angosto en un segundo piso al final de un mercadito, en una paralela a la avenida Ferrocarril, en Huancayo. Una camilla, un par de colchonetas, paredes calatas, frascos vacíos de esencias aromáticas y un cesto repleto de pelotitas de papel higiénico ocupan el espacio.



Vila —lentes poto de botella, polo blanco remangado, bíceps ejercitados— siguió la ruta de la mayoría de los habitantes de esta ciudad: nació en Huancavelica, pero creció en Huancayo. Apenas supera los 42 años, pero se ha ganado el reconocimiento de un oficio que hasta hace no muchos años era practicado por los mismos atletas. Básicamente por cuestiones de supervivencia. Ante la carencia de especialistas, los atletas más destacados aprovechaban sus giras para aprender terapias de relajación y luego aplicárselas a sus compañeros.

Ahora ya no. Ahora esta labor recae en tres fisioterapeutas de la región. Él es uno de ellos. Si bien atiende al público en general, su prioridad son los deportistas. Masajea hasta cinco por día en sesiones de una hora, entre mañana y tarde. También hace salidas al campo. Y realiza terapias adicionales por si surge alguna contractura de último momento.

Cuando se avecinan competencias en el extranjero, sin embargo, casi siempre se queda en Huancayo. A no ser que los mismos atletas se pongan de acuerdo y costeen sus gastos, no le queda otra que prepararlos antes del viaje. La Federación no lo contempla en los presupuestos. Su sueldo es de apenas mil soles. «Rodolfo vino hace poco. Pero creo que ya va a volver. No va a dejarlos solos. Ya lo conocemos», dice Vila, con una seguridad inobjetable.

En efecto, Rodolfo Gómez estuvo en Huancayo, en febrero, pero solo por unos días. Una visita de médico que acabó súbitamente por un problema familiar. Y que le impidió tener más de dos entrenamientos con sus muchachos.

Desde el 2017, cuando comenzó con estas idas y venidas interminables entre el Perú y México, sus ojos y pies en el Valle del Mantaro llevan nombre africano: Boaz Lorupe, un keniano que conoció en México a inicios del 2000, cuando todavía tenía pretensiones de buscarse la vida con las piernas. Y con el que se reencontró —para su enorme sorpresa— muchísimos años después instalado en Junín.

«Yo hago cumplir plan», me dirá, en uno de esos días, en un castellano tribal que no le ha sido posible corregir en más de una década. A la postre uno de sus grandes inconvenientes: su dificultad para transmitir los mensajes de Rodolfo. Aunque los fondistas lo respetan —porque ir contra él sería lo mismo que ir contra el mexicano—, no lo siguen en masa.

Cuando solo él está a cargo del entrenamiento, acuden a su llamado entre doce y quince corredores. El núcleo duro por así decirlo. Cuando llega Rodolfo, alrededor de cuarenta atletas aparecen de pronto, como salidos de una gran jungla a la espera de su líder.

En octubre del 2017, previo a los Juegos Bolivarianos, en Santa Marta, un grupo de maratonistas tomó medidas drásticas: un plantón



Renato Pajuelo

en la Villa Deportiva Nacional. Ya que sus reclamos no eran atendidos en Huancayo, se escucharían fuerte y claro en Lima. Los carteles no fueron particularmente ingeniosos, pero plasmaron su bilis: Respeto y consideración al profesor Rodolfo Gómez, señora Marita Letts basta de maltratos, ya no más mentiras.

La culpa tenía rostro: Marita Letts, la tesorera de la Federación, a quien además se le acusaba de amenazar a algunos deportistas con expulsarlos del Programa si no se plegaban a sus mandatos. La escena era apetecible para cualquier medio de comunicación, pero salvo un par de canales y una web especializada no hubo mayor eco. De todas formas, el recado era evidente: no iban a permitir que hicieran a un lado a Rodolfo Gómez.

«Con el profe se aprende todos los días. Conversando nomás se aprende. Es difícil encontrar a otro que esté a su altura», insiste Félix Vila, esta vez presionando un trompo de madera sobre las plantas de los pies de su paciente. Uno lo escucha, y entiende que sus halagos están al nivel de un alumno cuando se refiere a su maestro.



Walter Campos, corresponsal de *Gol Perú* en Huancayo, ensaya algunas ideas sobre la envergadura de aquella lealtad: «Les amplió el panorama. Antes los atletas solo pensaban en competencias locales o sudamericanas. Solo les importaba el corto plazo. Él internacionalizó su ambición».

De pronto, los deportistas corrían en la Maratón de la Meseta del Bombón, en Pasco, y, meses después, en el Payton Jordan de Stanford, California. De la Ultramaratón de Cuyuchugo, en la Libertad, saltaban a la Maratón de Pittsburgh, en Pennsylvania. Gómez había corrido varias de esas carreras, y había vivido en los Estados Unidos. Tenía la experiencia y los contactos.

Otra de las razones para intentar comprender ese apego son las maratones, precisamente. Hasta antes de su llegada, los atletas se inclinaban por las pruebas de 5 mil y 10 mil metros. La maratón era un tabú. Una competencia en la que podían pensar recién pasados los treinta.

«Si vieras a los chicos cuando está el profe», desliza un Vila extenuado tras los últimos masajes de la jornada, con las manos brillosas oliendo a eucalipto. Lo suyo es vocación. La Federación no le provee ni de láser ni de magnetos. Tampoco de aceites ni esencias.

Hasta hace un año, Félix Vila trataba a los atletas en el piso sobre una colchoneta vieja. La camilla con la que atiende a sus pacientes se la compró él. Historias de resistencia que se desconocen en Lima.



Rodolfo Gómez tiene un pie en la Federación Peruana de Atletismo. Es mayo de 2019, y los Juegos Panamericanos han entrado en conteo regresivo. Es casi mediodía de un día de semana, el sol limeño hace estragos, y la Villa Deportiva Nacional es un amplificador de decenas de obras en construcción.

Afuera, la avenida Del Aire parece haber sido víctima de la minería informal o de un cataclismo: es un tajo abierto que ha perfumado la calle con sus pestilencias. Los vecinos de San Luis están padeciendo el retraso de los trabajos. Pero no solo ellos. También las propias federaciones.

Desde que la Comisión Organizadora de los XVIII Juegos Deportivos Panamericanos Lima 2019 (Copal) inició el nuevo estadio de atletismo en la Videna, en el vértice de las avenidas San Luis y Canadá, en el 2016, la Federación de Atletismo tuvo que mudar sus oficinas. Suena más glamoroso de lo que fue: depósitos del Tren Eléctrico, un espacio al pie de la playa de estacionamiento de la selección peruana de fútbol, y hasta containers de madera prefabricada.

Rodolfo Gómez ha apoyado su pie derecho allí. Está conversando con Alberto Chauca, el Jefe de la Unidad Técnica, y Juan Carlos

Gonzales, su asistente. Parece ser una conversación amena. Incluso se dan unas palmadas en el hombro. No es una situación tirante, como la que vivieron los dos directivos frente a los pupilos de Gómez hace tan solo dos meses.

Pero ni bien se despide de ellos y nos sentamos en el pasillo, Rodolfo Gómez —jean clásico, polo rojo cuello camisero, y gorrita deportiva— desenrolla su incomodidad. Mantiene su pausado tono de voz, pero arquea sus cejas tupidas. «Sigo a medias. La Federación desea llegar a un acuerdo, pero no pueden pagarme mi sueldo. No me cabe en la cabeza cómo pueden cortar un programa que estaba dando tan buenos resultados».

Gómez llegó hace unos días a Lima. El boleto de avión se lo pagaron los atletas. Él puso 180 dólares, y ellos se encargaron de lo demás. Así han sido estos últimos años. Salvo algunos pasajes que ha gestionado la Federación, es el grupo el que costea sus visitas. Cada uno aporta según sus posibilidades a una bolsa común, y varios inclusive le dan el 10 % de las ganancias de sus carreras. Un diezmo que consideran justo.

En Toluca, a media hora de la Ciudad de México, en un clima bipolar como Huancayo, vive Gómez desde hace veinte años junto a su esposa, Adriana Fernández —la primera mexicana en ganar la Maratón de Nueva York—, y el menor de sus tres hijos. Fue Adriana quien lo hizo desistir de ir a Colombia y optar por Perú. Pero también un hecho digno de una fábula.

Dice que una mañana después de entrenar en un bosque de árboles gigantes llamado el Ocotál, en pleno invierno, y con la oferta del Instituto Peruano del Deporte de dirigir su principal proyecto de maratonistas, a Gómez se le posó en la frente una palomita blanca. Desde luego, no llevaba una rama de olivo en el pico. Pero lo insólito del asunto, sumado a que su madre acababa de morir, hizo que lo tomara como una señal.

Gómez se enorgullece de las medallas Panamericanas que han ganado sus alumnos en México. Incluida su esposa Adriana. Pero si algún hueco se distingue en sus vitrinas como entrenador son las medallas olímpicas. También vino para eso. Su familia no le daba más de un semestre en el Perú. Tenía 62 años, una edad para buscar más estabilidad que aventura. Pero Gómez optó por lo segundo. Incluso teniendo un séquito de corredores recreativos que no le pagaban nada mal; y un club de atletismo con más de tres sedes, y treinta años de fundación. «El dinero no rige mi vida. Tuve dinero y seguí igual. Luego no lo tuve y también seguí igual. Todo lo repartí», dice Gómez mientras pasan coches de carga, con pilas de ladrillos.

En el 2016, el Programa Nacional de Maratonistas cambió de manos: del Instituto Peruano del Deporte fue traspasado a la Federación Peruana de Atletismo. El IPD había cumplido el encargo de





Renato Pajuelo

promoverlo hasta que la Federación pudiera reordenarse y responder por sí misma. Y eso, en teoría, había sucedido.

Concluido el periodo como coordinador general de Juan José Castillo, digamos que Gómez se quedó en el aire. La primera medida: rebajarle el sueldo considerablemente. La segunda: cambiarle de nombre al proyecto. Aunque en el imaginario colectivo ha quedado patentado, el Programa Nacional de Maratonistas no existe más. Hace unos años fue rebautizado como Programa de Fondo y Medio Fondo, como una nueva alcaldía que pinta la ciudad con sus colores. Una resolución más cercana a la treta política que a una institución del deporte.

«Se me hace difícil decirles a los muchachos que busquen otro entrenador. Para mí sería más práctico que la Federación me dijera que ya no quiere contar con mis servicios», dice Gómez a modo de confesión.

Pero eso no ocurrirá. Huancayo aguarda por él.



Un hombre acaba de romper un huevo crudo.

No hay nada extraño en ello si no fuera porque lo ha hecho en el Estadio Huancayo. No piensa cocinarlo ni tampoco comérselo. Lo necesita para curarse.

Hace media hora por los alrededores de la avenida Ocopilla, mientras dirigía la práctica, un perro se le abalanzó a uno de sus atletas. Un perro chusco y mediano, con deseos de masticar carne humana. José Chocca, que andaba detrás, atinó a lanzarle un manazo. Lo ahuyentó, pero antes el perro consiguió incrustarle los colmillos en un par de dedos de su mano derecha.

Son los mismos dedos que está embarrándose con la baba del huevo detrás del arco norte. Un cicatrizante natural, según dice. Con la mano sana está pegándose trocitos de cáscara para sellar las heridas. Gajes del oficio bastante frecuentes cada vez que hacen calle.

José Chocca entrena a Inés Melchor. O, más exactamente, a su grupo, conformado por doce atletas. Solo Inés competirá en los Panamericanos de Lima 2019. Solo Inés es, lo que llaman, una deportista de élite.

Alguna vez fue diferente. Hubo un tiempo en que Santa Inés entrenaba junto a Gladys Tejeda, Constantino León, los hermanos Canchanya, Rocio Cantará, Gladys Machacuay, y tantos más. Los dirigía Pedro Kim, un surcoreano que asumió la dirección de la primera etapa del Programa Nacional de Maratonistas. Hasta que, en agosto del 2012, Gladys Tejeda lo denunció por agresión durante los



Juegos Olímpicos de Londres 2012. Lo acusó de haberla pateado en la cintura. Si hasta entonces la rivalidad entre Gladys Tejeda e Inés Melchor podía ser una exageración de la prensa, a partir de allí sus tripas quedaron expuestas.

Inés respaldó a Kim públicamente. Inclusive redactó un comunicado firmado por dieciocho atletas donde se dejaba constancia de que era un entrenador correcto y disciplinado. Y que se estaba cometiendo una injusticia con él. A las semanas, Kim fue internado por una crisis de hipertensión. Inclusive se dijo que había sufrido un paro cardíaco. Se temió lo peor. Inés salió de inmediato a los medios de comunicación para arremeter contra Gladys, diciendo que no le importaba jugar con la vida de otras personas. Y que no se daba cuenta de que estaba perjudicando el futuro de todos sus compañeros.

Abogó por Kim hasta donde pudo. Pero el Comité Olímpico Peruano determinó que la agresión era real, marginándolo. Aunque la versión de Gladys Tejeda es desmentida entre susurros por más de un fondista en las calles y pistas de Junín, el fallo se impuso.

Y con ello se produjo el cisma. Al cabo de un tiempo, oficializaron a Rodolfo Gómez, y su grupo —que inició con apenas cuatro maratonistas— empezó a crecer, acaparándolos a todos. Uno tras otro. Inés, sin embargo, se mantuvo en sus trece, y optó por ser cabeza de león.

Desde entonces, existen dos grupos de fondistas en Huancaayo: el de Rodolfo Gómez y el de Inés Melchor, la no alineada. Los más significativos, se entiende.

«Kim me dijo que volvería. Yo lo esperé, pero nunca volvió. Mi encargo es preparar a Inés. Yo trabajo para ella», anota Chocca, ciclista de montaña en sus años mozos y asistente de Kim durante su estancia en el Perú. Chocca, al igual que Boaz Lorupe, no diseña planes de entrenamiento. Los hace cumplir. En su caso, las alertas del WhatsApp no le llegan desde México, sino desde España.

Luis Miguel Landa es el entrenador de Inés desde las sombras. Un hombre laureado, en la pista y el banquillo como Gómez, y cuya esposa, la coreana Dong Liu, es una especialista en las carreras de Medio Fondo.

Landa no hace más de dos viajes por año a Huancayo. Sus 77 años no se lo permiten. Es más bien Inés quien va a su encuentro para realizar campamentos de entrenamiento en España. Ella lo costea todo. Una inversión solo posible por ser quien es, y por ser dueña de uno de los gimnasios más concurridos de Huancayo.

«Ellos invierten en infraestructura, pero no en nosotros», se queja Chocca refiriéndose a la Federación Peruana de Atletismo. A pesar de tener una maestría en gestión pública y vigilar la preparación de una

de las deportistas más importantes del país en las últimas décadas, su sueldo también alcanza la amarga cifra de los mil soles. Un sueldo estándar que también percibe Leivel Ramos, la fisioterapeuta del Programa Nacional de Maratonistas que se encarga de prevenir las lesiones del grupo de Inés.

Ambos, piezas fundamentales en este ajedrez, deben ingeniárselas para llegar a fin de mes. Chocca, de hecho, dicta clases de educación física en dos colegios particulares. Ha acomodado sus horarios para teletransportarse en los huecos que le dejan los entrenamientos a doble turno.

«¿Quién puede vivir con mil soles? Y encima después nos exigen resultados. Cumpliré con Inés hasta los Panamericanos. Pero luego tomaré una decisión. Es demasiado maltrato. Ya he aguantado mucho», dice José Chocca cerrando su puño izquierdo, y tirándose un puñete cortito y sonoro en la palma derecha.

Por poco y se abren sus heridas. Y uno, sin querer ser ácido, piensa: Si al menos los perros callejeros le tuvieran más consideración. Si al menos ellos...



«No puedo dejar que manchen mi nombre. No camina esa Federación. No hay directiva. Te dicen una cosa y hacen otra. Es un desgobierno».

Alberto Chauca ha dejado sus amables maneras en Huancaayo. Es una tarde barranquina de finales de junio del 2019, y el jefe de la Unidad Técnica de la Federación de Atletismo reniega desde una de las bancas del Estadio Luis Gálvez Chipoco. A sus 75 años, este campeón juvenil en 600 y 1200 metros, récord sudamericano escolar a fines de los cincuenta, y entrenador de la Liga de Lima, se veía en Lima 2019 finalizando por todo lo alto una trayectoria entregada al deporte. Un podio moral que justificaba su paso por este mundo. Algo más trascendente que un trazo sobre la arena.

Pero no podrá ser. Hace un mes renunció a su cargo. Esperó que concluyera el Sudamericano de Atletismo en Lima, y presentó su carta irrevocable. En aquel informe, que me muestra desde su celular, explica sus desacuerdos con la directiva por entrometerse en su labor técnica. Así como por el hecho de designar escasos recursos para los viajes, y frenar así la oportunidad de tener un mejor panorama en cuanto a los avances de la Federación en el interior del país.

«Yo presentaba mis listas para las competiciones, y después me cambiaban los equipos. Figuraban nombres de otros deportistas que no habíamos considerado».



A partir de julio de este año le pagarán menos de la tercera parte: cinco mil soles. «Es lo que ganan los entrenadores de más alto nivel. Él no puede estar por encima», sostiene aun cuando el presupuesto de la Federación de Atletismo se cuadruplicó en los últimos dos años: de 1,5 millones a 6 millones de soles.

Gómez regularizó sus documentos, pasó el examen psicológico, y firmó como entrenador de la Federación en mayo de 2019. Su vínculo es por un año, y solo acentúa la inestabilidad: seguirá entrenando a distancia, enviando sus planes de trabajo, y viajando entre Toluca y Huancayo.

«Su presencia no es indispensable para el desarrollo del fondo», asegura sin rubores. Hay quienes atribuyen la mezquindad de Letts a los plantones, y en general a la actitud provocadora que muchos fondistas han tenido con ella. Letts culpa a Gómez de cada uno de estos cortocircuitos y manifestaciones. Es más, aprovecha la menor grieta para bajarlo de su pedestal. Y no otorgarle el reconocimiento más justo. «Él les cobra a sus atletas el 20 % de sus premios, y también del sueldo que reciben a través del IPD. Se lleva mil soles de cada uno. Así que no se haga el pobrecito».

Atletismo será la delegación con más competidores en Lima 2019: cuarenta deportistas. Una marca histórica que supera los 25 participantes de Guadalajara 2011. Según los pronósticos, ya que a diferencia de otros deportes gitanos aquí se pueden establecer probabilidades a partir de las marcas, en Lima 2019 deberíamos colgarnos seis medallas: cuatro en maratón (Wily Canchanya, Cristhian Pacheco, Gladys Tejeda e Inés Melchor), y dos en marcha atlética (Kimberly García y Evelyn Inga).

Tres de ellos son —oh, sorpresa— pupilos de Rodolfo Gómez. La mitad de una cosecha sin precedentes.

En el mismo piso del Comité Olímpico, pero en otro pasillo se encuentra la oficina de Gustavo Cárdenas, el presidente de la Federación Peruana de Atletismo. Más que una oficina parece un almacén. Cajas amontonadas, trofeos en el piso, botellas con agua mineral. Una oda al caos para quien debe procurar que todo esté en regla.

«Cuando todos estemos muertos mi nombre aparecerá», dice Cárdenas, cogiéndose la barbilla sobre su silla giratoria. Es su segunda etapa al frente de la Federación. La primera transcurrió entre 1996 y el 2004. En los ochenta también ejerció como dirigente en los años dorados del vóley. Y en el último tiempo permaneció retirado en sus cuarteles de invierno.

¿Qué lo hizo salir de allí? La frase pretenciosa que acaba de lanzar. Si este capitán de navío retirado, que posee una empresa de seguridad, regresó a la dirigencia activa fue para darse el gusto de inaugurar el nuevo estadio de atletismo en la Videna, y ocupar el

trono cuando se desarrollaran los Panamericanos en Lima. Aspiraciones egoístas de quien no ve más allá de una placa o un botellazo.

—¿Cómo es posible que no tengamos un Plan Nacional de Atletismo a semanas de Lima 2019?

—Ehhh, el plan ha cambiado. Era diferente. Ahora estoy buscando auspicios. No queremos quitarles el apoyo a los atletas.

—No me ha respondido. ¿Tenemos un plan o no?

—Había un plan, pero tuvimos que modificarlo.

—Tengo entendido que no existe.

—Yo no diría eso. Bueno, la verdad el plan está en borrador.

Como documento no hay.

Cárdenas ya no se siente tan cómodo alucinando con su legado o jurándose un Gálvez Chipoco, padre del primer campeón sudamericano de Atletismo. Aunque el fondismo y la marcha atlética, asentados en Huancayo, le laven la cara, nuestras chances en las otras modalidades son flojitas. En lanzamiento, por ejemplo, no tendremos a ningún representante.

Y eso se debe a que los atletas no han tenido dónde entrenar. Desde que la Copal inició las obras del estadio que le quita el sueño a Cárdenas, los deportistas solo tuvieron dos opciones para continuar su preparación: el Chipoco y el Centro Naval.

En ambos tuvieron complicaciones con los horarios, y con la propia infraestructura. En el Chipoco incluso debían pagar su entrada pues la administración le pertenece a la Municipalidad de Barranco. En ese sentido, la visita de Usain Bolt, el Viento, en abril del 2019 para inaugurar la nueva pista atlética estuvo acorde a las intenciones de los Cárdenas y los Neuhaus: fotogalerías, videos y muchos pulgares levantados.

Salvo algunas excepciones, a la mayoría de deportistas no les fue posible practicar en esta celebrada joya de la arquitectura. Seleccionados a los que su Federación no les aseguró lo mínimo indispensable. Extranjeros en su propia casa.



Rodolfo Gómez está con sus muchachos.

Es la primera semana de julio, en la pista atlética del coliseo Wanka, y en tres semanas arrancará Lima 2019. El tiempo ha pasado raudamente entre las avaricias y estrecheces de quienes no priorizan el bienestar de los verdaderos protagonistas del deporte.

Cronómetro en mano, controla el rendimiento de José Luis Rojas, Wily Canchanya, Cristhian Pacheco. A estas alturas, los fondistas han reducido considerablemente sus kilómetros semanales: de 200 a 170. Una sobrecarga muscular sería una torpeza. Más bien están





puliendo sus remates. Ese último rush después de los 35 kilómetros, con el cuerpo deshidratado, aferrado a sus pensamientos.

«A los muchachos siempre les pido que piensen en lo imposible. Al menos para que se queden cerca», dice Gómez, quien medio en broma medio en serio se adjudica el lema de Adidas: *impossible is nothing*. Un creador sin patente.

En los ochenta, Gómez estuvo alejado de las competencias durante dos años a causa de la inflamación del nervio ciático. Un punzón desde la espalda baja hasta los pies lo tenía paralizado. Los médicos lo desahucieron. Le dijeron que su mal sería progresivo, y que acabaría en una silla de ruedas. Pero Gómez no quería retirarse sin volver a ganar. Fortaleció su abdomen y sus zonas lumbares, y su retorno tuvo final soñado con la conquista de la Maratón de México y la Maratón de Pittsburgh.

Si algo les transmite a sus pupilos es ese regreso del abismo. Quién mejor que Gómez que toreaba reses desde los quince años en la ciudad de Chihuahua. Ponerte al frente de una bestia de quinientos kilos también te prepara para exigir tu organismo al límite.

No está solo Gómez. Lo acompañan Boaz Lorupe y su hijo Rodolfo, un cuarentón alocado de piernas largas a quien todos llaman Rodolfín. A unos metros, Raúl Pacheco sigue la práctica, en un terno impecable que contrasta con estos sudores matinales. «¿Perú llegó al Mundial por el técnico o por los jugadores?», me preguntará el ahora jefe del IPD, en Junín. Sus deseos de tener al profesor en Huancayo se han cumplido. Al menos un mes antes de las pruebas.

Gómez aún no tiene la seguridad de que la Federación lo haya acreditado como entrenador principal de los fondistas. «Sería una pena estar en la tribuna, pero a estas alturas todo es posible».

La maratón será una de las primeras competencias de Lima 2019. Un caso raro, pues generalmente va de fondo por ser una de las más esperadas. Se trata, con seguridad, de un mensaje: serán los hombres y mujeres que han ensanchado sus pulmones en los Andes quienes tendrán el encargo de arrancar ganando. Serán ellos, con sus piernas fibrosas, trabajadas a diario al filo de la necesidad, conectando con los pies los vacíos del Estado, quienes le darán confianza a un país que recién los descubrirá.

«Hay gente que dice: a mí nunca se me ha concedido un milagro. Cómo se te va a dar si no crees. Primero tienes que creer», dice Gómez, devoto de la Virgen de Guadalupe.

Ha sido esa fe la que lo puso andar por el mundo. La misma fe que lo arrancó de México y lo trajo a esta ciudad de manos heladas y piernas calientes, enclavada en un valle. Una ciudad que se ha puesto a correr para no ser mirada por debajo del hombro. Algo realmente valioso. Más valioso que cualquier metal.





POR DANIEL MITMA

¿EN QUÉ PIENSA GLADYS TEJEDA CUANDO CORRE?



LA FONDISTA CON MEJOR RANKING EN LATINOAMÉRICA
NO HABLA. NO ESPERA. NO BAILA. MÁS BIEN MEDITA.
UNA CONCENTRACIÓN DE AJEDRECISTA PARA QUIEN DORMIR
O COCINAR SON EXTRAÑOS PASATIEMPOS.
ESTÁ POR SONAR EL PISTOLETAZO: NO LA MOLESTEN.

FOTOGRAFÍAS: ABEL AGUILAR Y KATTYA LÁZARO

Gladys Tejeda Pucuhuaranga está en el suelo, encogida como un puño. El dolor celebra sobre su cuerpo y ella se lo permite por un instante. De rodillas, exhausta, su cabeza descansa en la pista de rekortán canadiense a donde ha llegado luego de correr 42 kilómetros y 195 metros. Parecería una mala noticia si no fuera por la euforia que crece a su lado. Un grupo de personas grita: «¡Perú!, ¡Perú!, ¡Perú!» y los canales del continente rodean a la campeona. Gladys Tejeda despierta del letargo. Se pone de pie con ayuda de algunos asistentes que le alcanzan una toalla y una botella con agua. De pronto, camina, observando a todos lados. La felicidad se acomoda en su rostro. Esto es de verdad, parece decirse. Ha ganado la medalla de oro de los Juegos Panamericanos de Toronto 2015 con 2 horas, 33 minutos y 3 segundos.

La escena podría resumir su vida: pobreza, frustración, fracaso, y el grato honor de vencerlos. Posee el nuevo récord en maratón femenino de América. Será una celebridad del Perú en los próximos meses. La gente la esperará en el aeropuerto y se peleará por una foto con ella. Estará en todos los canales. Dará decenas de entrevistas. Las marcas deportivas querrán lucirse sobre su cuerpo. Su país la pondrá en los altares, pero en menos de cuatro meses la hundirá cual Titanic.

La desgracia. A Gladys Tejeda la sentenciarán por doping. Le quitarán la medalla. Las voces que la aclamaban se apagarán y todos dudarán de su palabra. Ella escapará de todo, saltará al carril contrario y acelerará la marcha. Después de Toronto, Gladys Tejeda se apartará del mundo. Creará uno paralelo donde ella decide dónde y cuándo ocurren las cosas importantes. Como la maratón de los Juegos Panamericanos Lima 2019. Su revancha y su cima. La escalada ha comenzado.



Gladys Tejeda camina por la pista del Estadio Huancayo como si estuviera preocupada. Tiene el rostro serio y la mirada fija de un francotirador. Llegó esta mañana en su camioneta Toyota Rush, color

rojo, que le regaló hace poco la marca mundial de autos. Se acerca al asistente Boaz Lorupe, un keniano que vive en la sierra del Perú, y hace cumplir el plan que le envía desde México su entrenador Rodolfo Gómez. Lo saluda con un apretón de manos y va a cambiarse de ropa a un lado de la pista. Todo lo que hace parece estar programado. Gladys Tejeda parece entrenar hasta cuando se viste.

El estadio luce vacío. En la pista, un grupo de estudiantes de una academia militar realiza pruebas de velocidad. No hace frío. Una rareza en una provincia ubicada a 3200 sobre el nivel del mar. Gladys Tejeda empieza a trotar en círculos sobre la pista. Su postura es curva, como si su espalda cargara con una pequeña joroba. De hecho, trabaja desde hace algún tiempo para que ese gesto pueda ser tan perfecto como sus zancadas.

Según la biomecánica, esa disciplina científica que estudia los movimientos del cuerpo, cada vez que un atleta apoya el pie en el suelo, la planta, el talón, la rodilla y la cadera de la pierna adelantada reciben un impacto muy superior a su peso. El español José Enrique Campillo, experto en medicina deportiva de la Universidad de Granada, cuenta en su libro *Razones para correr* que los atletas profesionales lo hacen más de ochenta veces por minuto. Si tiramos algunos números, al cabo de una hora serían 4800 veces. Es inevitable apiadarse un poco de aquellas columnas y caderas.

Sigue dando vueltas, Gladys, en este estadio, viejo y deslucido, como todos los de Huancayo. Es el único que posee una pista atlética en condiciones adecuadas. Más adelante, me dirá que su entrenamiento consiste en correr 200 kilómetros a la semana, la misma distancia entre su provincia y Lima, la capital del Perú. Pero hoy está a punto de dejarme mal parado.

—Hola, Gladys. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, pero hoy estoy entrenando, ah.

La respuesta no ha podido ser más fría. No me ha dado tiempo de decirle que solo quería verla correr. Nos conocimos hace unas semanas en una conferencia de prensa y me trató con cierta gentileza. Debí suponer que era un guion. Esta vez fue sincera. Su reacción le hizo perder apenas un par de segundos. Lo suficiente para un desconocido, lo necesario para no desconcentrarse.

Es pequeña y delgada como una colegiala. El cabello corto con rayitos dorados, el rostro ligeramente largo como una almendra y las cejas amplias como una línea de partida.

Sus palabras son breves. Como sentencias que no admiten apelaciones ni repreguntas. Si de marcar ritmos se trata, la fondista sabe cuándo frenar al preguntón o esprintar para dejarlo atrás. Su sonrisa es una advertencia. Un mensaje entre líneas que te dice que



algo no anda bien porque normalmente está seria, organizando su tiempo en silencio.

Aun así, me he quedado a verla.

Ella continúa con sus vueltas interminables dentro del estadio. Ha pasado una hora y apenas ha descansado. Si Gladys fuera un Australopithecus detrás de su presa, no pararía hasta capturarla por agotamiento. Pero ella tiene otra estrategia: la sorprende. Diseña sus planes para eso. Ahora, mientras entrena, está ausente, ensimismada en su propio ritmo, con los brazos en vaivén, las rodillas altas, el cuerpo recto, el tiempo en marcha.

¿En qué piensa? ¿Por qué corre? ¿Cuándo se detiene? Hoy no podré resolver esas dudas, pero verla me contagia. Correr ha sido parte de nuestra evolución y tenemos el gen maratónico dentro: los faraones corrían para demostrar que estaban aptos para ejercer su rango; y los griegos, para subir su estatus con las coronas de olivo. Gladys solo corre para ausentarse del mundo por un momento.



Abel Aguilar



La dueña de la mejor marca en maratón femenino de Latinoamérica nació en su casa, un día de septiembre. Su horóscopo no pudo ser más exacto: tiene al aire como elemento y al equilibrio y la armonía como símbolos. Los astros lo sabían.

Antes de ella llegaron ocho hermanos así que empezó rezagada. Dice su madre que siempre se escapó de las enfermedades.

Me encuentro en Junín, una provincia pobre y pequeña donde Simón Bolívar peleó la última batalla que independizó a toda América del Sur en el siglo XIX. Aquí también está el Chinchaycocha, el segundo lago más grande del Perú después del Titicaca. Aquí me recibe Jorge Tejeda, el hermano mayor de Gladys. Un hombre bajito, de cabello oscuro y raya al costado, trigueño, nariz levemente aguileña, pómulos pronunciados y manos frías.

—Pasen, pasen. Esta es la casa donde creció Gladys.

Una gigantografía de la atleta decora su sala. Es la foto a su retorno de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, cuando su fama creció de forma acelerada. Cerca de la ventana hay un pequeño cuadro con una curiosa dedicatoria: «A la mujer maravilla: Gladys Tejeda». Se trata de un acróstico hecho por un colegial:

*El heroico pueblo de Junín **G**ladys y todo el Perú te aclama
Con tus piernas de oro eres **L**a mujer maravilla del fondismo
Al ritmo de tus pies le ganaste **A** la etíope Ashele Bekele
Con mucha disciplina tú **D**ominas mentalmente la distancia
La primera dama Nanc**Y** Lange también te felicitó
Los juninos de corazón **S**omos herederos de los Pumpush
Vuelvo al sillón. Gladys sonríe desde la pared.*

La mesa de centro que tengo por delante se llenará de medallas en breve. Cada uno de esos metales encierra una historia. Una historia feliz colgando de su cuello.

Junín está a 4 mil metros sobre el nivel del mar y la casa de la atleta se ubica en el barrio Mariac, a cinco minutos del centro de Junín. Pocas casas, ladridos lejanos, campesinos que pasean su ganado. Junín sabe a silencio. Como Gladys cuando corre.

Jorge Tejeda es además el alcalde de la provincia y aceptó recibirme con mucha amabilidad cuando nos conocimos en Huancayo, pero ha surgido un imprevisto: debe volar hacia una reunión en un distrito cercano, porque todo un poblado se enfrenta a una minera por el agua de su laguna. Y él, como alcalde, debe defenderlos. Esas cosas de todos los días que en Lima se enteran solo cuando estallan.

Pero antes, Jorge vuelve a subir a la segunda planta. Allí duerme su madre. El piso es de madera y los ensamblajes crujen. Parecen gritar con cada paso. Jorge regresa con más medallas de la hermana.



México, Holanda, Corea, Ecuador, Colombia. Todas conquistas. La mesa de centro es ahora una alfombra repleta de cintas de colores, trofeos y peluches.

Cuando eran pequeños —cuenta— los dos corrían hasta Chacachimpa, una pampa inmensa y helada, a traer el ganado de sus padres. En la sierra los animales son llevados a pastar muy temprano y se recogen antes del anochecer. En esa franja de tiempo, los hermanos solían entretenerse pescando en pequeños riachuelos. Apenas la noche advertía, partían de vuelta a la carrera. La pequeña Gladys, la última del clan Tejeda, siempre ganaba.

Jorge se queda en silencio por ratos. La memoria juega con su corazón. Representó a su hermana hasta el año pasado, y viajaron juntos a todos lados. Ya no puede. Ahora debe dedicarse a sus asuntos. «Tus decisiones son más fáciles que las mías», le dijo Gladys hace unos días. «Y tiene razón», me confiesa.

—¿Todavía conservan las primeras zapatillas con las que corrió Gladys?

—Claro. Pero eso está bajo siete llaves.

Los premios de la atleta están regados por toda la casa: en el cuarto de su madre, de su hermana, en la sala. Sus intenciones no son difíciles de imaginar: desean construir, con el apoyo de alguna empresa privada, el museo Gladys Tejeda. Allí exhibirán esas primeras zapatillas que no veré, sus trofeos, y demás reconocimientos.

Por lo pronto, en Junín existe una alameda, frente al colegio principal de la ciudad, que lleva su nombre. Antes se llamaba Simón Bolívar, pero la gesta de la señorita Tejeda le quitó la gloria al liberador venezolano.

Luego de un rato Jorge nos deja con su madre. Es pequeña como la hija y transita lento como el aire de esta mañana. Está abrigada con un pullo, un atuendo natural de la sierra peruana hecho de lana de oveja, lleva una falda gruesa y un gorro de lana blanco.

Marcelina tuvo a Gladys Lucy Tejeda Pucuhuaranga a la riesgosa edad de 44 años. La familia apenas se sobreponía a la pobreza cuando la muerte se posó sobre sus hijos. Marcelina perdió a cuatro bebés, como si alguna maldición hubiera infectado su vientre. Meses después llegarían otros cuatro. La última, Gladys, fue su recompensa mayor.

La extraña, dice.

Hace unos días le envió un cuy a Huancayo. Un roedor que se sirve con uñas y dientes, y cuya carne gusta mucho en la sierra. Sabe que después de cada entrenamiento la olímpica deberá prepararse el desayuno y descansar.

Gladys cocina. Lo hace con el mismo cuidado con el que atiende a su cuerpo. Puede pelar una gallina para un caldo o despanzurrar a un cuy para el almuerzo familiar. Cuando vuelve a Junín es ella

quien se encarga de las ollas en la cocina y le pide a su madre que descanse. Un pasatiempo vital. Total, correr y cocinar son dos actos fundidos por la paciencia.

En dos semanas, Marcelina se subirá a un bus destartado antes de que cante el gallo. Viajará durante cuatro horas con la monotonía de la puna al otro lado de la ventana mientras escucha unos huaynos de desamor. Travesías de una madre que extraña a la última de sus ovejas.

Después de 120 minutos de entrenamiento diario, Gladys Tejeda duerme. ¿Qué sueña la fondista que nunca está desconcentrada? Difícil saberlo. Pero mientras mantiene los ojos cerrados, su madre la mira y la siente niña como hace tanto. Marcelina Pucuhuaranga se refiere a su hija con la nostalgia de una madre que se enfrentó a la muerte y le arrancó un espíritu. Gladys Lucy, la sobreviviente.

Al igual que el hermano, Marcelina me enseña parte del álbum familiar. En una de las fotos, Gladys luce un traje de los Húsares de Junín, los soldados que pelearon en la batalla independentista, en un evento de su escuela. Tiene ocho años, la chaqueta fuera del pantalón, el quepí azul, botas negras, una pandereta en la mano y un amague de sonrisa como si alguien la hubiese obligado. Las competencias, años después, le enseñarían a sonreír.

En otra de las postales, Gladys Tejeda posa con uniforme de futbolista al lado de una compañera de escuela que viste con el clásico plomo de los años noventa. Ella prefirió el fútbol al vóley, los carros a las muñecas, las maratones a las aulas. A los once años corrió su primera carrera en Junín y la ganó. La premiaron con cincuenta soles. Si correr significaba el puente entre la pobreza y la abundancia, ella habría de cruzarlo las veces que hiciera falta.



Estamos a cero grados en la provincia de Junín. Es el primero de enero de 2019 y hoy juramentará como nuevo alcalde Jorge Tejeda Pucuhuaranga, el hermano. Todavía no he visitado su casa y es la primera vez que hablaré con Gladys Tejeda. Ayer fue la fiesta de Año Nuevo pero el pueblo despertó temprano, y camina en dirección a la plaza donde un parlante emite una cumbia mientras llegan los invitados y las autoridades.

Durante la campaña electoral, la señorita Tejeda fue liebre de su hermano en una carrera política donde muchos codiciaban la alcaldía. Hoy estarán juntos en la toma de mando. Gladys aceptó que la entrevistara aquí porque tendría más tiempo y habría menos gente. Pero nuestra charla será más rápida que una competencia fartleck, esas donde parece que los atletas no corren sino se escapan.



—¿Extrañas mucho a tu madre cuando viajas?

—Sí, obviamente. Pero los deportistas de alto nivel tienen que alejarse de su familia. A veces la familia o en la casa no te entienden.

La disciplina necesita de consignas como estas. Poner a la familia a un lado para no tropezar en la carrera. Entrenar, comer, descansar. Entrenar, comer, descansar. Entrenar, comer, descansar. Una invitación que la distraiga de esta rutina siempre será mal recibida.

Esta mañana, Gladys Tejeda viste un traje elegante, un abrigo rosado y una cartera de cuero del mismo color. Tiene puesto un delineador negro en los ojos y un leve maquillaje en las mejillas. Ha vuelto luego de mucho a Junín. Aquí trabajó como profesora de primaria, y técnica en una fábrica de harina de maca, la raíz más famosa del Perú. Pero de eso hace mucho. Son decenas de maratones que la separan de aquel pasado. Tanto que el clima de Junín se ha vuelto ajeno a su organismo y hoy la altura le incomoda. Pero los sacrificios son un ingrediente más en la dieta psicológica que se aplica.

—¿Cuánto te vas a demorar? Tengo que entrenar —me frena.

El cerebro de un atleta se mueve entre el descanso y la fatiga, propios del ejercicio, así que esta entrevista no tiene sitio en su rutina. Han pasado veinte minutos de preguntas y respuestas breves y ya luce cansada, ansiosa. Quiere irse a casa a ponerse un buzo y correr por los cerros. Hacer cuestras, le llama. Luego descansará, comerá y volverá a correr. Los horarios fueron inventados para los atletas. En un día común, Gladys se levanta a las cinco de la mañana, come algo al vuelo para que su estómago digiera y a las siete ya está en la pista del estadio. Dos horas circulares sobre el rekortán y vuelve a casa, desayuna y duerme. Para relajarse, cocina, lee *bestseller* de autoayuda y también piensa en qué hará cuando sus piernas le digan basta. A las cuatro de la tarde está repuesta para el siguiente turno. Es su trabajo de todos los días. Y es que cuando Gladys Tejeda fija algo en su mente queda tallado en piedra. Sucedió de pequeña cuando insistió tanto por unos zapatos de fútbol que a su padre no le quedó más remedio que comprárselos. Le había dicho que era una exigencia de la maestra de la escuela. Nadie se los había pedido, en realidad, pero ella creía que para que su equipo ganara eran imprescindibles esos chimpunes.

El tiempo para Gladys Tejeda es otra de sus obsesiones. Y por cómo me mira creo que debo cortar. Mueve las manos, mira hacia otro lado, suelta monosílabos. No lo dice, pero desea irse.

—Gracias, Gladys. No te quito más tiempo. Además, creo que estás incómoda con ese traje.

—Chao.

Chao. Chao. Me ha dicho chao, y se ha ido sin más. A veces creo que está hecha de metal. Pero solo a veces. Luego recuerdo que también siente dolor.



El dolor de un fondista es como una cicatriz que se oculta debajo del vestido. Y ella lo conoció de niña. A los once años se prestó unas zapatillas de caucho que le dejaron ampollas en los pies. Esa experiencia fue la admonición de lo que vendría. Un idilio masoquista entre el dolor y su mente, donde el cuerpo es simple fetichismo deportivo. En el 2012, durante la maratón de los Juegos Olímpicos de Londres, sintió una molestia mayor: «Me dio periostitis y la pierna derecha tenía una falla. Es por eso que en el kilómetro 5 me empecé a sentir mal, pero a pesar de eso conservé mi tiempo».

A Gladys le detectaron un problema lumbar que hacía que su cadera derecha girara demasiado y perdiera energía en ello. Pero nunca bajó el ritmo mientras cruzaba las calles de la ciudad inglesa. Su entrenador eliminó de ella el significado de dolor. Su mente producía, entonces, más endorfinas de lo normal. Tejeda corría (corre) contra su cuerpo. Desde ese año ha buscado especialistas para que le ayuden. «Todavía puedes correr», la animó Gina Flores, la médico deportivo del Centro de Alto Rendimiento. Había que corregir tres cosas: la postura, la cadera y una plantilla para el pie cavo.

Johana Jinés, especialista en osteopatía, fondista y amiga de Tejeda, me explica que la mala postura de su tórax hacía que su pelvis trabajara más, generándole un dolor insoportable. «En su caso teníamos un desequilibrio de hipomovilidad en el tórax, y eso provocaba un desequilibrio de hipermovilidad en la pelvis. Por eso había dolor». Cuando Gladys se enteró de esto ya no era un simple problema físico, sino una preocupación que la desanimaba. Pero insistió. Las malas noticias empezaban.



Gladys Tejeda ha venido al Estadio Huancayo y ha aceptado que le haga unas preguntas. Han pasado varias semanas desde nuestro encuentro en Junín y de la charla con su madre y su hermano.

No ha sido fácil conseguir estos minutos. Cuida su tiempo como a sus piernas. Le escribí, la busqué, llamé una veintena de veces a su hermano. Y nada. Estaba desaparecida. Pero ya estamos aquí.

Antes de los Juegos Panamericanos de Lima 2019 se prepara para el Mundial de Cross Country en Dinamarca, en marzo de este año. Su concentración debe ser completa así que, sabiendo el poco tiempo que me dará, he decidido no incomodarla con mis preguntas sino tratar de adentrarme en su mundo. Estoy con ropa nada recomendables para entrenar: un polo grueso de algodón y un short que más parece un pantalón cortado por la mitad.

Gladys corre en el primer carril. Ni me mira. Espero que se acerque para sumarme al tercer carril. Mira su reloj. No voltea. Vamos juntos

hasta la primera curva. Pero su ritmo me apura. Intento ir detrás sin rezagarme, pero mientras avanzamos siento que va más rápido. Un fondista de élite tiene una zancada de metro y medio, y la mía no llega ni al metro. Quién me manda a hacer esto. No me doy por vencido e intento terminar la vuelta, pero cuando quiero acelerar ella ya está lejos. En el estadio muchos la reconocen: «Mira, es la Gladys Tejeda», «Hola, Gladys», dicen otros. A pesar de permanecer en un continuo estado de abstracción no es indiferente. Levanta la mano y saluda desde otro mundo. Desde una pista mental donde está a punto de cruzar una meta. Ha dado una vuelta en un minuto con quince segundos. Yo apenas he podido seguirla hasta los doscientos metros.

Gladys Tejeda ganó la maratón de los Panamericanos 2015 y la maratón de México en el 2017 concentrándose. Lo aprendió de Rodolfo Gómez, su entrenador. Saber cuándo desmarcarse o frenar el trote es toda una filosofía planeada al detalle. Gladys Tejeda corre, pero hace mucho más que eso: lucha una guerra interior donde —como escribió Haruki Murakami en su libro *De qué hablo cuando hablo de correr*— lograr el vacío es la meta. Antes llegan a su mente imágenes, recuerdos, voces, gritos, todos invadidos por el dolor. Su cerebro es una película a mil fotogramas por segundo.

—Cuando estás cerca a la meta, ¿en qué piensas?

—La ovación que vas a recibir de la gente y la prensa que va a estar ahí.

El entrenamiento del día ha concluido. No ha sido muy duro. Hoy tampoco ha estado Waldir Ureta, su liebre y pareja, según cuentan algunos de sus amigos del grupo. Waldir le marca el ritmo. Es quien va adelante o detrás de acuerdo a la estrategia de cada práctica. El joven de treinta y pocos años también es de la provincia de Junín, y es común verlo al lado de Gladys en todas sus competencias y ceremonias. El silencio de Tejeda le ha reservado un espacio especial. Un amor que nació en la fatiga de una pista de atletismo. Y del que no seré testigo hoy.

Gladys se pone una casaca negra de la marca que la auspicia, y camina hacia el césped. Tiene los ojos delineados como si llegase de una fiesta. Se acerca a unos niños y les pide que le tomen una fotografía que luego subirá a sus redes sociales.

En la pista, transmite una seguridad que intimida. No es la chica que bailó en el programa de televisión nacional de Gisela Valcárcel, una conductora de espectáculos, mostrando nervios hasta por los ojos; no es la atleta que responde el monólogo aprendido sobre su dedicación y amor al deporte. En la pista, Gladys Tejeda es la fondista de 33 años con récord nacional en 10 mil metros (33 minutos, 6 segundos y 99 centésimas), la número quince del mundo, la atleta que me dirá que, a su nivel, los psicólogos ya no son necesarios.





Katty Lázaro

Luego de ganar la maratón de Ciudad de México, en el 2017, Tejeda comentó, en una entrevista para CNN, que el 60 % de su preparación es mental. Solo el 40% lo atribuye a lo físico.

—Cuando estás en la final de una competencia ya no piensas en nada. Hay momentos que tu mente se hace blanco. Pero hay momentos que sí (piensas).

Para fortalecerse, Gladys Tejeda busca rutas que la hagan sufrir. No solo corre en pistas. Sube cerros, salta charcos, pisa el barro.

—Ahí te ves si eres fuerte o si eres débil —dice aleccionándose.

Esta teoría de la profesora Tejeda le funcionó desde su primera competencia en el 2010 hasta la última —y quizá más dolorosa— en los Juegos Olímpicos de Río 2016.

No detenerse. Superar el dolor. Todo un manual de autoayuda repasado al borde del colapso, en la pista, sin oxígeno y con las piernas temblándole.

—Yo digo: solo un instante voy a sufrir. Es así. No es todo el momento, todo el día.

La veo con ganas de acabar la entrevista. Otra vez. El estadio parece una feria itinerante: hoy es la clausura del curso de vacaciones del Instituto Peruano del Deporte. Decenas de niños revolotean con sus trajes deportivos. A Gladys Tejeda le gustan los niños. Fue maestra por un corto tiempo antes de dedicarse al atletismo. Cuando se retire piensa crear una escuela para aquellos que deseen formarse en esta disciplina.

—¿Alguna vez has pensado qué pasaría si te quedaras sin piernas?

—No. En el deporte hay que tener mucha fe. Llegas a pensar esas cosas, pero es pasajero. Yo creo que es la fe, sobre todo. Si te llega una lesión... No sé, ah —piensa, ríe. No me gusta pensar en eso.

Su mente tiene ritmos y presiones suficientes como para perder el tiempo en necesidades. Ahora que se va pienso en lo que hará después. Cuando corres al máximo sientes que se te va la vida en cada respiro. Lo supe cuando intenté alcanzarla hoy mientras la miraba escaparse. Pienso en esos momentos extremos de los que hablé, esos cuando toca darse por vencido. Y en su fórmula. Un salmo inventado en esta religión de las piernas que cada atleta repite bajo una traducción distinta.

Su compañera de equipo, Jovana de la Cruz, corre sin importar quién venga detrás. «El momento es aquí y ahora», dice cuando su cuerpo la frena.

Carlos Sangama, el atleta paralímpico con récord nacional en 1500 metros que a veces corre a su lado, «repasa el casete de sus entrenamientos» para darse fuerzas.

Efraín Sotacuro, otro paralímpico que la saluda todas las mañanas, cuarto en los Juegos Olímpicos de Río, se anima a sí mismo cuando no da más: «Tú puedes, Efraín, tú eres fuerte, tú eres un campeón».

Los mejores del mundo hacen lo mismo. El repaso. La obstinación. «La prueba constante de que hay que tener solo una idea y no hacerse preguntas», escribió Martín Caparrós.

María Inés Mato, la nadadora con Récord Guinness por cruzar el estrecho de Fehmarn Belt, allá en el mar Báltico, oye voces que la ayudan: «Te saqué las olas, te saqué el viento, te dejé el sol», escuchó el día de su hazaña.

Los atletas se imponen una realidad inventada. Un asomo de mitomanía usada para la gloria. Correr es una forma de engañar al cuerpo.



La palabra de Gladys Tejeda siempre estuvo en duda. Todos callaron cuando el Comité de los Juegos Panamericanos de Toronto 2015 le quitó la medalla de oro por un supuesto dopaje. El país que



la aplaudió le volteó el rostro. En realidad, la medalla está en su casa de Junín, en su cuarto, junto a Pachi, la mascota de los Juegos. La quitaron del medallero por tomar un diurético llamado Furocemida antes de la competencia. El Perú, en lugar de apelar el fallo, vio con complacencia lo que le pasaba a la campeona. «Ella nunca incurrió en una situación de dopaje. Ellos eran conscientes de que ese diurético en lugar de ayudarla pudo haberla perjudicado porque la deshidrata».

Rodolfo Gómez siempre se mantuvo de su lado. Es su entrenador, pero un vínculo filial de respeto y admiración los hace más cercanos. Es un sesentón de cabellos escasos y acento mexicano, que ostenta un reloj Garmin cuya memoria debe tener a Tejeda entre sus microsegundos. Nos encontramos en un café del centro de Huancayo.

Mientras hablamos de su experiencia y sus victorias en las maratones de Atenas, México, Rotterdam, Tokio, Pittsburgh, Gladys Tejeda cae en la conversación como una hoja de otoño. Su instinto supo que Tejeda era su mejor apuesta. Quedarse en Huancayo a más de 3 mil metros sobre el nivel de mar le serviría de poco. Así que decidió llevársela a México en los meses previos a Toronto 2015.

—Oiga, profe, pero los otros no quieren ir —le dijo el responsable del programa que cuida de los atletas.

—No quieren pagar el precio. No quieren dejar a la novia, sacrificarse. Pero Gladys sí quiere ir —respondió Gómez.

—Pero nomás es una.

—Sí, pero es la que va a ganar.

Y ganó.

Antes de subirse al avión de México a Toronto, Gladys tomó el diurético sin decirselo. «Quizá yo le hubiera dicho que tome otra cosa, café o no sé». Los viajes largos la hacían retener líquido y le provocaban hinchazón en las piernas. Fue un error. A su llegada a la competencia le entregaron una ficha donde tenía que detallar los medicamentos que había tomado. Y así lo hizo. Se supone que Gladys debió ser retirada antes de participar, pero el infierno vino muchos meses después. «Quizá si no hubiera escrito el nombre del diurético nadie se habría enterado —especula el mexicano—. Se tardaron meses en notificarle. Hubo mala fe».

La atleta y su hermano Jorge se enteraron de la noticia por un diario deportivo de circulación nacional. El rostro de la junina apareció en todos los canales nacionales ya no cruzando la meta, cansada y sonriente por su triunfo, sino seria, desconfiada, cuidándose de las preguntas y lista para huir ante la pregunta más certera. Era otra vez la niña que debía defenderse de todo. Donde eran ella, sus piernas y el mundo.



En el 2012, ya había sido abofeteada por la humillación: su entrenador de entonces, Pedro Kim, la habría golpeado mientras iba por un refresco, durante la concentración de los atletas en los Juegos Olímpicos de Londres.

Le hizo devolver el líquido como si se lo hubiera robado. Así lo cuenta Jorge. Con la suficiente dosis de resentimiento para abundar en detalles. A su retorno al Perú, la señorita Tejeda no se calló nada. Salió, además, a denunciar que el coreano había intentado propasarse con ella. Una parte del equipo de atletismo la apoyó. La otra lo defendió con uñas y dientes.

Gómez cree en la concentración y la técnica. Focalizar la mente en el trabajo es lo primero. En Toronto, le dijo a Gladys que se mantuviera junto al pelotón hasta la mitad de la carrera. Después la decisión era toda suya.

Ahora luce preocupado. El equipo apenas y se foguea en competencias extranjeras a nada de Lima 2019. El caso de Gladys, dentro de todo, es distinto. El entrenador mexicano dice que la acompañará en las últimas pruebas de su preparación. Pero ella se escapará. Viajará a Tundama, una provincia del departamento de Boyacá, en Colombia, donde se entrenará a solas el último mes antes de la competencia en Lima. Qué difícil será estar pendiente de alguien que siempre huye.

Aun así, ella le ha prometido consultarle todo lo que se meta a la boca. Palabra de atleta.



¿En qué piensa Gladys Tejeda cuando corre?

Son los primeros días de junio, y en este punto de la carrera, al cabo de cinco meses tras sus pasos, debo confesar que veo lejos la cinta de meta. Estoy tan exhausto, como ella, de perseguirla. La he buscado al punto de hostigarla: en la juramentación de su hermano, en la casa de sus padres, en las conferencias de prensa y en sus entrenamientos, como esta tarde en la que yace tumbada sobre la hierba del Complejo 3 de Octubre, mientras una mujer menuda masajea sus carnes fibrosas y enjutas.

Tenerla al lado no es garantía de nada. O quizá sí. Correr es una forma de desafiar al mundo y a ese universo aparte que es el cuerpo humano. Algunos corren para colgarse metales en el cuello y subirse a podios. Otros para sentir, simplemente, que algo valió la pena. Siquiera algo.

Faltan menos de dos meses para que Gladys Tejeda bese el oro en Lima 2019. Dos meses para que se derrumbe con heroísmo, en televisión nacional, tras cruzar la línea de meta. Dos meses para

que todo el Perú vuelva a quererla un poco más. Por ahora ella no se cansa de repetirle a los medios que está en su mejor momento. Más allá de sus casi 34, y muy a pesar de las curvaturas de su columna y los giros pronunciados de su cadera, sus aspiraciones están por encima del dolor.

Hace unos días estuvo en Quito coronándose en una prueba de 15 kilómetros luego de superar, con cierta comodidad, a una keniana y una ecuatoriana. Y hoy ha entrenado a doble turno, acorde a sus exigencias. Hace un rato quise hacerle unas fotos, y me apuré diciéndome que si el sudor se le secaba en el cuerpo podía enfermarse. Cuando le conviene, Gladys Tejeda puede decirte más de dos palabras. Como ahora que me pregunta si le puedo enviar algunas fotos a su WhatsApp.

Mi carrera por saber qué piensa terminará así, cruzando la cinta sin haberla alcanzado por completo. Con ella subiéndose a su auto lujoso, huidiza, infranqueable, y yo regresando a casa a pie.

Ha sonado el pistoletazo de salida: no la molesten.



POR SAÚL GUTIERREZ Y RENZO GÓMEZ VEGA

EL PURASANGRE DEL VALLE



AL SUR DE HUANCAYO, A 3800 METROS, EN UNA DE LAS ZONAS MÁS POBRES DE LA REGIÓN, WILY CANCHANYA FORJÓ EL ACERO DE SUS PIERNAS. SIN DEDICARSE AL COACHING, EL RÉCORD NACIONAL DE MEDIA MARATÓN VALIDA LA METÁFORA: SE PUEDE SOÑAR DESDE LA CIMA DE UNA MONTAÑA.

FOTOGRAFÍAS: KATTYA LÁZARO Y SEBASTIÁN MORALES

Un hombre está sangrando.

Le han pasado por encima decenas de pies inquietos. O peor: zapatillas con clavos. En la cabeza, en la espada, en las piernas, y quién sabe dónde más. Lo han remachado como si fuera el Rey León.

Nadie lo vio venir. Andaba bien, a trote seguro, hasta que se desmoronó justo en una curva, como si le hubiesen jalado una alfombra imaginaria. Permaneció tendido durante algunos segundos sobre la pista de arena, pero ha conseguido pararse y ahora se sostiene en sus pantorrillas tembleques, en estado de erupción.

Muchos cuerpos corren por su costado. Bastaría que alguno le chocara el hombro para que ocurriera una tragedia. Más que una carrera de atletismo parece un corto de terror.

Todo indica que el muchacho buscará atención médica. Pero no. Continúa. Ha sobrevivido a una estampida, y sigue. Esto es heroico. Heroico y demencial al mismo tiempo.

Le quedan prácticamente ocho kilómetros por delante. El disparo sonó hace no mucho. Sus zancadas son cada vez más firmes y largas. Pero sus piernas no dejan de sangrar. Por increíble que parezca está remontando posiciones.

Es algún instante del 2008, en Mollendo, al suroeste de Arequipa. Faltan tres vueltas, y el tipo es una locomotora: se ha metido al pelotón de los punteros. Se le nota el fuego en los ojos. Está hirviendo.

Hay que ver la determinación de sus brazos: son dos aspas cortando el viento. Hay que verle las medias y las zapatillas todas manchadas, y los pequeños puntitos que se marcan en la arena. Este hombre se puede desvanecer en cualquier momento.

Faltan dos vueltas y está quinto. Que alguien lo esté grabando, por favor. Ese sujeto no está corriendo. Ha salido a demostrarnos algo.

Los demás sienten la presión, y bajan el ritmo. Cómo no. Es una fiera herida. Tercero en la última vuelta. Es de no creer.

Detrás de él va la turba con los gemelos intactos. A estas alturas la sangre parece ser un ritual de combate. El segundo flaquea, y lo pasa. La meta se acerca. No falta nada. Tenemos un final de película.

Dan todo el resto. Esto va a ser por una nariz. Ya no corren, galopan. ¡Lo pasó! Es una locura. ¡Lo pasó! Y se acaba. No hay más. ¡Se acabó!

El guerrero, la fiera, el sobreviviente ha ganado, y tiene nombre: Wily Canchanya. Huancaíno, 17 años, un salvaje que ha clasificado al Sudamericano de Ecuador, en Cross Running, desangrándose. Que lo atienda alguien urgente.

A Wily Canchanya le encantaría que esta narración existiese para volver a ella una y otra vez. Pero no. No hay ningún video ni registro para abonar la nostalgia o acallar a los incrédulos. Como le sucede a Luder, el alter ego de Julio Ramón Ribeyro, algunos de sus mejores goles los metió en canchas polvorientas de los suburbios ante cuatro hinchas borrachos que no se acuerdan de nada.

No solo hubo poco público. Tampoco apareció en los medios. Los fotoperiodistas no predijeron la épica. Y así nomás nadie tenía un celular con cámara hace una década. De hecho, Wily ni siquiera contaba con un celular de los sencillos. Debió esperar su bus de regreso a Huancayo para contarle a su familia.

«Mi papá me enseñó de niño que un varón lucha hasta el final. Así te dispares en la pierna, no te rindas. Cojea, pero sigue corriendo», cuenta sentado sobre uno de los bancos de suplentes del Estadio Huancayo, una tarde de junio.

Aún mantiene fresco el instante en que alguien lo tocó de atrás, perdió el equilibrio y tropezó. Segundos eternos, con su cuerpo cubierto por el polvo, soportando los pisotones desleales de sus contendores. Pudo haber muerto. De ello recién toma conciencia ahora.

«Vi algo blanco y pensé que era mi hueso», dice entrecerrando la vista. El aturdimiento fue breve. Se cogió las rodillas, se limpió la sangre al vuelo, y se puso de pie. Si hasta parece una escena zombie. Solo que Wily se sintió más vivo que nunca. Había nacido un corredor. Alguien dispuesto a sufrir.



¡Cincuenta mil soles! El anuncio no mentía: la Maratón de los Andes repartiría cincuenta mil soles en premios.

Corrían finales de los noventa, y Gilberto Canchanya Salgado, padre de ocho hijos, cabo del Ejército durante tres años en los setenta, agricultor dedicado a la compra y venta de ganado, se quedó prendado de aquel puesto de periódicos, en alguna esquina de Huancayo.

Se dirigió a la Municipalidad. Hizo preguntas. Y firmó lo que hubiese que firmar. Tenía cuarenta y pocos años, y el ímpetu de correr lo que fuera necesario para llevar dinero a casa. No era una idea chiflada. Gilberto había sido de los soldados más sobresalientes de su base en las pruebas físicas. Solo debía entrenarse de nuevo.





Katty Lázaro

Eso le quedó dando vueltas cuando retornó a su natal Chuamba, anexo del distrito de Cullhuas, a 3800 metros, al sur de Huancayo, en el límite con Huancavelica. Un pueblo enclavado en una montaña desde donde se divisa la frondosidad del Valle del Mantaro. Y donde el padre de su padre, procedente de Moya, Huancavelica, aceptó alguna vez cambiarse de apellido en aras de acceder a terrenos y parcelas de cultivo. Era el ofrecimiento de los hacendados de la época: hectáreas por apellido. De esta manera desapareció para siempre el Zegarra dándole paso al Canchanya.

No se saben más detalles. Fue lo único que les fue transmitido de generación en generación. Sea como fuere, a pesar de que el pacto era ventajoso, la tierra no fue precisamente dadivosa.

A 27 kilómetros de la capital de Junín, la población de Chuamba lidia con el asistencialismo. No hay agua ni desagüe. Tampoco electricidad. Lo cosechado es para el autoconsumo. Papa, oca, habas, mashua, arvejas. Sin contar a las granizadas que cada cierto tiempo lo echan a perder todo. Son seis los kilómetros que separan a Chuamba de Cullhuas, la capital del distrito. Una pendiente pedregosa donde cualquier vehículo arruina sus amortiguadores.

Allá abajo la situación no es muy diferente. Las carencias se repiten. La temperatura que alcanza los diez grados bajo cero. La anemia, la desnutrición, y el analfabetismo en rojo. Son apenas 137 metros de diferencia en altitud de dos zonas que parecen haber sido olvidadas por Dios.

Por el Estado no. El Estado posee una memoria más provechosa. En enero del 2019, cien familias fueron beneficiadas con viviendas térmicas. Se les colocaron paneles de policarbonato sobre sus casas de adobe para elevar las temperaturas de sus hogares hasta en quince grados. Noticias que solo despiertan esperanzas pasajeras frente un enemigo que regresa todos los años: la helada.

Bajo esas condiciones, la vida es un encargo difícil que hay que asumir todos los días. Buscar la felicidad es un sueño bobo. Lo único que importa es sobrevivir.

¿Quién en su sano juicio se prepararía para una carrerita en lugar de estar pendiente de la siembra y acompañar a los animales?

La respuesta tiene nombre propio: Gilberto Canchanya, el primer maratonista de Chuamba.

El padre de Wily salía a correr de madrugada, mucho antes del alba. Le aterraba que algún vecino lo viera en short y polo, dando vueltas por allí. Lo calificarían de loco, y esparcirían el rumor de inmediato en la comunidad. Una comunidad de quinientos ciudadanos.

Así lo hizo. Con zapatillas de segunda mano, mientras su pueblo dormía, y en sesiones de dos horas, Gilberto Canchanya se preparó para la mítica Maratón de los Andes.



Modos muy suyo de aplacar los nervios. Más auténticos que las frasecitas motivacionales.

Hubo una vez, hace no mucho, que a Wily Canchanya se le cruzó la loca idea de abandonar el atletismo. Se había preparado para los Juegos Olímpicos de Río 2016 como manda el libreto: dormir a sus horas, alimentación balanceada, entrenamiento a doble horario.

Solo le faltaba saltar una valla: quedar entre los doce mejores en la Maratón de Rotterdam, Holanda, en el 2015. No quedó ni entre los veinte. Por suerte, el intento de alejarse le duró unos meses.

Pero hubo una primera crisis. Le ocurrió cuando aún era un sub-23. Por sus buenos rendimientos, le ofrecieron una beca para estudiar Administración en una universidad de Puerto Rico. La oferta era tentadora desde el plano académico, pero no del deportivo. Eso lo supo después, *in situ*. Fueron dos años, entre el 2010 y el 2012, que Wily anduvo por tierras caribeñas. El clima ardiente no era el más adecuado. Y sus pulmones perdieron resistencia por ejercitarse al nivel del mar. El hambre de gloria y su expareja, la también atleta Jovana de la Cruz, con quien tiene una hija, fueron determinantes para su vuelta.

Menos mal que por aquel entonces ya se había asentado en Huancayo el mexicano Rodolfo Gómez, hacedor de varias generaciones de atletas de élite. Fue él quien se encargó de su reacondicionamiento, y de posicionarlo como un maratonista de fuste. «¿Quién te ha dicho que no sirves? Tú tienes talento para correr todas las pruebas. Yo conozco y puedo ver eso», lo animó, prediciéndole el futuro.

Prueba de ello son sus dos auspiciadores: Nike y la compañía de minas Buenaventura. Dos gigantes sin los que no podría costear sus competencias en el exterior ni adquirir implementos deportivos.

Ahora le sobran zapatillas a Wily, el niño que subía cuestras en Chuamba con lonas de segunda mano; y cuyo juego más entretenido era darle de comer a sus animales.

Ese mismo chico que sube y baja de aviones, como si se tratara de una estación de autobuses. Y que se atiende en los spa con más frecuencia que varios artistas.

«De grande quisiera tener muchas casas y aviones», comenta Wily Canchanya, olvidándose por unos instantes de sus casi treinta.

El atletismo lo disciplinó, y le dio una antorcha. Lo que tanto deseaba papá Canchanya.



Se hizo grande por los caminos que el chasqui unió.

Valles, mesetas y cumbres

Ríos, nevados y selvas llegando a las arenas

Más allá de las fronteras del mar de Tacna y Tumbes.

Qué cierto es ese huayno de los Gaitán Castro: el Perú nació serrano. En eso pienso esta mañana en que me dirijo en mi auto a Chuamba, la tierra de los Canchanya.

He salido de la urbe de Huancayo y sus grandes comerciantes para irme al extremo sur de Junín. Tengo una cita con Gilberto Canchanya, en la casa donde vivió junto a su esposa y sus ocho hijos. Conoceré esos caminos escarpados donde, a punta de insistencia, tres de ellos le salieron atletas. Clara, campeona sudamericana 2017 en la Media Maratón de Montevideo; Wily, del que no hace falta enumerar su prontuario deportivo; y Wiener, su retoño de veinte años que se esfuerza por emular a sus hermanos.

Gilberto vive solo desde hace algún tiempo. Doña Humberta se fue a cuidar de Wily tras su separación, en uno de los veintiocho distritos huancaínos llamado Huancán. Y los demás dejaron la casa uno tras otro, como dictan los designios de la vida.

He llegado a Chuamba luego de una carretera asfaltada pero serpenteante. Los senderos no son rectos, como en la costa. Pero el paisaje lo compensa.

Hay que alzar la mirada para ver a Chuamba, el pueblo asentado en una montaña que roza los 4 mil metros, pero sobre todo hay que ascender por una carretera que no existe. Un camino de piedras que me harán rebotar con todo y auto. Son seis kilómetros. Los mismos seis kilómetros que el clan Canchanya subía y bajaba antes de trabajar la chacra.

Se siente la altura. Incluso para mí que soy huancaíno. No por nada Chuamba es uno de los miradores del Valle del Mantaro.

Un rebaño de ovejas y cabras me reciben allá arriba. No hay mucha gente. En la plaza tampoco. Solo unas cuantas bancas ocupadas y una bodega en espera de visitantes. Parece un pueblo fantasma.

Y es que a esta hora todos están en el campo. Excepto Gilberto quien me alza la mano a lo lejos. Está vestido con una gorra roja, pantalón negro de buzo y unas zapatillas deportivas. En algún momento trotará un poco para dejarme en claro que su estado físico se mantiene intacto a sus 65 años. Quizá se trate de un mensaje cifrado. Quizá me esté diciendo también con este trote matutino que está a la altura de sus hijos. Que solo le faltó entrenarse más temprano.

Gilberto me estrecha la mano, y siento toda la aspereza del trabajo duro. Sus palmas están ajadas por la tierra. En la puerta de su casa, como dos columnas, se ubican sacos de papa y cebada. Pasando la sala está el establo. Los olores se confunden: el olor a bosta de vacas con los leños aún humeantes después de haber hervido unos litros de agua de pozo.

«Dios me dio una bendición con él», dice Gilberto, hombre de fe, sobre Wily, acariciando el lomo de una Biblia. Es un padre orgulloso





Sebastián Morales

que, sin embargo, a pedido de su propio hijo, no alardea. «A nadie digas que tu hijo es bueno, que tu hijo corre, que tu hijo gana. Si la gente se entera, que se entere por las noticias».

La nostalgia tiñe el encuentro, como todas las conversaciones con aquellos a los que les sobra mucho pasado. Sus años de cabo en el cuartel 9 de Diciembre en Chilca, Huancayo. El día que decidió compartir su vida con Humberta. El terrorismo que los mantuvo en vilo durante años. La llegada de los niños. La severidad de su crianza. La vez que ahorró un dinerito para comprarle una bicicleta de segunda a Wily. Los niños persiguiendo a los carneros y correteándose con sus 'cachanguitas', esas tortillas de harina que engañan a la miseria. La segunda Maratón de los Andes que sí pudo concluir para probarse que podía. Los primeros triunfos de Clara. El llanto de Wily después de perder una Media Maratón. Los terneros que vendió cuando se fue a Puerto Rico para darle una manito. El consuelo a su regreso, dos años después, porque no le había resultado nada de lo que había planeado. Las visitas al Estadio Huancayo para ver cómo mejoraba bajo las órdenes de un mexicano. Y luego la avalancha de triunfos. La gloria.

Pero también la soledad.

«Jesús soportó en la cruz pensando en la humanidad. Algo así me siento acá. Soportando todo».

Se me arruga el corazón. Es un padre que se ha quedado solo, como tantos otros padres. Un final implícito para el que nadie está preparado. Si algo le tranquiliza es saber que sus hijos y los hijos de sus hijos están creciendo. Wily está a punto de retomar la universidad. Ha separado una vacante en la Universidad Continental para estudiar Psicología. Su sexto lugar en Lima 2019 no lo detendrá. Una maratón fallida pero histórica para Chuamba. Desde la cima de esta montaña, no hay ser pitonisos ni practicar el coaching: el futuro le reservará más cumbres a Wily Canchanya, el purasangre del valle.



POR JHOVANA MENDOZA Y ANA CECILIA MATÍAS



HUANCAYO, RADIOGRAFÍA DE UN MISTERIO

LA CUNA DE LOS FONDISTAS DEL PERÚ, LA CAPITAL DEL ATLETISMO PERUANO, LA KENIA DE SUDAMÉRICA. LOS TÍTULOS SOBRAN, PERO LAS EXPLICACIONES SON ESCASAS. ¿CUÁL ES LA VERDAD DETRÁS DEL MITO? LAS HISTORIAS DE CLARA CANCHANYA Y KÍMBERLY GARCÍA EXPONEN ESTE CÓCTEL DE GENES, ALTURA Y MÍSTICA.

FOTOGRAFÍAS: KATTYA LÁZARO

Es Sábado de Gloria en Huancayo y el cuerpo de Clara Canchanya debería descansar, pero no se permite tal lujo. Su preparación incluye los siete días de la semana. Lo ha decidido así desde que se trazó un objetivo: ganar la Maratón Internacional de los Andes. Tiene esa deuda pendiente desde el 2011, cuando se animó a correr la competencia por primera vez. Desde entonces, ha participado seis veces; y, aunque nunca bajó del cuarto lugar, el primer puesto siempre le fue esquivo.

Con los primeros rayos del sol sobre la helada pista del Estadio Huancayo, Clara saluda a los demás atletas que también se alistan para el entrenamiento a 5 grados de temperatura. Su cuerpo menudo ya está acostumbrado. Se cambia las zapatillas, estira un poco y empieza la rutina diaria: correr. Sus piernas se mueven sin advertir los kilómetros que irán sumando. A lo lejos, una adolescente de 16 años y un niño de 12 la miran dar su primera vuelta. Son Sarahí y Cristhian, sus hijos, que ya entrenan con el cazatalentos de Inés Melchor, Mauricio Rivera. A los dos los acompaña, como atleta y como madre: desde las cinco de la mañana, luego del desayuno y del viaje de 30 minutos desde el distrito de Huancán —donde vive hace 20 años— hasta el estadio.

Entre el grupo de atletas que buscan mejorar sus tiempos en 21 y 42 kilómetros, es muy fácil reconocer a Clara, casi tan pequeña y temerosa como una niña. Siempre mantiene sus ojos con dirección al suelo. Para nada despega la mirada, salvo para responder un saludo. Está concentrada y es como si evocara su infancia en Chuamba, una comunidad en el distrito de Cullhuas, a unos 35 kilómetros de Huancayo. Allí caminaba largas distancias llevando agua en baldes de los riachuelos, leños secos o pastando animales. A la escuela también se iba a pie. No había más opción: caminar o correr. Sin proponérselo, al igual que otros atletas que empezaron entre sembríos y campos enlodados, preparaba sus músculos y su temple para competir.

Tanto o más que Clara, Henocho Loayza ha caminado en sus 70 años como parte de su labor de investigador. En sus exploraciones a través del Valle del Mantaro —territorio de queñuales, capulíes y aguaymantos desde Jauja hasta Huancayo— pudo observar que el deporte

se inicia en el campo, con el rajado de leña, las carreras de cargada de cebada y chala de maíz, los concursos de surcos para la siembra. Resistencia pura. Los mejores fondistas de Junín y del centro del Perú tienen ese denominador común: Raúl Pacheco, Remigio Huamán, Gladys Tejeda y, también, Clara Canchanya.

Mientras camina por las calles de Jauja con un sombrero que cubre su cabellera larga, Henocho Loayza explica que el contexto geográfico del campo es esencial en el desarrollo del atleta de la región. La tierra condiciona al hombre, dice. Siempre.

El hallazgo de unas piedras petrificadas en las alturas de Jauja fue el inicio de su vida de caminante desde los siete años. Soñaba con ser arqueólogo como su tío, un asistente de Julio C. Tello. Pero terminó estudiando Ciencias Sociales en Lima. En sus incansables travesías, que lo han llevado cerca a los 5 mil metros de altura, dice haber fortalecido su comprensión sobre la relación del habitante de este valle con su mágico entorno; aunque, en realidad, los más fortalecidos han sido sus pulmones. «No hay quien me gane caminando —dice—, salvo los maratonistas de los Andes del Perú».

Clara Canchanya nació un 30 de agosto de 1982, el mismo día que Inés Melchor, quien en el 2014 le ganó el primer puesto de la Maratón de los Andes por 3 minutos y 17 segundos. Hace más de 15 años, el hambre la llevó a ponerse a prueba en una competencia de barrio en Huancán, al sur de Huancayo. Ganó su propio peso en arroz: un saco de 50 kilos. Para una atleta recién iniciada, sin auspiciadores ni apoyo oficial, las carreras de calle pueden hacer la diferencia en el almuerzo del día siguiente. Si en Lima aumentaron como una forma de estilo de vida saludable, en los pueblos circundantes al Valle del Mantaro son la manera de dejar atrás a la pobreza.

Mientras bebe un sorbo de su tomatodo, los recuerdos de Clara viajan a Chuamba, donde su hermano Wily Canchanya —récord nacional de media maratón— corría todas las mañanas, durante una hora, en los cerros y quebradas. Apenas era un niño, nueve años menor que ella. Clara no entendía por qué lo hacía. Vivía su propio mundo. Un mundo que se llenaba con la leña para la cocina, la merienda en la chacra y las corridas detrás de los animales. Después de unos años, ese niño comenzó a colgarse medallas hasta lograr hacerse un espacio al margen de su padre, que había participado alguna vez en la Maratón de los Andes; y de Paulino, el primo maratonista que acaparaba la fama. En una familia de corredores, Wily fue la inspiración de Clara.

—Me sorprendía que en un par de horas ganara 2 mil soles. Me decía que para las mujeres era más fácil —recuerda.

Pero para Clara no ha sido tan fácil llegar hasta aquí. Tuvo que dividirse entre el cuidado de sus hijos y sus primeros entrenamientos a escondidas de su esposo. Su hermano menor, Wiener Canchanya,



corría como su sombra, tratando de no quedarse atrás. Ahora entrenan juntos en el estadio. El fondismo para la familia Canchanya no solo es un deporte, sino un medio de subsistencia. Un plato de comida o el recibo de agua a fin de mes. Tres de los ocho hermanos forman parte del Programa Nacional de Maratonistas que acoge en sus canteras a treinta atletas de élite.

En el Estadio Huancayo, Clara acaba de terminar los últimos estiramientos. A unos cien metros, las piernas de un atleta son masajeadas como dos bollos de pan. Son las de Constantino León, tricampeón de la Maratón de los Andes en sus mejores años, pero ahora encargado de dirigir el Programa Nacional de Maratonistas. Desde su creación en el 2009, terminó de oficializar lo que se murmuraba desde hacía varios años: Huancayo es la capital del fondismo peruano, y quizá de toda Sudamérica. Si antes cientos de atletas llegaban desde Huancavelica, Ayacucho, Cusco y Cerro de Pasco para mejorar su técnica, a partir del programa la migración deportiva creció. El departamento de Junín, en realidad, ya tenía una tradición de región receptora de migrantes, sobre todo de Huancavelica. Al 2017, de las 201 mil 612 personas llegadas, casi la mitad corresponde a migrantes del departamento más pobre del Perú (45.4 %), seguido de Lima (15.8 %) y Pasco (10.1 %), según el Censo Nacional de Población y Vivienda.

Resulta un acto de justicia reconocer el aporte huancavelicano a lo que ahora es Huancayo: el epicentro peruano del largo aliento. Natural de Pampas, Constantino León lo sabe mejor que ninguno. Fue uno de los primeros atletas del programa junto a Inés Melchor, otra huancavelicana asimilada a Huancayo.

—Antes del programa, entrenábamos por nuestra propia cuenta. No había entrenadores. Corríamos con algunas técnicas aprendidas de los atletas mayores —explica Constantino, quien, en medio de los masajes, recuerda que todo empezó con el coreano Pedro Kim y ocho atletas de élite: cuatro mujeres, cuatro varones.

Un guiso de quinua se mantiene caliente en una de las ollas de la cocina del Programa Nacional de Maratonistas. En el comedor, Clara y Wiener esperan por su ración de la mañana sentados frente a una de las diez mesas de madera. Desde que Clara ingresó al programa en el 2011, ya no tuvo que preocuparse más por la comida. Una invitación de Paulino, su primo, lo hizo posible. A él, ganador de la Maratón de los Andes en el 2005, cada menú en los alrededores del estadio le costaba el sudor en las competencias de calle. Formaba parte de una generación en transición, que preservaba el legado de los velocistas huancainos de décadas pasadas: ganadores, pero invisibles.

Francisco Vega es uno de ellos. En sus mejores épocas fue considerado como uno de los pioneros del atletismo con más medallas a nivel internacional. Eran tiempos de la televisión a blanco y negro,



y de pocos flashes y entrevistas. Batió el récord nacional de 3 mil metros con obstáculos en 1973. Su antecesor fue Adán Zárate con la mejor marca en las carreras de 3 mil, 5 mil y 10 mil metros planos desde 1944, superado tan solo por Luis Paredes, otro huanca que quebró los récords de 5 mil y 10 mil.

El profesor Pancho, como lo conocen, tiene ahora 72 años, el rostro cubierto de arrugas, pero aún las piernas firmes para correr. Docente jubilado, fue uno de los pioneros en integrar las primeras ligas de Huancayo que entrenaron a las "máquinas de correr", como considera al primer pelotón de ganadores de la Maratón de los Andes: Ruth Jaime, Orlando Calderón, Marilú Salazar, Florinda Camayo y Hugo Gavino, que debían conformarse con recibir un trofeo, una medalla y una caja de galletas Field.

El Estadio Castilla, el único en aquel entonces, era su espacio de entrenamiento. Debido a la resistencia que exigía la Maratón de los Andes, empezaron a entrenar en las quebradas y llanuras del Valle del Mantaro. Así comenzaron a masificarse las carreras de 21 y 42 kilómetros, dejando atrás a las carreras de velocidad.

—Ya no tenemos velocistas, saltadores ni corredores de vallas —se lamenta el profesor Pancho, aunque admite que ahora Huancayo tiene bien merecido el título de «Cuna del Fondismo Nacional». Lo dice él que se ganó la vida a zancadas.

En el comedor del Programa de Maratonistas, Clara se despide de su hermano y encarga que sus dos hijos se alistén temprano para ir al turno tarde de la escuela. El imponente sol marca las diez de la mañana. Un taxi la espera en la entrada del Estadio Huancayo, cercado por puestos de zumos y tajadas de fruta. Por dos soles, Clara llena su tomatodo con un jugo de naranja. Beberá de a pocos en los 45 minutos de viaje hasta el distrito de Ataura. Ha decidido volver al punto de partida de la Maratón de los Andes —antes de su trigésima quinta edición— para recordar su primera vez. Uno de sus sueños es ganar esta carrera. Este año no le debe ser esquivo subirse a lo más alto del podio, pese a que en los anteriores las kenianas le han pisado los talones.

A la altura de Concepción, Clara divisa un paraje perdido entre los árboles. Ubica con el dedo un desvío hacia la montaña. Algunas veces llega hasta aquí para entrenar: sola o en grupo. La altura de Huancayo es ideal para preparar carreras de 42 y 21 kilómetros, dice, sobre todo por la topografía del terreno de bajadas y subidas. La mejor rutina para afinar el ritmo. Una o dos veces a la semana, los maratonistas huancas se obligan a conquistar las cumbres pedregosas. Opciones sobran: el nevado del Huaytapallana, los relieves y llanuras de los poblados de Ahuac, Huarisca o los cerros de Ocopilla.

Clara pasa el último sorbo de su jugo de naranja. Sabe que está cerca de llegar a Ataura. Mientras desciende del taxi, un largo

silencio la acompaña. Han pasado ocho años de su primera participación. Aquella vez, una mañana helada de noviembre del 2011, se paró en la partida de la Maratón de los Andes, junto a cientos de atletas, para cruzar, desde Ataura hasta el Estadio Huancayo, todo el valle. Un trayecto que atraviesa doce distritos y tres provincias. La ruta más recorrida de los Andes del Perú en los últimos años. Casi tanto como lo fue la del Qhapaq Ñan —Camino Inca, en quechua— que corre en paralelo por la margen izquierda del río Mantaro.

—¡Que hermoso hubiera sido que la maratón vaya por la ruta de los chasquis! —fantasea Henocho Loayza mientras dibuja unos trazos del Qhapaq Ñan que unían Xauxa-Tambo y Huancayo-Tambo en tiempos de los Incas.

Conoce muy bien el punto de inicio de la Maratón de los Andes, donde solo se halla una antorcha de cemento, que es encendida en noviembre de cada año cuando los «Chasquis de la Maratón de los Andes» acuden a demostrar su fortaleza. Según la historia del Perú, los chasquis eran preparados desde temprana edad para ser los mensajeros del imperio. Su formación implicaba correr y escalar montañas. El "chasqui moderno", en cambio, se nutre de la necesidad.

En la plaza principal de Ataura, dos tiendas son las únicas abiertas. Apenas unos ladridos se escuchan en sus calles desoladas con casas de adobe y techo de teja. Según los registros, cuenta con 1300 electores, pero cerca de la mitad ha migrado a Lima o a los centros mineros más próximos. El pueblo solo sale de su letargo en elecciones, a inicios de año por la fiesta de la tunantada, y en noviembre por la maratón. Hasta entonces, es tan solo un pequeño pueblo de ganaderos que venden leche a una planta ubicada a un kilómetro, antigua molinera de la fábrica Arturo Field y Estrella Ltda. S. A.

Esta empresa contrató como mano de obra a los hombres más rudos del Valle del Mantaro. Conocedor del coraje del campesino huanca, el presidente del directorio, Guillermo Arteaga Ralsthon, decidió organizar la Maratón de los Andes en 1984 por los 120 años de su fábrica. La primera edición congregó a cientos de corredores de todos los pueblos por encima de los 3200 metros de altura. Víctor Marticorena, extrabajador, recuerda que Don Guillermo, como lo llamaban, era un apasionado corredor de autos con sangre deportiva. Durante los tres primeros años, los atletas corrieron una distancia mayor a la oficial de una maratón. Los registros señalan 45.1 kilómetros. La idea inicial era unir los estadios de Jauja y Huancayo. Pero con la intervención de la Asociación de Jueces del Atletismo de Huancayo se adaptó el recorrido a los 42 kilómetros y 195 metros reglamentarios. Por designio de una huincha o quizá por caprichos del destino, el paraje de Viscap, en el ingreso a Ataura, quedó instituido como el inicio de la carrera. Fortuito o no, ahora la ruta lleva pintado el nombre de



la competencia y su distancia. En letras blancas y amarillas, como un tatuaje sobre el pavimento, todo aquel que pasa por aquí sabe que Ataura es el punto de partida.

Solo el peligro de las balas, durante el conflicto armado interno, amenazó con detener el avance de la Maratón de los Andes. Después de siete años, en 1992, la carrera sufrió un quiebre: la fábrica Field dejó de organizarla. Pero, al año siguiente, el exatleta Hugo Gavino, vestido de regidor de la Municipalidad Provincial de Huancayo, permitió que fuera declarada Patrimonio Cultural de la Nación Wanka.

—El alcalde me dijo «Sí tú eres atleta, retoma la maratón». Ese año trajimos a atletas de Kenia, Etiopía y Bolivia. Y por primera vez entregamos 3 mil dólares a los cinco primeros puestos —recuerda Gavino, el primer ganador en tres años consecutivos.

A sus 70 años, es un hombre apuesto. Lleva el cabello alisado, una impecable camisa blanca y un pantalón sujetado con tirantes. Sigue corriendo, pese a una caída. Hace cinco años, como máster, quedó cuarto en la Maratón de Nueva York. Sus raíces de guerrero están en el distrito de Ahuac, provincia de Chupaca. Allí ayudaba en el campo a sus padres; y, con el menor apoyo económico, batió récords nacionales, y ahora es una leyenda del atletismo en Huancayo.

Hugo Gavino no duda en afirmar que la Maratón de los Andes masificó el atletismo en Junín y que el Programa de Maratonistas le dio el nivel técnico necesario. Ejemplo de ello es Inés Melchor y Cristhian Pacheco, quienes han roto las marcas. Inés tiene el récord con 2 horas, 39 minutos y 6 segundos desde el 2014; mientras que Cristhian, el récord con 2 horas, 15 minutos y 10 segundos alcanzado en el 2018.

Las piernas delgadas de Clara se colocan en la línea de partida. En esta visita a Ataura, empieza a imaginar lo que será volver a correr los más de 42 kilómetros. Quiere ganar como incentivo a los años de preparación que le ha dado a su cuerpo. Pero, sobre todo, dejar una alegría a sus padres. Confiesa que, aunque no ha logrado el primer lugar en la Maratón de los Andes, su constancia la llevó a conocer países como China, Holanda y Corea del Sur, donde viajó por primera vez en el 2014 a participar de una carrera que la ubicó sexta y le dio el pase a los Panamericanos de Toronto 2015.

Este año, los que lleguen más rápido de Ataura a Huancayo se repartirán más de 67 mil dólares. La encargada de que estos premios se conviertan en realidad es Mery Contreras, una mujer risueña de 56 años. Comparte con otras cinco personas una pequeña oficina en el excoliseo municipal, donde funciona el despacho de Deportes de la Municipalidad Provincial de Huancayo.

—Vine reemplazando a una amiga por dos meses en la organización de 1994 y me quedé 25 años —dice con tono dulce mientras revisa unas fotografías de la maratón.

Mery Contreras ha sido testigo de cómo la competencia fue creciendo. No solo en participantes, sino en efervescencia. Como las maratones más importantes del mundo, se ha convertido en una ilusión. De los que vienen de fuera, pero, sobre todo, de los niños atletas de Junín que crecen fantaseando con el podio del Estadio Huancayo. Miguel Mallqui, Raúl Pacheco, Inés Melchor fueron alguna vez esos niños. Los conoce a todos. Conoce sus historias, así como la de Clara. Y por eso está convencida de que la carrera, más allá del dinero, le ha dado una mística atlética a la región.

El reloj marca la 1 de la tarde. Clara debe retornar para continuar con su preparación en el estadio. En los 42 kilómetros y 195 metros hasta Huancayo, el sueño le ganará la batalla. Se recostará contra un rincón del asiento del taxi. Pequeño y frágil, su cuerpo parecerá rendido, vulnerable, pero aquí ha logrado convertirse en una inquietante máquina de pulverizar distancias. ¿Qué misterios habrá dentro él? Ni ella lo sabe. Solo está segura de que al despertar otra vez se pondrá la zapatillas, estirará las piernas, y hará lo que siempre ha hecho: correr.



Ha llovido toda la semana, pero hoy es una mañana particularmente fría en Huancayo. Contrario a lo que se podría imaginar, el entrenamiento en el Estadio Castilla no se ha suspendido, pese al tiempo, inclemente, como suele ser en los Andes a 3250 metros de altura. En la pista, con la mirada hacia el norte y lista para partir ya está Kimberly García. La manicura, con listones miniatura en las uñas, y el cabello amarrado en una trenza destacan a la vista, pero mucho más su porte de bailarina de ballet.

Fiel a la técnica que desarrolló desde los cinco años con Pedro Cañizares, su entrenador cubano, comienza la rutina de hoy. Debe dar treinta y cinco vueltas al estadio, pero no corriendo —no le gusta y dice que se cansa rápido—, más bien caminando. A paso acelerado. Una razón hay detrás: ella es marchista de élite.

La estructura corporal de Kimberly le ha parecido interesante al investigador Salim Bravo Huaynates. Físico tarameño, exatleta y fervoroso admirador del corredor etíope Haile Gebreselassie, ha logrado calcular el índice de masa corporal de la huancaína de 25 años, y lo ha comparado con la de otras fondistas de altitud. Con los datos que ordena metódicamente desde el 2009 —cuando publicó su primer estudio sobre el perfil social y antropométrico de los atletas peruanos—, el también licenciado en Educación Física de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos se cerciora de los resultados. Compara cifras y, en su «centro de operaciones» —como él le llama al laboratorio del colegio Líder en Tarma, donde es director—, revela que Kimberly posee



18.96 kilogramos por metro cuadrado de índice de masa corporal. Una cifra menor al promedio nacional de fondistas de altura: 20.4. «Eso es bueno. Tiene mejores condiciones», afirma.

Mientras entrena, se ve que el biotipo le da ventaja a Kimberly. Pero no es el único factor a su favor. Asegurada su clasificación a Tokio 2020, su meta más inmediata es lograr el oro de los Panamericanos de Lima 2019 para su natal Huancayo. La «Ciudad Incontrastable», donde ella y más de 400 mil habitantes viven con menos presión atmosférica, menos presión de oxígeno, un 30 % más de radiación solar, escasa humedad y un aire que las temperaturas bajo cero se encargan de congelar. La altura. La temida altura, en la que solo un 6 % de la población mundial se atreve a vivir.

Tal parece que las primeras investigaciones con relación a la adaptación a la altitud se hicieron en el Perú a inicios del siglo pasado. El investigador Alberto Hurtado, un médico peruano y exministro de salud voceado para el Nobel por sus estudios sobre el mal de altura, fue uno de los primeros en estudiar la fisiología de la altitud.



Al igual que él, Carlos Monge, un médico peruano dedicado a la biología andina, estudió los efectos del soroche, palabra adaptada del quechua *suruchi*, para referirse a los estragos que causa el ascenso en las montañas. En la década de los cuarenta, los hallazgos de su hijo y discípulo, Choclo Monge, determinarían que las localidades ubicadas a más de 3 mil metros de altura eran regiones geográficas multiestrasantes: lugares que, por sus intrincadas características, parecían insostenibles para la vida misma.

La médico deportivo Gina Flores, quien apoya a Kimberly como parte del equipo biomédico del Centro de Alto Rendimiento (CAR) de Huancayo, tiene una agenda apretada, pero no duda en compartir su conocimiento. En un local del centro Medical Sport, donde ella es directora, el apuro de los pacientes es lo único que quiebra la tranquilidad del ambiente, a pesar de estar cerca del centro de Huancayo. Nacida en Puno, a más de 3800 metros, y luego de varios años de labores en Lima, ha notado que la altitud es determinante. Explica que el motor cardiorrespiratorio de los atletas de altura se ha adaptado a funcionar con poco oxígeno. La fuerza de voluntad (léase estado mental) para entrenar —con las porciones de cansancio y dolor que solo la altura puede dar— también se ha adaptado al multiestrés de la zona. Pero, además, habría un factor genético: la generación de mitocondrias.

Según Gina Flores, los fondistas tienen fibras musculares con bastantes mitocondrias, organelos que metabolizan de manera muy eficiente el oxígeno y ayudan a la resistencia del deportista. «El número de mitocondrias crece con el entrenamiento, pero hay una predisposición genética», dice. No conoce de estudios comparados sobre la producción de mitocondrias entre atletas del llano y los que entrenan en altura; pero, por su experiencia, está casi segura que los últimos tienen más ventaja.

Si es así, eso explicaría la resistencia de Kimberly. Desde que empezó la rutina esta mañana en el Estadio Castilla han pasado casi tres horas y no ha parado. Además, entrenará un par de horas en la tarde. Como es mayo y el cielo ha empezado a despejarse, también ha sentido el dolor del frío en la garganta; pero ya lo conoce bien y lo sufre con honor, como otros sacrificios que la disciplina le exige.

En la pista atlética, su tía y auxiliar de entrenamiento, Gladys García, cronometra el tiempo que hace en cada vuelta. Su historia es curiosa. Ella, una ingeniera metalúrgica que laboraba en la mina de Chungar, de Cerro de Pasco, dejó su trabajo cuando se convirtió en madre. Unos años más tarde, llevó a su hija Minerva al Estadio Castilla para que ingresara al programa «Gimnasia con el niño» traído de Cuba. Su sobrina Kimi quiso seguir los pasos de su prima. Ambas se hicieron marchistas, y, aunque solo Kimberly continuó, su tía pasó de acompañarla



a convertirse en su aliada. Así cambió la búsqueda de cobre, plata y zinc en un socavón por el sueño del oro olímpico.

Gladys García también es la responsable de preparar las bebidas rehidratantes. Las pone en pequeñas bolsas y luego de 30 minutos de iniciado el entrenamiento se las da calculando el número de vueltas. A 3250 metros de altura, no solo la hidratación, sino la nutrición del atleta es distinta. «La altura genera un desgaste energético mayor», afirma la nutricionista del CAR, Leydi Palomino. Ya es de noche, pero en su oficina del Estadio Huancayo aún tiene los ojos sobre una calculadora. Determina, con la notable velocidad de sus dedos, la distribución porcentual de nutrientes que cada deportista necesita. Antes que nada, debe haber una evaluación y una valoración antropométrica —a partir de las medidas del cuerpo— para determinar lo que requiere el atleta. En el caso de los deportistas de resistencia, su dieta debe contener entre un 15 a 17 % de proteínas, un 60 a 65 % de carbohidratos y un 20 a 25 % de grasas.

Según Leydi Palomino, una fondista de altura como Kimberly debe recargar aun más energía para generar calor, aumentar la temperatura y, lógicamente, tener una buena oxigenación.

Comparado con un atleta de la costa, la necesidad en las montañas es mucho mayor y podría significar una desventaja.

La nutricionista lo ha vivido en carne propia. Ella es exdeportista de marcha atlética. Se retiró a los 16 años por falta de apoyo, en especial hacia la marcha, que pese a haberse popularizado en el siglo XIX en Inglaterra y otros países aún hoy es menos conocida que otras disciplinas atléticas. La marcha es técnica pura. Consiste en caminar lo más rápido posible, sin despegar por completo los pies del suelo, sin correr.

En el tiempo en que Leydi Palomino competía, los marchistas debían correr maratones por dinero. Pero la carencia es peor para otros atletas. Dice que el 90 % de deportistas llegan al CAR con rasgos de malnutrición. Pero, en contraparte, tienen la habilidad de mejorar su rendimiento, una vez sometidos a una dieta balanceada. Cree que el valor de los productos andinos aporta, pero no tanto como combinados con otros alimentos. Sin embargo, hay otro factor: la leche materna. El prolongado período de amamantamiento, que suele darse hasta los cuatro e incluso seis años en zonas altoandinas, puede generar atletas menos enfermizos y con más ventajas. «Nuestros atletas son chiquitos y flaquitos, pero tienen la garra del serrano», asegura.

De esa garra y pasión suele hablar Kimberly. «Si te gusta algo y quieres seguir avanzando, la disciplina y el esfuerzo no son ningún sacrificio», dice.

Su primera jornada de entrenamiento ha terminado. Los primeros que la reciben cuando sale de la pista son los dos perros mestizos que



Katty Lázaro

la acompañan a diario. Sentada sobre una colchoneta, ahora recuerda su última competencia en México. A pesar de una lesión en el músculo piramidal que le afectaba la rotación de la cadera, superó a todas en la Copa Panamericana de Marcha Atlética 2019 y quedó segunda en el IAAF Race Walking Challenge. El boleto a los segundos Juegos Olímpicos que correrá en su vida. La revancha que tanto esperaba: superar el puesto 14 que alcanzó en Río 2016.



Este sábado de fines de abril en la ciudad mexicana de Lázaro Cárdenas, en Michoacán, con 30 grados centígrados de temperatura, salir a todo ritmo no parece una buena idea. Sin embargo, una figura se adelanta casi de inmediato y decide «jalar» al pelotón de cuarenta y cinco marchistas de la categoría 20 kilómetros. Es Kimberly García, quien, confiada en la base de entrenamiento que tuvo —en Huancayo para mejorar su resistencia y en Tumbes para potenciar su velocidad—, no titubea y avanza a paso firme.

Las diferencias del entrenamiento en costa y sierra también las ha estudiado el profesor tarameño Salim Bravo. Una vez dentro de las aulas de San Marcos, en el 2004, el Primer Congreso Internacional de Antropometría que organizó su facultad, resultó una revelación. Empezó a indagar en la composición, forma, funciones, proporcionalidad y tamaño del cuerpo humano para entender los procesos implicados en el crecimiento, el ejercicio, la nutrición y el rendimiento deportivo.

La Villa Deportiva Nacional se convirtió en su centro de recopilación de datos. En el 2007, con la colaboración de veintidós atletas que compitieron en el Campeonato Juvenil de Atletismo, sacó sus primeras conclusiones: los fondistas de altura tenían menos porcentaje de adiposidad subcutánea que los que entrenaban en la costa. En el caso de los varones, el porcentaje de grasa era 19.4 %, por debajo de los del llano con 21.1 %. Igual en las mujeres: las de altitud registraban 25.6 %, a diferencia de las que entrenaron en la costa con 27.2 %. «Eso le da ventaja a los de altura», dice Bravo.

Otro estudio del físico tarameño revela que los fondistas de altura han desarrollado huesos más anchos. La hipertrofia, crecimiento anormal, que halló en los diámetros del húmero y el fémur de los deportistas, pudo ser causada a partir de microfracturas tras el ejercicio físico y la regeneración del hueso a causa de los alimentos locales con más calcio. «También influye la procedencia étnica del hombre andino —dice—, que ha sobrevivido a más de 4 mil metros».

En comparación con atletas extranjeros, sin embargo, se halló que el atleta peruano de altitud posee un 4.2 de preponderancia a la robustez. Mesomorfia, prefiere decirle Salim Bravo. Los habitantes de África poseen 2.7. «El africano tiene menos músculo, pero es más eficiente», asegura, en medio de su laboratorio, que tiene un afiche de Rainer Weiss, Barry Barish y Kip Thorne, distinguidos con el premio Nobel de Física 2017 por la detección de ondas gravitacionales, anticipadas por Albert Einstein. Muy cerca, está la pizarra que ha usado para explicar sus descubrimientos. En ella, saturada de cifras, cálculos y anotaciones, ha escrito la palabra «Evolución».

Salim Bravo afirma que sobre los atletas existe un proceso de selección de presión artificial que modifica su físico y puede afectar sus genes. Los corredores kenianos de la región Kalenjin, por ejemplo, llevan una mayor carga genética de la proteína Alfa actinina 3, el gen ACTN3, del que la Universidad de Glasgow, en el Reino Unido, ha hecho más de diez estudios. «En el caso del corredor peruano, el cambio de su estructura ósea femoral ya es un indicador de que se están modificando sus piernas», dice. La evolución que propone también tiene que ver con la adaptación integral. En suma: entrenamiento, comida, genética y entorno, todo influye.

En la pista mexicana, y casi a mitad de carrera, Kimberly ya se ha separado como 100 metros del pelotón. Ella y la brasileña Erica de Sena lideran la competencia. La huancaína sabe que una de sus metas, la de hacer menos de 1 hora y 31 minutos para clasificar a Tokio 2020, está asegurada. Sin duda, va por el camino de la adaptación integral que estudia Salim Bravo.

Para la docente universitaria y exatleta olímpica, Marilú Salazar, la adaptación ha jugado un papel decisivo en el éxito de los deportistas de altura. Los 3250 metros de altitud de Huancayo, explica, no son favorables para el entrenamiento, y solo les da ventaja a los que se han adaptado de manera natural por nacer y vivir en los Andes. La maestra camina por los pasillos de la Facultad de Pedagogía de la Universidad Nacional del Centro mientras medita sobre por qué se dice que Huancayo es la cuna del fondismo peruano. Piensa en la motivación que encuentran los niños cuando ven la Maratón de los Andes. Debe ser ello, porque «biotipo y genes no tenemos», aclara.

En realidad, los genes huancas sí están presentes y encierran un misterio en sí mismos. Un estudio realizado por la científica peruana Ysabel Montoya y otros investigadores, en el laboratorio Bio Links en el 2008, encontró que los genes de los huancaínos tienen diferencias significativas con los de los habitantes de Arequipa, Cajamarca, Lima, Chiclayo, Piura y Trujillo. El estudio analizó la distribución alélica de 16 STR (pequeñas secuencias de ADN repetidas muchas veces) de individuos sin relación de parentesco. En Huancayo, se analizaron las muestras de sangre de 185 personas; y, en total, se realizaron 21 comparaciones genotípicas que revelan que los huancaínos tienen menos similitud genética con las otras ciudades. Esto se debería a que existe mayor mezcla endogámica en Huancayo, similar al caso de Puno. «En estas regiones, las personas tratan de casarse siempre con gente de la misma zona», explica la bióloga. Se pueden ensayar múltiples definiciones. Todas provocadoras: menos mestizaje, preservación de los genes, pureza sanguínea. Pero una sospecha válida es que esta peculiaridad del ADN huanca podría estar determinando a sus atletas.

En Michoacán, el sol no da tregua, pero a Kimberly le va bien. Se ha sorprendido por la cantidad de peruanos que han llegado a apoyarla. Aquí todos son una sola sangre. Falta poco para completar los 20 kilómetros. Sin embargo, la lesión sobre la cadera le preocupa. Lo medita sin detenerse y decide que es mejor cuidarse para los Panamericanos en Lima. Por eso no acelera cuando De Sena, que ha ido casi toda la competencia a su lado, la supera y cruza la meta once segundos antes. La marca de Kimberly queda registrada: 01:29:33. Como lo había calculado, el pase a Tokio 2020 es un hecho.

Solo seis puestos detrás, llega Leyde Guerra, la otra marchista huancaína. Al acabar la competencia, encuentran a sus compañeros y





Katty Lázaro

directivos, entre ellos al profesor Pedro Cañizares. A Kimberly, el entrenador cubano la prepara desde los cinco años. Nacido en Santi Spiritus, una provincia del centro de la isla caribeña, llegó a Huancayo en 1995, por el convenio de Polos de Desarrollo entre Perú y Cuba. Licenciado en Cultura Física y especialista en atletismo, recuerda que al menos 100 de sus compatriotas arribaron al país. Todos se fueron en 1998. Sólo él retornó a Huancayo en el 2004.

Para el profesor cubano, el éxito de Kimberly radica en la combinación de su biotipo, las condiciones innatas y el entrenamiento progresivo desarrollado desde niña. Aunque la mejor marca que tiene es de 1 hora, 28 minutos y 56 segundos, el resultado ha sido gradual. La actitud de la atleta también ha sumado. «Ella ha sido muy entusiasta. La perseverancia, la disciplina y la fuerza de voluntad son factores, pero no te dan un alto resultado. Eso te lo da un profesional», dice sobre sí mismo.

El profesor Cañizares rescata la capacidad de los atletas de altura de trabajar con poco oxígeno; sin embargo, también es una

desventaja, al no poder exigirse la misma intensidad a nivel del mar. El riesgo es provocar mucho ácido láctico, una sustancia que se produce con la descomposición de carbohidratos y es fuente de energía, pero que en exceso puede ocasionar daño muscular. En su oficina, ubicada debajo de las tribunas del Estadio Castilla, dice que en la altura es perjudicial entrenar a un ritmo mayor de cuatro o cinco metros por segundo, porque el atleta se ahoga; y si en el organismo no hay oxígeno, no hay combustión. «Es como un carro sin gasolina», asegura. Para superarlo, lo que él aplica es un entrenamiento combinado de hasta veintidós días en la costa y de cuatro a cinco meses en altura.

Un fisiólogo del Instituto de Investigaciones de Altura de la Universidad Cayetano Heredia, sin embargo, ha encontrado que los atletas de la sierra sí tienen suficiente gasolina en sus pulmones. El profesor José Luis Macarlupú lo demostró en el 2007 después de medir el consumo de oxígeno máximo (VO₂max) de seis atletas de alto rendimiento, nativos de altura. El huancavelicano Constantino León y el puneño Vicente Chura fueron dos de los que participaron de ambas pruebas a 4320 y 150 metros de altitud. En el centro de investigación de la universidad en Cerro de Pasco, los fondistas fueron analizados como máquinas humanas: funciones cardíacas, presión arterial y oxigenación sanguínea. Todo se midió mientras se agitaban en fajas caminadoras o bicicletas estacionarias que elevaban el nivel de esfuerzo.

Los resultados mostraron que los atletas presentaban valores más elevados de VO₂max a nivel del mar (84.85 miligramos de oxígeno consumido por kilogramo de peso corporal por minuto), en comparación a su desempeño en la sierra (61.5). «Los atletas de altura alcanzaron su máximo rendimiento en condiciones de hipoxia (poco oxígeno)», explica Macarlupú, quien, además, encontró que el VO₂max de estos fondistas no está tan lejos del registro de los kenianos (60).

Mientras infla los pulmones y estira el cuello para recibir la medalla de oro de la Copa Panamericana, Kimberly piensa en la revancha que quiere cobrarse en los próximos Juegos Olímpicos. En Río 2016, los calambres no le permitieron rendir al máximo. Aun así llegó en el puesto 14, como la segunda mejor sudamericana. Ahora es distinto, ya tiene auspiciadores y el respaldo de un equipo biomédico. Por eso no abandona la idea de volver a Huancayo con una medalla olímpica.

A sus 25 años, ha viajado y probado la victoria varias veces. ¿Cuál cree que es la razón de su éxito? La pregunta la hace pensar. No descarta que la habilidad para la marcha sea hereditaria, debido a que varios de sus familiares fueron al menos aficionados. Pero Kimberly lo duda. ¿Puede que hayan sido sus genes huancas, su adaptación a la altura o los alimentos andinos? ¿Quién sabe?, dice. Pero de lo que está segura es de otra habilidad que va más allá de la ciencia y tiene su marca: la pasión.



A close-up portrait of a man with short dark hair and a light beard, looking slightly upwards and to the right. He is wearing a dark blue t-shirt. The background is a blurred green forest.

POR KIKE LA HOZ

EL REY DE LAS DISTANCIAS



JUAN JOSÉ CASTILLO, LEYENDA DE LAS PISTAS Y PRECURSOR DE LA GLORIA DE LOS FONDISTAS PERUANOS, LIDERÓ A UNA GENERACIÓN DE INMORTALES: MIGUEL MALLQUI, HUGO PÁUCAR, CONSTANTINO LEÓN, JULIA RIVERA. ¿QUÉ PASA CUANDO LOS DISCÍPULOS Y EL MAESTRO SE ALEJAN?

FOTOGRAFÍAS: VIRNA CUEVA Y EDWARD JULIÁN DAGA

Era El Jefe. El Maestro. Xian, preferían decirle algunos de sus discípulos en Huancayo, por aquel viejito que obligaba a patear palmeras a Jean-Claude Van Damme en la película *Kickboxer*.

No tenía ni treinta años, pero Juan José Castillo había logrado convertir su nombre en una leyenda, sin canas ni funerales.

Era el rey de las alturas. Un mito viviente.

Todo lo que hacía tenía al aura de lo extraordinario. Campeón Bolivariano de 5 mil metros en 1989 por encima del ecuatoriano Rolando Vera, un extraterrestre de las pistas. Medalla de plata en San Silvestre 1991 después de bajar del avión en São Paulo. Récord nacional de media maratón, en 1999, con el cronómetro de Medellín en 01:02:55, un registro para enmarcar durante casi veinte años.

Una locomotora, como fantaseaban en Huancayo. Todos querían ser como él, entrenar con él, forrar sus cuadernos con fotografías de él.

Pero, ahora, el mejor atleta peruano de todos los tiempos, acaba de cumplir 51 años, y ninguno de sus primeros discípulos ha llegado a su casa en El Tambo a darle un abrazo.

A Juan José Castillo nada de eso parece importarles cuando corre. En la pista del Estadio Huancayo, tiene la mirada extraviada, un rictus de torturado y la pierna derecha renqueante, como una cruz que debe cargar. Trata de seguirle el ritmo a tres de sus nuevas alumnas del club JUJOCA (por sus iniciales), pero sus tobillos ya no responden como antes. No solo es más viejo, sino que las cicatrices que le atraviesan ambas piernas, desde el talón hasta la pantorrilla, son las marcas que delimitan lo que fue de lo que ya no será. Pero él se resiste. Completa una vuelta. Luego, dos. Avanza, y suda como si descendiera, en círculos, a los infiernos. Se despoja de su gorra. Resopla. Lanza quejidos como si saboreara el dolor, pero sigue adelante.

En realidad, no quiere alcanzar a nadie. Si se pudiera ver a través de sus ojos, en la pista no estaría más que él. Un testarudo que pretende derrotarse a sí mismo. Dieciocho años después de la lesión que lo retiró, esa es ahora su única consigna: convencerse de que aún puede correr.

La presión de una trituradora. El ardor de la mordida de un perro. Cuando la rueda de una moto guía le pasó por encima de los tobillos,

a poco de cruzar la meta de la Media Maratón de Bogotá, en el 2001, sintió todo eso. Y más. Pero decidió seguir. Bien lo valía la medalla de oro. La gloria. Ganar a pesar de todo. Derrotar al dolor, pero entregando algo a cambio: su tendón de Aquiles o los músculos de su pantorrilla; aunque luego la vida se viniera a pique: cinco operaciones, seis años sin correr, tres propiedades vendidas, cinco hijos a los que alimentar, un padre al borde de la muerte y el fin de una leyenda. Era demasiado. Un par de piernas no podían soportar tanto.

«Todo el mundo se olvidó de mí. Me daban ganas de morirme», se desahogó hace unos años. Acababa de volver a la vida después de ganar la Vuelta de San Isidro en el 2007, con 39 años, adelante de Constantino León, uno de sus exdiscípulos. Y demostró que no era casualidad con la Media Maratón de Chile 2008, como máster.

Suena a película de Hollywood. Es la historia de un renacido.

«¡Por qué te quedas! ¡Mantén el aliento!», ordena Castillo a Nianitt, una de las tres muchachas que va delante de él. Kipchoge, Dibaba y Ayana observan la escena. Los perros chuscos, con nombres de maratonistas africanos, no corren. Apenas bostezan o se sacuden las pulgas.

Muchos aún creen que Juan José Castillo es el coordinador del Programa Nacional de Maratonistas, pero, en realidad, ha dedicado los últimos dos años a formar a una nueva camada de más de veinticinco corredores. Apartado de todo, y de todos. Después de ocho años incesantes en el cargo, se tuvo que ir por la puerta falsa. Peleado con los dirigentes. Cuestionado por algunos atletas (Inés Melchor, incluida). Y enemistado con varios de sus antiguos discípulos.

Poco importó que durante su gestión las marcas se rompieran y que asistir a los Juegos Olímpicos y los Panamericanos dejara de ser un objetivo mecánico sin ilusión ni medallas. El descubridor de Gladys Tejeda se puede jactar de haber traído a Rodolfo Gómez, el mexicano que propulsó a los fondistas peruanos; pero otros aún murmuran que abandonó al exentrenador Pedro Kim, cuando la corredora de Junín, su protegida, lo acusó sin pruebas de acoso sexual.

La puerta falsa existe.

Está detrás de la tribuna oriente del Estadio Huancayo. Debajo de una de las torres de iluminación. Tiene el grosor de dos planchas de triplex, la pintura marrón descolorida y un par de huecos a la altura de la cerradura. En la pared despellejada se lee JUJOCA Runners.

Al interior del camerino, las ventanas tienen los vidrios rotos y una batea negra sirve para hacer pasar el agua de los inodoros. Huele a cuerpos sancochados en sudor. Es el aroma de la motivación. Para Juan José Castillo, más que con las piernas, se corre con los sesos. «Siempre fui muy fuerte de la cabeza», lo dice alguien que forjó el carácter desde muy niño. A fuerza de rebeldía. Solo para contradecir a los escépticos. «Tienes muchos cojones. Vas a llegar lejos», le vaticinó su profesor de



Educación Física después de acabar desmayado tras unos 1500 metros planos en el colegio Santa Isabel. «Este chibolo está loco», se burlaron de él unos atletas consagrados, en el camerino del Estadio Huancayo, cuando dijo, ingenuo pero decidido, que se subiría algún día al podio de San Silvestre. Las risitas hicieron combustión en su interior y no paró hasta dejar atrás a ese pelotón de conformistas.

Así como dos cicatrices marcarían sus piernas por el resto de su vida, con ese portazo Juan José Castillo separaba la historia en dos. De un solo tajo. «Ya van a ver todos esos que se han reído», se dijo, y nunca más volvió a ese camerino.

La puerta ahora se cierra. Es la del club JUJOCA Runners. Juan José Castillo se despide de los últimos y sale a paso lento. El tobillo derecho más angosto que el izquierdo. Renguea con discreción.

Si alguna vez soñó con una medalla olímpica, ahora solo quiere ganarla a través de alguno de sus pupilos. «Es lo que más deseo», dice. Un buen deseo dos días después de su cumpleaños.



—Todo lo que tengo se lo debo a Dios, a mis padres, a mi hermano y a Juan José Castillo —dice Hugo Páucar (49), uno de sus primeros discípulos, en el jardín de su hotel, que también es su casa, y la exconcentración del Programa Nacional de Maratonistas.

A unas pocas cuadras de la plaza de Huamancaca, el acceso al hospedaje Tuki Wasy es un sendero de barro y maizales a los márgenes. Sentado en la entrada, Hugo Páucar tiene el gesto grave. Apenas sonríe. Las cejas pobladas y la nariz como una prolongación de su rostro acentúan su sobriedad. Su padre acaba de fallecer. Una mototaxi sin luces lo oscureció todo. El luto lo lleva en una casaca negra, pero sobre todo en la mirada triste.

La nostalgia lo hace ir a esos días en los que su hermano Gregorio lo convenció de correr. Loco lo creían en el barrio por salir en short y en bividí. Su propio padre tardó en convencerse de que eso sirviera para algo. Fue ahí que conoció a Juan José Castillo. Su vida se convirtió en una maratón, en la que jamás lograría alcanzarlo. Mejoró el físico y aumentó su resistencia al dolor, con zapatillas regaladas por su maestro, pero se resignó a estar un paso detrás de él.

Apenas una vez pudo manotearle una victoria en Piura con el calor como aliado. Una sola en más de cinco años corriendo juntos. Aún conserva el recorte periodístico de aquel día de 1999: Castillo quedó segundo, pero son pocos los que recuerdan esa derrota. Hugo Páucar es uno de ellos.

El club JUJOCA empezó con él, pero también con Miguel Mallqui, Hortencia Aliaga, Julia Rivera y más tarde Constantino León. Los



primeros discípulos de Juan José Castillo. Sus compañeros de aventuras en las pruebas de fondo en Estados Unidos. Boulder, Nashville, Chicago, Nueva York. Tanto allá, como en el Perú y en otras competencias sudamericanas, Hugo Páucar y Miguel Mallqui se convirtieron en sus escuderos. Corrían de a tres. En equipo. Como un solo cuerpo, donde ellos eran los brazos que sacaban al resto del camino y Castillo la cabeza que llegaba a la meta, se colgaba las medallas y monopolizaba los aplausos. Una maratón, en teoría, se corre en solitario, pero a veces puede parecerse más a una carrera de Fórmula Uno con escuderías y estrategias colectivas.

Los dos discípulos eran leales. Aceptaban su rol: cortaban el aire, despejaban el camino y distraían a los adversarios extranjeros. Todo por El Jefe. Al menos así por un tiempo.

Pero, como en toda manada, la línea sucesoria pasó a ser una preocupación de los herederos naturales. La tensión iba en aumento. ¿Quién era el segundo? La disputa empezó silenciosa y se fue desbordando hasta convertirse en una pugna de egos.

—Mi objetivo era Mallqui porque jamás le iba a ganar a José en las pistas. Jamás. Era una bala —aclaró Hugo Páucar. Mallqui, en cambio, era un cholo duro, resistente como yo.

Pero mientras Páucar se preocupaba por ese campesino de Acobamba, que había querido ser boxeador antes que atleta y acabaría ganando siete veces la Maratón de los Andes, Miguel Mallqui apuntaba más alto. Ya no quería ser brazo; quería ser cabeza.

En la colección de recortes que Hugo Páucar ha sacado al jardín, la foto de ambos cruzando la meta de la Maratón de los Andes del 2000 es el preciso instante de un abismo que empezaría a formarse entre ambos. «Negro, ya eres mi lorna», le dijo a Mallqui antes de la partida. Le gustaba tomarle el pelo. En Nashville, había logrado su mejor tiempo en maratón (2:14:32), aunque dos segundos detrás de Castillo. La tendencia era clara. «Sabía que no me iba a ganar», dice. Pasado el kilómetro 28, con los dos adelante, Páucar escuchó que Mallqui le proponía un trato: «Japanajá». Primero o segundo, daba igual. Los 8 mil y 6 mil dólares de ambos puestos se dividirán entre dos. «Hacíamos que nos alcanzábamos. Nadie se daba cuenta. La gente deliraba», recuerda. Así entraron al Estadio Huancayo, y por mutuo acuerdo, según Páucar, cruzaron la meta tomados de la mano.

Unos segundos después, los organizadores anunciaron al ganador. Los diarios del día siguiente lo consignaron así: «Los jueces determinaron que Mallqui superó a Páucar por apenas un segundo».

—¡Un segundo es un paso! ¡Y no hubo ni un paso! Hemos entrado juntos. Ahí está mal explicado —se inclina sobre el recorte.

Dice que ese día llovieron cáscaras de plátano y botellas vacías. «Sabían que ese premio no era para él». Y mientras eso pasaba

en las pistas, Hugo Páucar se divertía con Mallqui, el muchacho analfabeto y de mirada tímida. Formularios de migraciones llenados con errores a propósito. Hincos en la columna con los nudillos. Supuestas bromas para aliviar el estrés. «Sí, se me pasó la mano a veces», admite. Más de una vez acabaron a los golpes dentro del camerino, y hasta se dejaron de hablar. Juan José Castillo debía intervenir como una padre que separa a dos hermanos.

Entre las fotografías del pasado, Hugo Páucar ha encontrado una en la que los tres posan antes de un viaje a Estados Unidos. Eran tiempos felices. El trío de oro los llamaban.

Decide subirla a su Facebook, mientras ojea otros recuerdos: en cada recorte, ahí está él, El Jefe. Siempre un peldaño más arriba. Como si el álbum fuera de Juan José Castillo y no de Hugo Páucar. En la Maratón de Buenos Aires (1997) y la Meseta del Bombón (1998). En más de una edición de la carrera Pilsen. Primero y segundo. En ese orden. ¿Alguna vez le incomodó ser un actor de reparto en la vida del mito huancaíno? «No, nunca», dice, y no tiene reparos en revelar lo que le dijo hace unos años: «Te seré sincero, Hugo, tú no tenías talento para correr, pero lo que más me gustaba de ti era tu pasión».

La moto guía de Bogotá acabaría pasándoles a todos por encima. El accidente de Castillo quebraría más que un tendón de Aquiles. «Yo que era su brazo derecho vi cómo ese grupo, que éramos los hijos que obedecíamos a José, se empezó a resquebrajar», dice.

Admira que haya vuelto a correr pese a cinco operaciones. Quisiera seguirle los pasos, pero ahora es un corredor que ha echado raíces. «Yo ya no tengo ese espíritu», dice. Se dedica a la venta de terrenos, y si corre es solo para entrenar a su hija Sofi (8). Hace poco, quedó primera en una carrera en Huamancaca. Fue lo único que lo alivió tras la muerte de su padre. El mejor consejo que suele darle es el que Castillo le dio a él: «Hay que acostumbrarse al dolor». Al final de cuentas, de eso se trata correr. Y vivir.



La vida de Constantino León (45) ha dado tantos vuelcos como la de Juan José Castillo. A este sargento del batallón número 43 de Ayacucho, que corría con veinte kilos de pertrechos en plena zona de emergencia, también le tocó desmayarse para renacer. La fortuita bendición de los predestinados. «León, tú eres cachaco», le propusieron para completar 5 mil metros en unas olimpiadas universitarias en Huancavelica. Doce vueltas que le cambiarían la vida.

Quedó primero, perdió el sentido, pero cuando despertó ya no sería el mismo. Semanas después estaba de pie frente a Juan José Castillo para pedirle una oportunidad. «Quiero correr con usted», le dijo.





Vima Cueva

Tenía 24 años y aún por entonces era difícil imaginar que ese muchacho flaco, de brazos de alambre y ojos como botones sería capaz de todo lo que vendría luego.

Antes, Constantino se hizo su discípulo; y, luego, un atleta olímpico en Beijing 2008. Quedará escrito, además, que fue el encargado de contactar al coreano Pedro Kim en el Mundial de Berlín 2009. El fondismo peruano tendría un antes y un después de aquella cita. «Tú peruano, ¿no? Correr muy bien. Quiero ir a Perú», así empezó todo, recuerda Constantino, en medio del comedor del Centro de Alto Rendimiento de Huancayo, mientras devora una sopa de cordero.

Hace dos años tomó el lugar de Juan José Castillo. El comentario habitual es que su antiguo maestro fue el precursor del Programa de Maratonistas. Pero Constantino carraspea. «El programa nace con la conversación que tuve con el profesor Chino en Berlín», dice Constantino, un hombre que nació un 12 de abril, día de la toma de Constantinopla por los cruzados, y que tiene tatuado con tintiro su propio apellido en el antebrazo izquierdo. El aspecto de despistado

quizá no lo ayude. Sin embargo, el discípulo de Castillo calcula cada movimiento. Es atleta, exsoldado, pero sobre todo político.

Esta mañana, luego de dejar el plato hondo sin sobras, debe repartir su labor de coordinador del programa con el de regidor de la Municipalidad Provincial de Tayacaja, en Huancavelica. Una hora de viaje hasta Pampas, su ciudad natal, para atender a los vecinos. En el camino, dirá que el quiebre de los atletas en dos bandos (Inés Melchor por un lado; Gladys Tejeda por el otro) no es más que una consecuencia de la salida del profesor Kim. La llegada de Rodolfo Gómez –con el aval de Castillo– no hizo más que agudizar las tensiones. A Constantino, ahora, le toca ser una pieza neutral.

Tiene la impresión de que Castillo «cambió» después de la lesión. No volvió a ser el mismo, ni el grupo tampoco. La separación se notó. Las dos cicatrices, en realidad, las llevan todos.

El dolor no es exclusividad de Juan José Castillo. Constantino León lo sabe. Un automóvil, manejado por una limeña con influencias, lo arrolló en el 2004 mientras corría alrededor de El Pentagonito de San Borja. El hígado partido en dos, la cabeza fracturada y un brazo roto. Semanas en cuidados intensivos. La muerte echada a su lado. Pero su mecenas, el millonario Carlos Rodríguez-Pastor, se encargó del milagro en la clínica y en el Poder Judicial. Los doctores le dijeron que no volvería a correr nunca más. Después de llorar en silencio, tomó las llaves de su auto y manejó con un solo brazo hasta Huancayo. Unos meses después, un médico amigo lo animó a arriesgarse.

Una pata de conejo cuelga del parabrisas de Constantino León, como recordatorio de aquellos días. Cuando al fin estuvo listo, decidió correr la Maratón de los Andes 2007. Ni Miguel Mallqui ni Hugo Páucar lo veían como rival. «Uno menos», decían. Incluso ya habían acordado repartirse los primeros puestos. En los últimos kilómetros se desesperaron. El final de película estaba por consumarse. La resurrección de Constantino. Ganó, y unos meses después lograría la marca para Beijing 2008. «Muy pocos saben esta historia», dice con las manos en el volante, mientras observa un letrero que dice Cullhuas, la tierra de los Canchanya. «Paulino quiso ser alcalde aquí, como Páucar en Huamancaca. El único que sí ha podido es Mallqui en Huancán».

Al llegar a Pampas, Constantino León despachará documentos, saludará amigos y acudirá al nuevo mercado para resolver el reclamo de los asociados de la cooperativa: quieren abrir las puertas cuanto antes. Una comitiva municipal, encabezada por el alcalde provincial, un hombre gordo con casaca de cuero y el verbo de político taimado, ha convocado a una reunión. «Apóyanos, Constantino», le dice una mujer. Lo tratan con reverencia. Aquí, en Pampas, no solo es el exatleta olímpico, sino el político que quiere ser congresista y que pronto tendrá un estadio con su nombre. Pero antes



deberá quedarse hasta la noche en una asamblea para acelerar el pedido de los comerciantes.

«Estos procedimientos toman su tiempo. Toca cumplir con todo y no dejarse llevar por la emoción», dice, de regreso a Huancayo. El camino del populismo no lo seduce. Eso mismo aplica en el Programa de Maratonistas, donde lo acusan de no ser tan resolutivo como Juan José Castillo. O peor aún: un peón encubierto de los dirigentes.

Constantino chasquea los labios. Acepta que no tiene libertad de gasto como la tuvo Castillo: la Contraloría y la burocracia estatal es como arena movediza. Solo pide que se le juzgue al final del ciclo olímpico: «Ahí recién vamos a saber si hemos avanzando».

El hombre que alguna vez registró 1 hora, 2 minutos y 3 segundos en una media maratón en Las Vegas es acusado de lento. El huanca-velicano que calcula haber dado tres vueltas al mundo corriendo es visto como un burócrata ineficiente. Constantino León está cansado. Quiere llegar a casa y dormir. Pero antes atraviesa Huancán, el distrito de Miguel Mallqui, el atleta al que quisieron vacar. «Él es un tipo de buen corazón, pero su gestión como alcalde fue mala». Con buenas intenciones no alcanza. Él mejor que nadie lo sabe.



Juan José Castillo apura un bocado de arroz con huevo y papas fritas. Después de entrenar en el Estadio Huancayo, el hambre es más tenaz que sus piernas. En la cafetería de Glisela Peseros, debajo de la tribuna occidente, come como un prófugo de la justicia.

El espacio es tan pequeño que apenas cabe una cocina surge, dos mesas y cuatro sillas. Juan José Castillo mastica sin culpas. Una de las ventajas de ser un exatleta es que a veces puede darse «unos gustitos». Antes de cerrar la página de esa etapa que acabó con una moto sobre sus tobillos, dice que solo una tarea le quedó pendiente: llegar a un Campeonato Mundial de Atletismo.

—Mi madre me decía: «Anda al Mundial». Pero no había dinero —dice Castillo, con las zapatillas llenas de lodo y esa frente angulosa que lo hace un espécimen único.

A él, pionero en la búsqueda de una carrera en el extranjero, le tocó vivir esa transición entre el amateurismo chauvinista y el boom del *running*. Cuando empezó, solo se corría por medallas y unos cuantos intis, siempre en nombre de la patria. Pero la inmoliación no llenaba sus ollas ni su refrigeradora. Asistió a los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 por invitación, y la marca para clasificar a Atlanta 1996 no fue reconocida. Mercenario, le decían por reclamar premios. De haber nacido en este tiempo, dice, el Instituto Peruano del Deporte le debería más de 400 mil soles por sus medallas.

A Rolando Vera solo lo derrotó por la gloria, en Maracaibo 1989; e incluso, en San Silvestre, el segundo lugar solo le significó 1500 dólares. Eran otros tiempos, suspira. Por suerte, tuvo el apoyo de Interbank. Parte del trato era tenerlo como empleado del banco. Las pocas veces que fue pedía estar en la bóveda. Le gustaba ver las rumas de billetes, aunque el olor le causara náuseas.

Pero, más que el dinero, una de sus mayores alegrías por entonces era oír el entusiasmo de Hugo Páucar o Miguel Mallqui. «Ya, Jefe, estamos listos», le decían antes de los entrenamientos. Eso duraría solo algún tiempo hasta que decidió echar a Mallqui. Lo desobedecía en las cargas de trabajo. Entrenaba a su propio ritmo. Lo desautorizaba. Parecía un hijo insubordinado.

Pero ya no quiere hablar de eso. Su plato de arroz con huevo está casi vacío. Prefiere recordar que fue el creador del Programa de Maratonistas. «Con toda seguridad puedo decir que todo lo creado es mío», dice. Reconoce que la iniciativa partió de Daisy Zereceda, una exatleta y funcionaria del IPD, pero que en el 2013 entregó una versión mejorada. Viajó por todo el país en busca de talentos. Trajo a Rodolfo Gómez y entregó premios. Lo acusaron de favoritismos, e incluso respaldó a Gladys Tejeda en su denuncia contra Pedro Kim, pero dice que actuó bajo un criterio: estar del lado del atleta.

—Si de cien ochenta reconocían mi trabajo, yo me quedaba tranquilo. Pero han sido más de noventa. Uno de ellos es Wily Canchanya, al que tuve que parar más de una vez —dice.

¿Y quiénes están entre los diez restantes? Raúl Pacheco, el segundo maratonista más rápido del Perú y actual Director del IPD de Junín; e Inés Melchor, que a veces no lo saluda, como ahora que pasa cerca a la cafetería sin detener el paso. Castillo no se ha dado cuenta.

No sabe si volverá algún día al programa. Por ahora, solo quiere entrenar a sus muchachos y despedirse como máster en un Mundial de Atletismo. Ya no le importa el dinero. Solo quiere una medalla.



A Julia Rivera (42) le gustaba forrar sus cuadernos con las fotografías de Juan José Castillo. La primera vez que conversó con él estaba parada exactamente donde está ahora: al pie de la pista atlética del Estadio Huancayo, del lado de oriente. Han pasado más de veinte años de aquel encuentro, que acabó convirtiéndola en una fondista olímpica y ganadora de la Maratón de los Andes en dos ocasiones. Con un cronómetro en la mano, trata de retroceder en el tiempo.

Desde los 16 hasta los 21 años aprendió con él a tolerar el dolor, los nervios, la ansiedad. «No seas maricono. ¡Tienes que poner huevos!», le gritaba Castillo cada vez que el miedo a perder la mandaba al baño.



«Yo no tengo huevos. Soy mujer», respondía ella, pero, en el fondo, valoraba esa exigencia. Confrontarse ante sus propios temores. «Yo lo admiraba», dice Julia Rivera, en tiempo pasado.

Penúltima de seis hermanos, llegados desde Acoria, Huancavelica, Julia tenía más de un punto en común con Castillo. Se había formado, como él, en 3 mil y 5 mil metros planos, y su condición de hipoglicemiante la limitaba también para las maratones. Por él corrió su primera carrera oficial, en Chimbote, donde fue la segunda en 15 kilómetros. Ganó 2 mil dólares y dejó un anuncio para la consagrada Marilú Salazar: estaba lista para ocupar su lugar.

«¡Vamos! ¡No te pares!», grita Julia Rivera a sus alumnos. Lleva una casaca térmica que la cubre hasta las rodillas y un pantalón que apenas deja ver sus tobillos. Mientras los pupilos de Castillo corren por los márgenes del estadio, ella sopesa sus palabras. Su tono nunca deja de ser amistoso. «Antes éramos atletas unidos», dice, admitiendo que ahora algo ha cambiado. «Todo lo ocasionó Juan José Castillo».

El reclamo suena familiar. Favoreció a unos. Aceleró la salida de Pedro Kim al respaldar a Gladys Tejeda. Dio trabajo a sus amigos. Y a partir de ahí el mundo se partió en dos. «Él fue el que dividió al grupo», dice Julia, quien siente que cada declaración de Castillo menoscaba la actual gestión de Constantino. Quién hizo más, quién hizo menos. Al final, esa es la pulseada que se libra con teléfonos malogrados. «Desde el 2017 las marcas están mejorando», resalta el año, que coincide con el ingreso de su esposo como coordinador.

El amor por su compañero es más poderoso que su lealtad al exmaestro. Dice que es difícil considerarse su amiga porque Juan José Castillo «no tiene amigos». Apenas se saludan.

Lleva tres años de casada con Constantino, casi el mismo tiempo que él al frente del programa.

La historia de ambos es un relato fantástico dentro de esta trama de intrigas con silenciador. Una isla romántica entre amistades rotas. Y es que aquel día que Constantino agarró su auto y manejó con un solo brazo desde Lima a Huancayo, lo hizo por una sola razón: quería darle una sorpresa. Antes del pistoletazo de la Maratón de los Andes del 2005, gritó su nombre, ella volteó y algo adentro suyo la hizo correr como una yegua desbocada. Ganó de principio a fin. Haberlo observado sobre una cama, atravesado por tubos y pálido como un moribundo, la hizo ver lo que no había visto antes: lo quería. Por eso ese domingo, cuando la competencia acabó, fueron a caminar al Cerrito de La Libertad. Las piernas le temblaban, pero no por el cansancio. El papá de Julia apenas les había dado dos horas para conversar a solas. Un poco menos de lo que dura una Maratón de los Andes. Hablaron. Se miraron. Y, muy cerca uno del otro, antes del atardecer, sus manos acabaron juntas.

«Lo que ha unido Dios que no lo separe el hombre», escucharon, ocho años después de noviazgo, frente a un altar. Esa misma unidad aún puede ser posible con Juan José Castillo, piensa. Julia Rivera quiere lograrlo a través de la Asociación Nacional de Atletas de todos los Tiempos. «Me gustaría que fuéramos como fuimos antes», dice.

Ya no importa si Castillo cambió. O si se alejó de sus discípulos. O si fue al revés. Julia Rivera ha conseguido lo imposible y lo muestra en su Facebook: una fotografía de su maestro con el resto de integrantes de la asociación. El primer paso está dado. Así como ha logrado que Gladys e Inés empiecen a hablar nuevamente. La esperanza siempre queda. Como ese sueño de ser madre pasada la cuarentena. Ya lo decidieron con Constantino. Este año será el de la unión.



Un atleta estampa un cronómetro contra la pared. Está rabioso. Los dirigentes no le han conseguido los pasajes para ir a São Paulo. Todos viajarán, menos él. Es el penúltimo día del año, y de nada ha servido la preparación de tantos meses.

Recién a las siete de la noche una llamada le devuelve la ilusión. Hay un cupo. Un boleto. Toma el primer automóvil de Huancayo a Lima. Directo al aeropuerto. Llega de madrugada. Justo antes de partir. Tiene el estómago vacío y un par de zapatillas de lona. Un viejo corredor llamado Ciro se las ha dado. La prueba empezará solo en unas horas. Una ducha, apenas un jugo de papaya y ya está de pie en la partida. El pecho le late como si ya hubiera empezado.

Un mexicano sabe que todos saben que él va a ganar. Su nombre es Arturo Barrios, pero podría llamarse Invicto. No ha perdido en cuatro años, y por eso algunos sonríen cuando el atleta recién bajado del avión dice que lo seguirá hasta el final y luego lo superará.

Voy a tener que hacerle solo, piensa. Las piernas surcan los primeros kilómetros. Los sudamericanos corren en grupos. Los africanos igual. No le pierde el paso al mexicano, aunque quisiera desacelerar. Se obliga a resistir. Kilómetro cinco y por un instante cree poder adelantarlo. Kilómetro diez y se siente como un meteorito. No corre, vuela. Empieza a notar sombras rezagadas. Alientos debilitados. Solo él sigue al ritmo del mexicano.

La última cuesta se hace infinita. Las piernas flaquean. El kilómetro final ya no es una carrera; es una tortura. Como correr sobre un pantano, como soportar un yunque encima. Pero el atleta sigue. Detrás de esa espalda invicta. Cuando cruza la meta, ocho segundos después, cree que ha perdido, y lleva el gesto de los decepcionados. Pero se da cuenta que se subirá al podio. La gloria a veces puede ser tan grande que incluso el segundo también se lleva una parte de ella.



Las piernas del atleta vuelven a subir una cuesta. Esta vez en los cerros de Ocopilla, Huancayo. Solo que ahora tienen dos cicatrices, una en cada tobillo, como el tatuaje de una maratón. Juan José Castillo sube acompañado de ocho de sus mejores alumnos.

Les ha contado esta historia más de una vez. A los más soñadores, a los que creen que pueden ser como él. La parábola del persistente. «Siempre les digo que es mental», dice, en este bosque idílico.

Sabe que él logró que Miguel Mallqui, Hugo Páucar, Constantino León, Raúl Pacheco, y los que vinieron después, se superaran. Cada vez que pudo los llevó consigo a las competencias internacionales. Generó un quiebre en esa generación. «Se puede», siempre les decía, y la foto del segundo lugar en San Silvestre era su aval.

Pero eso es parte del pasado. El futuro ahora son Cleber Cisneros, Anthony Sánchez, Paul Ramírez, Frank Luján y otros que han decidido seguirlo a este bosque como sus nuevos discípulos. El maestro avanza y ellos van detrás, aunque sus pisadas sean vacilantes.

—¿Aún te duele cuando corres?

—¿A qué dolor te refieres? ¿Acá o acá? —se señala el pecho y luego el tobillo.

Ese hincónazo que lo sacude, como ahora, cuando se exige más de la cuenta no se parece en nada al dolor de no ser el mismo de antes. En el 2018, corrió como máster la Maratón de los Andes, y sobre el final vio cómo la victoria se le escapaba. «La fuerza acá arriba —se toca la cabeza— la tengo de sobra. El problema son las piernas». Pero el lamento se vuelve inspiración cuando recuerda que antes no podía ni siquiera pararse de puntas, ni mantener el equilibrio.

Ahora ya puede correr; y si todo sale bien, cerrará su carrera con un récord mundial a nivel máster. El animal que lleva adentro no podrá descansar hasta lograrlo. Aquí, en los bosques de Ocopilla, rodeado de sus discípulos, esa es su enseñanza.



—¿Estas son todas tus medallas? —pregunta Miguel Mallqui (47).

—No, pues... —Juan José Castillo intenta sonreír.

Acaban de encontrarse en la cafetería de la tribuna de occidente y el abrazo es imperfecto. Un ensayo de saludo. La mesa está llena de preseas sin brillo, barnizadas con polvo y envueltas en ese inconfundible olor a metal oxidado. Hasta las medallas tienen fecha de vencimiento.

Juan José Castillo las ha traído en una bolsa blanca, como las que sirven para despachar el pan. Dice que son tan solo el 10 % de las que ha ganado en su vida. Según Glisela Peseros, con la balanza que tiene incorporada como cocinera de años, deben pesar tres kilos. Es decir, Castillo tiene la mitad de su peso en medallas: 30 kilos de historia.



Edward Julián Daga

Aunque su mayor hazaña no se cuente ahí: la mejor cuarta marca del mundo en 15 kilómetros, en Gasparilla, Tampa.

Antes que Mallqui cruzara la puerta, Juan José Castillo acababa de recordar cuál fue el motivo por el que se separaron. Al menos, es lo que su memoria quiere recordar. Dice que no fue por aquella vez que Mallqui le ganó una maratón en Cajamarca. El quiebre, en realidad, era más profundo. «Yo creo que él quería hacer su propio camino», dice. La confianza se había perdido.

—Muchos pensaban que yo no quería que me ganaran. Con todo gusto lo aceptaba, pero Mallqui solo me ganó una sola vez, y Páucar igual —dice, y su exdiscípulo aparece, sonriente.

Ya no es el muchachito con la piel tostada y el porte atlético de recluta. «Estoy bien gordo. He subido 25 kilos», admite, y vuelve la mirada a Castillo para gargarle una broma:

—Este hombre ha nacido con defectos de fábrica. En cambio este hombre —se toca el pecho— nunca se ha lesionado.

—Es cierto. Deberían estudiarlo a Miguel.



—¡Qué carajo soy! ¿Conejillo de indias? —retruca, y ambos ríen.

—Debe ser lo que he comido. Mi genética.

—Vas a vivir hasta los 200 años —sugiere su exmaestro, que ya se debe ir.

Desde la tribuna principal del Estadio Huancayo, Miguel Mallqui mira el punto más alto del podio en el que se paró siete veces. Una barriga exagerada oculta al maratonista que nació en Acobamba, en la sierras huancavelicanas. Pero, en su rostro, las cejas pobladas, la quijada angulosa y la nariz como un mástil sirven para recordar que él sigue siendo el dueño de esas glorias pasadas.

Hace mucho que ya no corre. Debajo de un sombrero que le cubre la cabeza, parece más un exalcalde olvidado que un exatleta legendario. El sol le pega de lleno. Dice que sí le fue bien cuando dirigió Huancán, un distrito repleto de migrantes. Solo que a sus 29 años, aún con las zapatillas puestas, no le fue fácil enfrentar la discriminación de los huancaínos. A él, un acobambino que lavaba ropa ajena con su madre en el río y que solo cursó seis meses del primer grado de primaria, nunca dejarían de verlo como un ñuco, ese término despectivo para el huancavelicano de campo. Los políticos locales boicotearon su gestión, dice, y por eso estuvo a punto de ser vacado.

La traición y el desprecio siempre le han dado vueltas como moscas por la cabeza. Pero él ha sabido cómo sacudírselas. Como cuando nadie quiso entrenarlo al llegar al estadio: tuvo que suplicar a Juan José Castillo para que lo aceptara. O como cuando, muchos años después, su exmaestro decidió apartarlo llevado por rumores: decían que quería robarle alumnos y formar su propio equipo. En realidad, todo fue un malentendido, se defiende Mallqui.

Las lágrimas le caen del rostro cuando vuelve a ver ese podio solitario. «Yo fui el que más veces se paró ahí», dice, y suspira hondo, como buscando calma en el aire. La voz se le quiebra. La nostalgia pesa, pero más el recuerdo de todo lo que tuvo que padecer. Cada vez que mira una competencia debe tomar unas cuantas cervezas para no llorar.

En medio de todo lo que le tocó vivir, esa carrera ganada en Cajamarca en 1998 es ahora una anécdota. Pero sí cree que a partir de ahí la relación con Castillo fue otra. «“Te voy a dejar ganar”, le dije por respeto porque era el profesor», recuerda. Pero faltando 400 metros, al entrar a la plaza, Castillo aceleró, lo dejó atrás. El trato era entrar casi juntos. «¿Qué quiere este? ¿Quiere demostrar que me va a ganar lejos? ¡Ah, no!», pensó Mallqui, y, con solo treinta metros por delante, arremetió con furia y le ganó por unos cuantos pasos. Segundos después, con el aliento repuesto, sintió la mirada de Castillo y entonces se dio cuenta lo que había pasado: «¡A la mierda! ¡La cagué!»

Aún conserva una fotografía de aquel preciso momento. La instantánea de un rompimiento. Una muy similar a la que guarda Páucar

de aquella Maratón de los Andes del 2000, donde cruzaron juntos la meta tomados de la mano. «Él me la agarró», aclara. El acuerdo existía, es verdad, pero Miguel Mallqui dice que fue un acto de desprendimiento. Ya había sido campeón tres veces de la competencia. «Yo era consciente de que podía ganarle. Lo hacía más por él».

Ese sentido solidario lo había aprendido de su maestro. Los tres se cubrían las espaldas. Pero la rivalidad siempre afloraba como la cola del diablo. «Una rivalidad estúpida», se lamenta Mallqui, quien recuerda esa hermandad partida a la mitad. Todo por culpa de una pugna jamás resuelta. «Yo era el segundo de José», insiste.

En el camino, dice, Castillo cambió. Quizá a partir del accidente. Quizá antes. Sus caminos se separaron, y cuando volvieron a cruzarse, le pidió entrenar con el Programa de Maratonistas. «No depende de mí», le dijo, y entonces se dio cuenta que la distancia era más grande de lo que pensaba. En el 2011, llegó a ser campeón sudamericano. Pedro Kim lo admitió en el grupo, vivió de cerca las escaramuzas entre Gladys Tejeda e Inés Melchor, se opuso a la salida del coreano —al que criticaba—, pero ya no quería saber más. Hasta ahí llegó.



Miguel Mallqui va a echar a la suerte si asistirá al velorio del padre de Hugo Páucar. No se hablan hace mucho, aunque recuerda que cuando murió su madre, él llegó al funeral. Tiene una fiesta en Lima, y su mujer lo apura por el teléfono, pero no se siente tranquilo.

«Lo voy a chuzar a la suerte», le dice antes de colgar. Lanza una moneda al aire. Cara, para ir al terminal; sello, para ir al velorio. La moneda toca el piso. Y los ojos de Miguel Mallqui no salen de su asombro cuando ve que queda parada por dos segundos, tres, cuatro, sin definir dónde caer. Al final, cara. Pero toma el teléfono de vuelta y le dice a su mujer que ha salido sello.

En el mismo jardín, donde Hugo Páucar revisaba sus recortes y alguna vez funcionó el Programa de Maratonistas, vuelven a encontrarse. Se abrazan, pero este abrazo no solo es por el padre muerto. Unos minutos después, Juan José Castillo llega y se une al grupo, que rodea a una caja de cerveza. Muchos no le dirigían la palabra, pero ahora los vasos servidos hasta el tope los obligan a mirarse a los ojos, a acercarse, a cerrar el círculo. A hablar.

«Nosotros hemos sido como hermanos. No podemos seguir así», son las palabras de un maestro a sus discípulos.

La muerte los ha unido, y quedará registrado en una fotografía. Flanqueados por Constantino León y Raúl Pacheco, los cinco se abrazan y sonríen como en sus mejores tiempos. Ninguno de ellos sabe si todo volverá a ser como antes, pero al menos hoy no cuesta nada deseárselo.





POR KAREN OBA



MUJERES INCONTRASTABLES

CONFINADA AL HOGAR, LA MUJER HUANCAÍNA HA DEDICADO SUS DÍAS A CUIDAR A LOS HIJOS Y A LOS ANIMALES DURANTE DÉCADAS. UN DÍA SE ECHÓ A ANDAR, Y NO SE DETUVO MÁS. PRUEBA DE ELLO ES LA MÍTICA MARATÓN DE LOS ANDES. SILENCIOSO ACTO DE REBELDÍA Y CONQUISTA.

FOTOGRAFÍAS: EDWARD JULIÁN DAGA Y GONZALO GAMARRA

Marimacha, esto no es para ti. Vuelve a tu casa a cocinar. Oe, machona, ¿por qué corres? Atiende a tu marido. Anda a ver a tus hijos.

Hasta hace un tiempo, correr por las frías y grises avenidas de Huancayo era una actividad reservada para los varones. Cada vez que una mujer irrumpía en ese terreno prohibido, sus oídos pagaban caro el atrevimiento. Vómitos de ofensas en cada esquina. Miradas prejuiciosas. Silbidos. Poner un pie en la calle, en zapatillas deportivas y pantalón de buzo, suponía estar preparada para recibir una avalancha de ataques.

Florinda Camayo Lapa lo estaba.

Corrió contra el tiempo en una pista con vallas de estereotipos, desde inicios de los ochenta. Alguna vez uno de sus seis hermanos le reprochó que solo corrían los brutitos, los incapaces de ingresar a la universidad.

La deportista con más participaciones en la Maratón de los Andes —esa competencia emblemática del Valle del Mantaro que nació con el respaldo de una marca de galletas— es también la profesora de educación física del colegio Nuestra Señora del Rosario, institución franciscana que en sus 85 años de fundación ha formado a generaciones de mujeres huancaínas.

Florinda Camayo fue mi maestra. Debo confesar que durante ese tiempo no me enteré de sus logros. Y estoy segura de que buena parte de las más de 5 mil estudiantes que acogía la escuela, tampoco. Supe mucho después de que la mujer que se encargó de enseñarme la postura correcta para iniciar una carrera, y que solía revisarme las uñas de mis manos y pies, fue una deportista de polendas. Una guerrera de las pistas.

Mientras tomamos un té, en medio del barullo juvenil de un cafetín universitario, Florinda se recoge los cabellos que un día llevó muy cortos. Hasta ahora luce sus inconfundibles anteojos rectangulares con fotogrey, y su clásico atuendo deportivo, como si estuviera siempre lista para plantarse en una línea de partida.

Diez veces corrió la Maratón de los Andes entre 1984 y 1997. Un récord que no estuvo libre de presiones ni chantajes.

Después del nacimiento de su primera hija, casi se divorcia. «Tu tiempo ya pasó. No puedes seguir corriendo», le decía su esposo para que se quedara en casa, dedicándose las 24 horas a la pequeña.

Florinda jamás consideró que ser madre fuera motivo para detener sus entrenamientos, ni mucho menos dejar de trabajar. Por ello, a pesar de todo, decidió marcharse a Lima con su hija en brazos, dejando en claro la advertencia conyugal de que no regresaría. No era posible que su pareja diera por concluida una etapa que para ella solo representaba un nuevo inicio como fondista.

A la semana de establecerse en la capital, su esposo le dio el alcance y le pidió perdón. Me lo cuenta con una sonrisita tímida, de quien puede bromear al fin con sus malos ratos. Florinda supo desde siempre que su mayor competidora sería ella misma. Superó las habladurías de quienes le advertían que si corría demasiado, se volvería una “machona”, es decir, una mujer con aspecto de varón. Enorme transgresión para una sociedad huancaína, muy marcada por el binarismo de la cosmovisión andina, por el sol y la luna, lo blanco y lo negro, el macho y la hembra. A Florinda no le importó y superó también sus propias marcas en las pruebas de fondo.

La cinco veces campeona de la Maratón de los Andes tuvo el momento más decisivo de su carrera durante los Juegos Odesur, en 1990. Florinda Camayo se encontraba en el pico del maratón, a punto de llegar a la meta, cuando un auto la atropelló. Una de esas tragedias que ocurren en un millón de años.

Al cabo de algunos minutos de espanto, Florinda se reincorporó para seguir corriendo. Cuando llegó la ambulancia, se rehusó a subir. No la pudieron detener. Con el brazo derecho fisurado y la cadera adolorida, logró la medalla de bronce.

En 1996, ese año bisiestro que empezó un lunes, se inauguraron los Juegos Olímpicos de Atlanta. Fue una huancaína llamada Marilú Salazar quien representó por primera vez al Perú. Ruth Jaime, la primera wanka en ganar la Maratón de los Andes, se iría a África para no volver; y Florinda Camayo alcanzaría su mejor marca en esa mítica competencia (2 horas, 50 minutos y 6 segundos). Su estampa ganadora acaparó las noticias, y alguna que otra portada. No por una prensa llana a destacar las proezas femeninas, sino porque la omisión habría sido escandalosa.

Le pregunto quién es el personaje a quien más admira. Y no duda ni un segundo en decirme que su madre. Esa mujer de San Juan de Iscos que solo estudió un año en la escuela y que trabajaba muy duro para educarla a ella y a sus seis hermanos. Esa mujer que nunca apeló al castigo físico para influir en el cumplimiento de las responsabilidades de sus hijos. Esa mujer por la que una tarde dejó de ver a



su padre como su padre y, con tan solo 13 años, lo enfrentó a golpes como si se tratase de cualquier hombre. El más ruin de todos.

El antropólogo Yhon León Chinchilla no está seguro de si en el kichwa wanka existe la traducción de la palabra «valiente», el adjetivo que a su parecer se acerca más al significado de incontrastable. Sostiene que también podría ser irreverente. O indomable, como propone Florinda Camayo, con la bravura de su piel trigüeña marcada por los años. Un ejemplo de ello es nuestra Flor Pucarina, la diva del Mantaro, quien entonaba en la canción Mi Huaylas: *Soy huanca de pura cepa, rebelde hasta los huesos... No te hagas al muy sobrado, cholito de mi querer.*

Contradictoriamente, varios colectivos feministas en Huancayo han decidido abanderar el lema «Te quiero libre y no valiente». Porque el ser valientes para las mujeres implica estar en un «estado permanente de emergencia» por las elevadas cifras de violencia que se registran en «La tierra más feliz del Perú», como la ha denominado el psicólogo Jorge Yamamoto.

Y es que con más de 400 casos de violencia familiar durante los 130 primeros días del 2019, ocupando los primeros lugares entre las diez ciudades con más casos de feminicidio, y cargando con el horror de dos niñas asesinadas, comprenderá, señor Yamamoto, que no todo es perfecto en este «valle feliz» que promueve la meritocracia y sabe festejar como una manera de premiar el esfuerzo.

Reza el estribillo de una conocida canción que, a ritmo de silbido, tinya y tambor, es coreada en las peñas de Huancayo y en las fiestas de Santiago: *Mariposa, mariposa, pretenciosa, pretenciosa, si me sacas la vuelta, yo te saco la mierda. Y si me sacas la mierda, yo te saco la vuelta.*

Como afirmaría el cronista Carlos Priolé —descendiente de una familia francesa que vivió en Huancayo desde 1830— en la revista *El Pueblo*, en 1913, a propósito de un artículo sobre el Huailars, esa danza con la que se bendice la siembra y la cosecha: «El que no pega a su mujer es porque no la quiere, porque los golpes, según ellas, son señales de celos, sin cuyo requisito no puede existir el amor».

Formas equivocadas de amor que están normalizadas y arraigadas como parte de nuestras manifestaciones culturales. Escalofriante.



Un ejército de soldados españoles cae al río mientras el puente por el que se disponían a cruzar se desprende de sus amarras.

El 10 de mayo de 1821, tres mujeres impidieron el avance de regimientos enemigos, dejando constancia del decisivo rol que desempeñaron las mujeres desde Junín en el proceso de Independencia del



Perú. Eran tiempos de luchar por la libertad, y doña Cleofé Ramos de Toledo y sus hijas María e Higinia tomaron las astas.

Al derrumbarse el puente Las Balsas, las tropas españolas no pudieron invadir la ciudad de Concepción ni acorralar a quienes apoyaban la causa libertadora. Las Heroínas Toledo, como después las patentaron, fueron condecoradas por el general San Martín con la Medalla de Vencedoras. Gracias a ellas, a su arrojo y astucia, Concepción fue declarada Ciudad Heroica.

En la actualidad, existe un monumento dorado dedicado a estas tres mujeres cerca del histórico puente Las Balsas, ubicado a orillas del río Mantaro junto a la provincia de Concepción. Heroínas Toledo también es el nombre de uno de los colegios más emblemáticos de la Ciudad Heroica. Sin embargo, muy poco se ha escrito sobre ellas.

Tal vez la forma en cómo se construye la historia de un pueblo sea una manera de desnudar el inconsciente colectivo. Con héroes, gritos y silencios. Silencios en los que muchas veces se ahogan, por alguna circunstancia, los personajes femeninos.

La Medalla de Vencedoras otorgada a las Toledo en 1821 fue quizá el ritual que marcó la tradición de vencedoras deportistas —con códigos genéticos tal vez indescifrables— que ha dado el Valle del Mantaro al fondismo nacional, desde 1984, cuando a 3256 metros sobre el nivel del mar se fundó la Maratón de los Andes.

Y aunque varones y mujeres corrieron en el mismo año en esta competencia de gran altura, hubo diferencias de género: ellos arrancaron desde Jauja (luego Ataura) mientras ellas lo hicieron desde Quilcas, en el límite con el distrito de San Pedro de Saños. Los varones corrieron 45 kilómetros con 100 metros —tres kilómetros por encima de las medidas oficiales— mientras que las mujeres solo corrieron 15 kilómetros.

¿Cuáles eran los criterios para esta distinción? ¿Cuántos años pasaron para correr desde el mismo punto de partida? ¿Por qué en Huancayo se nos hizo partir con 30 kilómetros menos?

Aunque en la antigua Maratón de Boston ya habían corrido las primeras mujeres los 42 kilómetros reglamentarios (Robertha Bobby Gibb en 1966 y Katherine Switzer en 1967), en la Maratón de los Andes las mujeres lo hicimos veintidós años después.

Los varones que se entrenaban para una maratón gozaban de legitimidad social. Las mujeres, que se atrevían, quizá no tanto.



Ruth Mbumwae me está llamando.

Es un domingo apacible por la tarde, y la mujer a quien busco desde hace un mes sin mayor suerte, la que no tiene fotos en Facebook

ni figura en los portales de Internet, una NN en estos tiempos digitales, me está llamando. Es extraño escucharla. Su forma de hablar es una rara mezcla de inglés, africano y español, con una visible dificultad para pronunciar las erres.

Ruth Mbumwae no está en Arabia, cómo me habían contado, sino en Zambia, un país rodeado por otros ocho: el Congo, Tanzania, Malawi, Mozambique, Zimbaue, Botswana, Namibia y Angola, en el centro sur del África, a casi 7 mil millas del Perú. Algo más de 11 mil kilómetros. Un viaje en avión de más de 30 horas de vuelo, con escalas en Río de Janeiro y Johannesburgo.

Ruth Mbumwae es huancaína. En realidad, se llama Ruth Jaime Campos. Y es la primera mujer en ganar las dos primeras ediciones de 15 kilómetros de la Maratón de los Andes. Ruth Jaime Campos tuvo una carrera brillante e intensa, pero al mismo tiempo breve.

Estudiante del colegio Mariscal Castilla, ganó su primera carrera cursando el cuarto de secundaria a pesar de la oposición de sus padres, quienes en un inicio no consideraban importante su talento deportivo, porque pensaban que era «una tontería».

Según su hermana María Jaime —con quien conversé después—, Ruth nadaba todos los días en la piscina de Pilcomayo, ubicada frente a su casa, de 4 a 5 de la mañana. Luego preparaba el desayuno y se iba al colegio. «Entrenaba como una salvaje», cuenta María. No sentía ni frío.

La séptima de diez hermanos nació en un lugar denominado «El Pantano» —un restaurante campestre, llamado así por estar junto a una especie de lago, de apariencia fangosa—, en el distrito que concentra la mayor cantidad de piscinas públicas.

Luego de convertirse en la primera mujer en ganar la primera y segunda edición de la Maratón de los Andes, Ruth representó al Perú en la competencia de Cross Country en Japón, en 1991. Obtuvo el oro en la carrera del Monte Fuji, aquel icónico volcán japonés, asentado a más 3700 metros de altitud.

La prensa local la bautizó como «La locomotora humana» por sus marcas como velocista en los Nacionales, Panamericanos y Sudamericanos en 800, 1500, 3 mil y 5 mil metros planos. Por su delgadez, agilidad y tez morena, la nombraron también «La gacela wanka», que es como ella prefiere que la llamen.

¿En qué momento la pista atlética de una corredora tan promisoría se dividió en dos? ¿Acaso denominarla «gacela» fue un conjuro para trasladarla a África, el lugar de donde justamente provienen estas frágiles y vertiginosas criaturas?

Después de alzarse con la competencia del Monte Fuji, Ruth acumuló marcas destacadas que le permitieron acceder a una beca para estudiar medicina en Abilen Christian University, en Texas,



Estados Unidos, en 1992. Lamentablemente, una lesión en el talón le impidió participar en los Juegos Olímpicos de Barcelona.

Cuatro años más tarde, participó en la Maratón de Dallas, recorriendo los 42 kilómetros 195 metros en 2 horas, 34 minutos. Una hazaña por donde se le mire. Era uno de nuestros mejores créditos en el extranjero. Sin embargo, cuando presentó sus papeles para participar en los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996, la Federación Peruana de Atletismo y el Comité Olímpico la desestimaron. «Nunca paré de correr, pero no reconocieron mis logros».

Por esos meses, aún en 1996, Ruth decidió, con pena, incertidumbre y algo de esperanza, viajar a Zambia para desempeñarse como oficial de ayuda humanitaria. Hace casi 23 años que Ruth Jaime Campos vive en uno de los países con mayor desigualdad en el mundo. Zambia ocupa el puesto 150 de 169 países, donde más del 80 % de su población se encuentra por debajo del umbral de la pobreza.

«En Huancayo o en Zambia, el machismo es machismo. Literalmente compran a las mujeres y hacen lo que quieren con ellas.



Gonzalo Gamara

La pobreza hace que se normalice la venta de mujeres con la figura del matrimonio. No se respeta la palabra de las mujeres; y, pese a sus condiciones físicas, las mujeres no pueden progresar en el deporte».

Aunque confiesa que sí le hubiera gustado continuar con su carrera deportiva, hoy, a sus 54 años, Ruth Jaime o Ruth Mbumwae dice, con cierta aura minimalista, que las medallas y los trofeos se llenan de polvo, y que la fama dura lo que dura una carrera de 100 metros planos.

Hace tres años que no llueve en Zambia, y la gente anda desesperada. Ella también extraña a su familia, pero tiene una misión. La pobreza en Zambia la hace sentir que en Huancayo somos unos privilegiados.

Después de despedirnos, Ruth —quien se casó con un zambiano— me volvió a enviar más fotografías, pero esta vez de sus tres hijos: Miguel, Melina y Manuel. Tres niños con rasgos africanos, morenos, delgados, altos, con prototipo de atletas. En su momento, los tres corrieron en la escuela en las pruebas de 400, 800, 1500 y Cross country, con gran suceso.

Ahora son ellos los que pugnan por becas para estudiar en universidades norteamericanas en su condición de deportistas calificados. Solo siguen los pasos de una «gacela wanka» que migró al África ante la falta de oportunidades, y un reconocimiento que linda con la mezquindad.

La llamada de Ruth Mbumwae ha finalizado.



Marilú Salazar ha aceptado conversar conmigo luego de posponer una cita en la Plaza Huamanmarca, una de las dos plazas principales de Huancayo. Fui a buscarla la mañana de un martes de junio a la Universidad Nacional del Centro, donde ejerce como docente en la Facultad de Educación Física. No tiene reparos en realizar la entrevista en la sala de profesores frente a sus estudiantes que la esperan con un silencio solemne, como cuando alguien teme molestar a un ogro.

Marilú conversa delante de sus colegas varones, porque sabe que la escucharán. Porque su voz es tan potente como la de un sargento. A Marilú Salazar, cabello corto, ondulado y cano, pareciera provocarle orgullo hablar de sí misma. «Yo sé que los hombres, detrás de esa fuerza y rudeza, no esconden otra cosa que su debilidad —y se ríe a carcajadas, enseñando sus enormes dientes. Me perdonarán mis colegas, pero simplemente digo la verdad».

Desde sus cubículos, los profesores solo la miran. No sabemos en qué piensan, pero el hecho de que regresen sus miradas a sus monitores



dice mucho. Se percibe su impotencia. Son como niños rabiosos que desean contestarle a su madre, pero no pueden. O, en todo caso, no deben.

Marilú Salazar Musayón bien podría ser la «hualhuina de hierro». Su personalidad férrea la convierte en una mujer contracultural. Su irreverencia rompe con los márgenes de los estereotipos de lo femenino: esa cuadratura entre delicadeza, fragilidad, sumisión y discreción se quiebra con ella.

Ante la pesada carga de ser la mayor de seis varones, siempre sintió que debía dar el ejemplo en su familia. Optó, entonces, por ser la primera en todo o casi todo.

A pesar de ostentar el título de ser la primera huancaína en conquistar los 42 kilómetros 195 metros en la Maratón de los Andes de 1987, no fue ella la primera mujer en ganar esta prueba, sino la iqueña Ena Guevara, un año atrás, en 1986. Sé que a Marilú Salazar le hubiera gustado competir con ella, paso a paso.

Con una anécdota apócrifa, quizá por ese celo natural con el que las viejas glorias acomodan las historias a su favor, me contó cómo se realizó aquel encuentro imaginario. Según Marilú, Ena Guevara empezó a decaer desde Concepción. Y al momento de subir hasta la zona conocida como Quebrada Honda desfalleció, tomando ella la ventaja a un ritmo cómodo que le permitió ingresar por los pueblos de San Pedro de Saños y Hualhuas, en medio de toda la algarabía de la meta. La declararon ganadora. Pero lo cierto es que Ena nunca llegó a esa competencia.

Días antes, un diario local, reprodujo sus declaraciones a través de un titular provocador: «La respeto, pero no le tengo miedo». Marilú Salazar aseguraba que, pese a las deficiencias alimentarias, la indiferencia de los dirigentes y las ingratitudes que se presentan en este deporte, se sentía preparada para enfrentar a una de las figuras del atletismo femenino que entrenaba en los Estados Unidos.

El día de la competencia participaron 49 mujeres entre 610 fondistas. Unas cuantas liebres, salpicadas entre la manada. Con 20 minutos de ventaja sobre su principal contrincante, Martha Palomino, Marilú Salazar se convirtió en la campeona de la Maratón de los Andes, en 1987. Teníamos a nuestra primera campeona wanka.

Al día siguiente, el diario más importante de la región apareció con un título llamativo en todos los kioscos: «Ciclón Wanka».

Pero no se referían a ella sino al maratonista Orlando Calderón. Después de un relato de ocho párrafos dedicados íntegramente a él, se refirieron a Marilú apenas en dos líneas: «En damas, ausente Ena Guevara y Ruth Jaime, Marilú Salazar no tuvo problema para vencer y lejos. Sin rivales de categoría impuso 3 horas, 20 minutos, mandando al archivo la marca de la iqueña».

Nuestra campeona que diez años después sería la primera huancaína en representarnos en los Juegos Olímpicos de Atlanta 96 es letal por su franqueza. Habla de las diferencias salariales entre varones y mujeres, como las que experimentó, cuando viajaba con su colega, Juan José Castillo, ícono del fondismo de los Andes.

Marilú Salazar se negó a representar al Perú si insistían en pagarle a ella 500 soles mientras Castillo percibía 2000. «¿Por qué? Si yo gasto igual, entreno igual, como igual y, encima, tengo que ir a mi casa a cocinar».

Más de veinte años después, la desigualdad continúa reinando. En el fútbol, por ejemplo, no solo lograr el reconocimiento oficial pareciera una hazaña inconquistable, sino disminuir la vulgar diferencia entre 400 soles —que es lo que suele ganar una mujer en un club peruano— frente a los más de 20 mil soles que recibe un jugador profesional al mes.

A sus 54 años, la mujer que no quiso ser madre, porque sus padres le decían que «no todo era el deporte y que podía quedarse sola», se reafirma: «Yo siempre he querido destacar y viajar. Quería divertirme. Tal vez la maternidad hubiera sido un impedimento», sentencia con una sinceridad que choca como un yunque sobre el pavimento. O mejor dicho: como los pasos firmes de Marilú Salazar.



En junio de este año, a un par de meses de Lima 2019, se estrenó *Prueba de Fondo*, un documental sobre el coraje de los fondistas en este rincón del Perú. Aunque contenía varias historias, llevaba solo un rostro en el afiche: el de Inés Melchor, la huancavelicana menudita, adoptada como una huancaína más, medalla de bronce en los Panamericanos de Guadalajara 2011, y récord histórico de la Maratón de los Andes con 2 horas, 39 minutos y 6 segundos, en el 2014.

Imaginamos, previo al estreno en Huancayo, a la calle Real y a los dos principales centros comerciales de la ciudad con el rostro de Inés por todas partes. Pero nunca sucedió. Apenas un par de paneles en la calle San Carlos, otro par en la avenida Centenario, uno más por la avenida Giráldez y paramos de contar.

Con la amenaza de que el documental saliera pronto de las salas de cine, la producción invocó al público huancaíno a no perder la oportunidad de ver a nuestra campeona sudamericana, ejemplo de resiliencia, esfuerzo y emprendimiento, en pantalla grande. «Inés no corre sola», decían, pero en las salas de cine solo le tocó correr junto a un puñado de fieles seguidores.

Además de los pésimos horarios y la mala calidad de las dos únicas salas de cine en la que se mostró *Prueba de Fondo*, las razones



podrían estar relacionadas con la forma en la que la sociedad huancaína concibe el prestigio y la relaciona con el deporte.

Para la antropóloga y activista Natali Córdova Flores, el prestigio se configura en nuestra cultura más por el hecho de «tener» que por el de «ser». Inés Melchor, con todas sus medallas encima, es probablemente más recordada —al menos aquí— por poseer uno de los mejores gimnasios de Huancayo que por sus récords deportivos.

El prestigio funciona como un dispositivo de recordación y reconocimiento. Esto se aprecia muy claramente en las grandes festividades de la ciudad como el Huaylas y el Santiago. Curiosamente las orquestas presentes en las festividades se llaman La única, La auténtica, La inigualable, y se ve cómo los propietarios invierten mucho presupuesto en sostener la temporada. Así la agrupación resulte ganadora, el premio no cubre todo lo invertido. ¿Cuál es el propósito, entonces, de gastar un dineral en una actividad que no te lo devolverá?

El prestigio en sociedades como las huancaínas funciona como un capital social y es parte de la dinámica cultural de la comunidad.

¿Cuáles son los íconos femeninos más prestigiosos de Huancayo? ¿Qué tienen que hacer las mujeres para ser dignas de tener un lugar en la historia? ¿Siempre el prestigio está relacionado a la popularidad? ¿Por qué recordamos más a Flor Pucarina o a Catalina Huanca? ¿Acaso el prestigio se circunscribe dentro de ciertas categorías morales muy enlazadas con la capacidad adquisitiva?

Catalina Huanca, bautizada como Teresa Apoyalaya, fue una mujer muy poderosa, hija de un curaca, reconocida por su bondad y riqueza, allá por los siglos XVI y XVII. Se habla de una fortuna escondida en diversos lugares del Valle del Mantaro. Flor Pucarina, por su parte, fue una artista muy popular y famosa, encumbrada por el pueblo, pero no gozaba necesariamente de prestigio.

Deportes como el atletismo no están asociados a la rentabilidad. Antiguamente nuestras atletas no tenían ni siquiera un sueldo. Ruth Jaime, desde África, y Hugo Gavino, en Huancayo, los dos primeros fondistas en ganar la Maratón de los Andes, coinciden en que antes se corría por amor a la camiseta, un vaso Kero y una caja de galletas. Esos eran los premios de la empresa Field, la patrocinadora del evento.

Pero también se corría por autoestima, por salvar el orgullo y por resguardar la honorabilidad. Como Sonia Galdós Talaverano. Linda andahuaylina que lleva lo huanca en el corazón y en los pulmones. Quedó segunda después de Ruth Jaime en la primera edición de 15 kilómetros de la Maratón de los Andes. Sus pruebas favoritas fueron las de 800 y 1,500 kilómetros. «Galdocita», como la llamaban por su baja estatura y frágil contextura, pertenece a la primera generación de corredoras. Jugar a la «palomita blanca», como les decimos a



las «chapadas» aquí, era una manera de entrenarse en velocidad. Pero si quería ser una deportista de largo aliento, tenía que entrenarse en la calle junto a los varones.

Sonia Galdós se acostumbró a ganar y al mismo tiempo a disfrutar de todos los beneficios de representar al Perú. Sus marcas parecían invencibles. Desde sus mejores registros en Maracaibo, Venezuela, sintió que no la podían destronar como una de nuestras representantes en el Sudamericano de 1974. También en Puerto Rico, donde corrió 10 kilómetros junto a Ena Guevara. Mas nunca es para siempre.

Sonia era veloz pero no resistente. Quizá por temor no insistió en participar en las pruebas de fondo de 42 kilómetros. Quizá le ganó la inseguridad, la angustia de competir ante una generación distinta. Quien también fue y es maestra del Rosario, no habla con mucho entusiasmo de las otras atletas que la acompañaron. Algo le incomoda, pero no me lo dirá.

En 1997, Sonia Galdós decidió retirarse de las pistas a los 40 años después de correr la Maratón de los Andes, en la categoría máster. Quería descubrir qué se sentía correr 42 kilómetros 195 metros. Quería demostrarles a los demás que sí podía, porque quería despedirse sobre todo como lo hacen las campeonas: atravesando una meta, bañada en sudor.

Luego del pistoletazo en Ataura, la parte más dura fue subir la Quebrada Honda. Allí sintió que las fuerzas se le iban, y corría el riesgo de abandonar la competencia. Pero luego se dio cuenta de que la gente aún la recordaba. Que gritaban su nombre mientras avanzaba. Y que incluso sus alumnas se le acercaban, pidiéndole que no se rindiera. Muchos docentes que la conocían la vitorearon cuando atravesaba la ciudad universitaria. Sus vecinos le arrojaban pica pica, a medida que franqueaba la calle del Estadio Castilla. El momento más emotivo fue cuando recorrió el paseo de la Breña frente al colegio Rosario. La banda escolar femenina había decidido rendirle honores al ritmo de La Marsellesa.

Estaba a unos 100 metros del Estadio Huancayo, cuando entró en un estado de trance: vio cómo la tribuna se levantó para aplaudirla mientras daba la vuelta oficial a la pista de 400 metros. Sonia Galdós había ganado por primera vez, a sus 40 años, la Maratón de los Andes. Fue su debut y despedida. Lloró.

Sería injusto repasar la historia del fondismo femenino wanka sin mencionar a los recintos que albergaron a las grandes generaciones de corredoras huancaínas. Los colegios Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Cocharcas han formado a las primeras legiones de atletismo femenino, en la «Ciudad incontrastable».

Nuestra Señora del Rosario tuvo entre sus aulas a Marilú Salazar, Sonia Galdós y Florinda Camayo. Fueron entrenadas por

el maestro Hugo Gavino. Años después, ellas se encargarían de entrenar a quienes se les considera como la «generación perdida» del atletismo local: Lizeth Lauro, Miriam Khoury, Ruth Tenicela, Paola Peña, Antonieta Huaranga. Todas ellas brillaron en su debido momento, pero no continuaron, porque sintieron que el atletismo no era una profesión para pagar las cuentas.

El colegio Nuestra Señora del Cocharcas, ubicado en el distrito de Chilca, con más de 2 mil estudiantes y casi 70 años de funcionamiento, se ha caracterizado por recibir estudiantes que migraban del sur, desde Huancavelica y Ayacucho. Son cocharquinas Mabel Oncebay, Inés Melchor y Gladys Tejeda.



Estoy de vuelta en Nuestra Señora del Rosario. Quizá el lugar donde fui más feliz. Han pasado más de veinte años desde que me hice adulta. En el patio, veo a Florinda Camayo y a Sonia Galdós distantes, cada una con sus grupos de alumnas.

Me encantaría tomarme una foto con ellas, y enviárselas a mis amigas de la promoción. Pero no podré cumplir mi deseo. Juntarlas será una tarea imposible. Algo se ha roto para siempre entre ellas.

He venido esta mañana, junto a un fotógrafo, para retratar en una sola postal a estas mujeres valerosas que a su vez son mis maestras. Me siento una ilusa.

Mientras tanto, converso con Yoci Caballero, la más joven del grupo. Una marchista de fondo que sobrevivió al abandono de su madre corriendo. Así como otras atletas se exigen por amor a la camiseta o por honor, ella lo hizo para sanarse.

Los pies son nuestro único punto de apoyo. Y para Yoci lo fueron.

Quizá el hecho de autoexigirnos hasta enrojecer y jadear mientras el corazón late fuertemente sea un ritual simbólico para quemar malos recuerdos además de toxinas.

Tal vez fue la rutina, la desesperanza de que las cosas cambien, el desasosiego o las peleas. No sabemos cuáles fueron los motivos para que la madre de Yoci decidiera dejarla. Lo cierto es que ella tuvo que olvidarse de los juguetes lo más pronto posible para aprender a cocinar, lavar, planchar, y, finalmente, reemplazar a su madre a la tierna edad de ocho años. A pesar de ser la penúltima de cuatro hermanos, dos de ellos varones, mayores que ella, la misión de ser ama de casa era irrenunciable. Solo por el simple hecho de ser la hermana mujer.

Hoy, Yoci tiene 25, pero por todo lo vivido siente a veces que son 50, como los kilómetros que se atrevió a recorrer por primera vez en el 2017. Obtuvo medalla de plata en los Panamericanos de Marcha





diríamos ahora. Esos pies que poseen, como todos los otros pies, 28 huesos, 33 articulaciones y más de 100 tendones, la ayudaron a sobrevivir. Esos mismos pies la llevaron a competir y a destacar con la esperanza de que su madre supiera de ella y la buscara algún día. Esos pies que finalmente la trasladaron hasta Ica hace cuatro años para encontrarla.

No la juzgó. No sintió que debía reclamarle algo. Solo recuerda que el día en que volvió a verla, su madre se quedó muda, porque fue incapaz de reconocerla. Habían pasado trece años. Solo la abrazó y se quedó a su lado sentada en silencio. Yoci no quiso que su padre se enterara. Así que mantuvo el secreto casi por un año. Ahora, por lo menos, se comunican por teléfono de vez en cuando.

En el Rosario, seguimos pugnando por la foto. Florinda Camayo saca de la mochila una de sus primeras camisetas con la que corrió en la Maratón de los Andes. Es roja y azul, manga cero, con el inconfundible sello de Field. Entonces, Florinda le pide a Yoci que se la pruebe como un rito de quien hereda de manera muy simbólica su legado. La camiseta calza en el delgado cuerpo de Yoci a la perfección.

Nos dirigimos hacia la Plaza Constitución. Florinda y Yoci deciden trotar un poco. Quizá esa sea la mejor forma para retratarlas.

Se cierra el portón del colegio.

Y con ello mi anhelo escolar de tener en una misma foto a Florinda, Marilú, Sonia y a Yoci, mis mujeres incontrastables.


No podrá ser hoy. Otra de nuestras batallas pendientes.

Atlética e impuso un nuevo récord nacional: 4 horas, 49 minutos y 45 segundos. Se convirtió así en la primera wanka en asumir una prueba que recién el año pasado fue declarada como distancia olímpica por la Federación Internacional de Asociaciones de Atletismo (IAAF por sus siglas en inglés).

El día que Yoci impuso el récord nacional en marcha atlética por los 50 kilómetros llegó con los pies casi destrozados, sudorosos, sangrantes, desgarrados, dolientes. Las plantas le ardían. Las zapatillas rosadas que había comprado en la «Cachina» ya estaban gastadas. Un día antes sus amigos le habían ayudado a coserlas. Pero el hilo no fue lo suficientemente fuerte para soportar su marcha y, a punto de llegar, las plantas de las zapatillas se desprendieron. Los periodistas que la esperaban en la meta le hicieron las preguntas de siempre: que cómo se sentía, que a quién le dedicaba el triunfo hasta que uno de ellos notó las zapatillas hechas trizas.

Luego de ese episodio a Yoci la denominaron «la mujer con las piernas de hierro». Con las piernas de hierro y los pies de acero,





POR HANS CAMPOSANO

DEIVIS BECKHAM VA A LA ESCUELA



ÉL SOLO QUIERE SER ARQUERO, PERO PARTICIPA DE UNA IMPROVISADA MARATÓN TODOS LOS DÍAS JUNTO A OTROS NIÑOS DE COCHA, UN PUEBLO QUE NO APARECE EN LOS MAPAS DE INTERNET. NO TIENE MÁS OPCIÓN: SI NO CORRE, LLEGARÁ TARDE A CLASES.

FOTOGRAFÍAS: JORGE JAIME

Deivis Beckham es peruano. Tiene once años, un par de zapatillas nuevas y cinco cerdos a los que debe cuidar antes de ir a la escuela. Acaba de abrir los ojos con las primeras luces del alba que se filtran por la ventana de vidrio y fierro de su habitación. Su casa, de adobe y tapia, con puertas de madera y una entrada principal de calamina, es la primera del casi medio centenar de casas que forman el poblado de Cocha.

Aquí, en este rincón de Junín, las montañas de la Cordillera de los Andes reposan como cadáveres de gigantescas serpientes muertas. Una antigua leyenda huanca cuenta que son los restos de los Amarus, asesinados por el dios Illapu en el inicio de los tiempos. Pero, ahora, en este amanecer apacible con aroma a tierra húmeda, son tan solo parte del paisaje distante que rodea a un pueblo sin campanario ni señal de celular.

Una olla de avena humea dentro de la casa de Deivis. Su madre, Eimy Loayza Rojas, ha empezado a preparar el desayuno. La radio anuncia que son un poco más de las 5 de la mañana. Gerald, su hermano menor, se resiste a dejar la cama que comparte con sus padres. A sus tres años, puede dormir un poco más. No tiene que alistarse para la escuela, ni salir al corral a sacar a los cerdos. Esa tarea está reservada para Deivis, quien no pierde el tiempo y se coloca el uniforme de Educación Física. Un pantalón azul eléctrico, un polo blanco y una casaca de tela jersey apenas lo protegen del aire que se cuele por las ranuras de la puerta.

La mañana fría y el sonido de las gotas que aún se escurren de los tejados le recuerdan que debe buscar un par de botas negras para el lodo. Las zapatillas blancas, que sus padres le regalaron ocho meses después de su primera competencia de atletismo escolar, se quedarán al pie de su colchón.

«Tu papá ya está afuera. Tiende tu cama», le ordena su madre. «Cuando vuelva la tenderé», responde él. Apurado, cruza la cocina y el patio, y se dirige al corral. Sus paredes son también de adobe y una canaleta lo atraviesa por el medio. Un techo bajo resguarda el

sueño inquieto de los cerdos. Al lado, una jaula de madera sirve de guardería para las crías. El padre de Deivis, Luis Guevara Ccanampa, ha preferido separarlos de los más grandes hasta el anochecer. Después de saludar a su hijo, termina de atar a cinco cerdos por el cuello: son negros, con algunas manchas blancas en el lomo. Le tiende a Deivis la soga de uno de ellos. Ambos salen del corral jalando a los animales. Deivis hace el esfuerzo por controlar al que tiene a su cargo. Debe pesar más de cien kilos. El cerdo se resiste y avanza gruñendo con pasos lentos. Deivis resopla. Intenta seguir a su padre, quien ya va varios metros más adelante. El resto de la manada camina a su alrededor sin dar batalla.

Todos los días, excepto los fines de semana, Deivis y su padre llevan a los cinco cerdos hacia el cruce de un riachuelo y un puente, a las afueras del distrito de Aco. El camino es pantanoso: sigue el trazo de una caída de agua que desciende de entre las montañas.

Después de andar en silencio por más de treinta minutos, ambos clavan estacas para asegurar a la piara. Aquí, los cerdos se quedarán durante el resto del día, alimentándose del pasto que los rodea y bebiendo el agua teñida de un marrón producto de los campos. Algo más de una hora después, Deivis y su padre, con las botas enlodadas y las manos enrojecidas, regresan a su casa, exhaustos. Son un poco más de la seis de la mañana. Hora de desayunar.

Los habitantes de Cocha ya transitan por la única calle de tierra del pueblo. Las noches lluviosas de los primeros meses del año transformaron el suelo en una senda de barro y agua empozada, mezclada con los desechos de los animales que también transitan por ahí. Algunos pastores se apuran por llevar a sus vacas hacia los cerros más fértiles. Una manada de carneros camina hacia un pastizal al lado de una torre de alta tensión, a pocos metros del camino de ingreso al pueblo. Unos patos blancos picotean el lodo, deseosos por rescatar algún pedazo de comida, y chapotean en los charcos formados por la lluvia de la noche anterior.

Deivis observa todo eso ahora que acaba de volver a casa con su padre. Ambos limpian sus botas en el pasto húmedo que crece en el patio. En la cocina, un desayuno de avena caliente los espera sobre la mesa, acompañado con panes guardados desde hace dos días en un cesto de plástico. En Cocha no hay panadería, ni bodegas, ni tiendas. Los panes, los abarrotos y las medicinas siempre llegan con demora. Los adultos aprovechan la feria del viernes en la plaza del distrito de Aco para aprovisionarse de todo lo necesario. Durante los meses de cosecha venden su producción allí. Unos burros los ayudan a transportar sus productos. La distancia es parte de la rutina.

Hambriento y aún jadeante, Deivis se dirige a su habitación para quitarse las botas. Las zapatillas blancas, casi nuevas, que



ahora se calza, son, en realidad, un regalo de Navidad de sus padres. Las anteriores, con las que corrió su primera carrera oficial en el estadio de Mito, no soportaron el ir y venir incesante de pueblo a pueblo, ni las interminables jornadas de fútbol.

Más que un atleta, Deivis quiere ser un futbolista como su epónimo inglés. Y aunque su papá decidió bautizarlo así cuando el ídolo de Manchester ya había dejado de ser un Galáctico en Real Madrid, en los recreos el mediocampo no es lo suyo. Tampoco los tiros libres. El Deivis Bekcham peruano es arquero, pero quizá en algunos años pueda convertirse en maratonista. O quizá antes se aburra de tanto intentarlo. Aquí en Cocha, por lo menos, no tiene más opción: si no corre, llegará tarde a la escuela.

Por eso ahora que desayuna junto a su familia, empina su tazón de avena con cierta premura. Apenas dispone de tiempo para llegar a Aco. Son las 7:20 de la mañana. No hay colectivo que se detenga en un paradero cercano. Menos movilidad escolar. Solo depende de sus pies y de sus nuevas zapatillas blancas. Se despide de sus padres, a quienes no volverá a ver hasta la noche. Ambos trabajan todo el día. Son obreros en el distrito de Manzanares, en la provincia de Chupaca, al otro lado de la cordillera. Para llegar allá deben viajar una hora en motocicleta, siguiendo un camino que recorre la cadena de montañas, guiado por torres de alta tensión.

Deivis pasa su último sorbo de avena, masca un pedazo de pan y se despide de Gerald. Mientras él esté camino a la escuela, sus padres llevarán a su hermano menor a un jardín en Aco. Allá, la hermana de su madre lo recogerá y cuidará hasta el anochecer. Hace casi veinte años, en el 2001, solo la mitad de los peruanos entre tres a cinco años recibía educación inicial (51.5 %). Ahora, son ocho de cada diez (81.58 %). Gerald es uno de ellos.

Pasada las 7:25 de la mañana, los niños de Cocha enfilan con dirección a la escuela San Isidro de Aco. Es la única en seis kilómetros a la redonda. Esta mañana el cielo es gris. Como la mayoría de mañanas de marzo, las nubes serán ahuyentadas durante las horas siguientes. Deivis sale de su casa con un morral negro y amarillo que le roza las rodillas a cada tranco.

Sin agitarse comienza su travesía. El camino es largo: casi tres kilómetros, equivalente al recorrido de la categoría C de la Maratón de los Andes Junior, solo que con pendientes y un camino lodoso. Atraviesa el distrito de Vicso antes de llegar a Aco. Sigue los caprichos de los cerros, entre subidas y bajadas. Desciende desde los 3525 a los 3440 metros sobre el nivel del mar. Rodeado de eucaliptos, en el primer tramo, es cercado luego por cultivos de papa y habas, y amplios pastizales. Algunos burros descansan allí atados a unas estacas. Observan distraídos a lo más de diez estudiantes que cruzan el camino.



Jorge Jaime

Una casa solitaria en la última ladera es el primer contacto con el distrito de Aco. Más adelante un pequeño puente cruza un riachuelo, cerca al lugar donde Deivis y su padre dejaron a los cinco cerdos más temprano. El camino, de tierra firme y rojiza en días de sequía, se ha transformado en una senda fangosa y resbaladiza. Cada paso se hunde y el lodo ocre devora zapatos y zapatillas.

Deivis recorre todos los días este sendero: algunos, caminando; otros, en bicicleta. Por estos días de marzo, las lluvias caen casi todas las tardes, lo que complica el rodar de las llantas. A causa del aguacero del día anterior, tuvo que dejar su bicicleta en esa casa solitaria, propiedad de un amigo de sus padres.

Cuando la temporada de lluvia comenzó, unos cuantos meses atrás, un accidente entristeció a los vecinos de Cocha. Como recuerdo de aquel evento hay un pequeño nicho al lado del camino. Una motocicleta manejada por un joven, que llevaba a su madre de regreso al pueblo, resbaló con una piedra y los dos cayeron. La mujer se golpeó la cabeza y los intentos desesperados de su hijo no



alcanzaron para reanimarla. Murió sin auxilio. Sin un paramédico que le salvara la vida. La sirena de una ambulancia jamás se oyó ni se ha oído por estas tierras.

Cuando una emergencia como esta sucede, la policía recién aparece algunas horas después. Y si hace falta acudir a la comisaría, el camino a Sincos es una barrera que mide 16.4 kilómetros. La distancia es parte de la tragedia.

«Los policías demoraron mucho», recuerda Devis, quien tuvo que nacer en Huancayo y no en Cocha para que los médicos garantizaran un parto seguro. Una mujer embarazada, como lo fue su madre hace once años, está obligada a dar más de 6 mil pasos desde su pueblo hasta la posta médica de Vicso para pasar un control prenatal y luego ser derivada al hospital regional de El Carmen. Nadie se arriesgaría a viajar en motocicleta. El nicho es el mejor recordatorio.

Devis avanza al pie del lugar del accidente. Sus zapatillas, que al salir de su casa aún eran blancas, ahora empiezan a teñirse de rojo. El zumbido de unos motores acercándose lo hacen volverse sobre sus hombros. Varias motocicletas, conducidas por estudiantes de la secundaria de Aco —todos vecinos de él— lo adelantan con facilidad. Algunos llevan a sus hermanos más pequeños. Otros, van solos. Devis los observa alejarse, sin cascos, por la ladera; y, a la distancia, otros niños de Cocha apuran el paso rumbo a la escuela.

El rugido débil de otra motocicleta pone en alerta a Devis. Son sus padres y su hermano Gerald con los cuerpos fundidos sobre el único asiento. Salieron después de él, pero ahora lo han alcanzado. «Devis, apúrate. Vas a llegar tarde. Ya son la siete y media», le dice su madre, que lleva en las espaldas a Gerald enroscado en una lliclla. «¡Waaaaa!», se inquieta Devis.

«¿Tan tarde es? Iré corriendo», es lo primero que se le ocurre. Su mamá se inclina para darle un beso en la mejilla curtida por la sequedad del aire. Su padre, aún con las botas negras con las que arreó a los cerdos, saca de uno de sus bolsillos una moneda de un sol y se la extiende. «No llegues tarde», le dice con la dulzura de un campesino tosco. «Chau, hermano», se escucha la voz de Gerald entre los pliegues de la manta.

El motor ruge otra vez. Su madre le hace adiós con la mano, mientras la motocicleta se aleja. Devis asegura la moneda. Con una sonrisa en la cara, comienza a correr los dos kilómetros que aún le quedan de camino para llegar hasta la escuela. Corre descendiendo por entre piedras y charcos. Mantiene el equilibrio casi a la perfección. Evita resbalar. Acelera mientras va descendiendo. Corre como un niño feliz. La distancia es parte de sus alegrías.

A ese mismo ritmo, pero cerca de un año atrás, Devis logró acabar tercero en una maratón escolar. Nunca había tenido el interés

de competir como atleta. Correr solo le servía para llegar a tiempo a la escuela. Pero aquel día en el estadio del distrito de Mito, famoso por la Huaconada —una danza en la que un grupo de hombres bailan vestidos con máscaras toscamente talladas en madera, frazadas como capas y látigos de cuero—, corrió sin miedo a la tardanza. El único estímulo era acabar antes que todos. La competición consistía en dar diez vueltas a la cancha de fútbol. Un poco más de lo que debe recorrer cada mañana entre Cocha y Aco.

Una prueba anterior, realizada por la profesora Rosa, había servido para elegirlo como uno de los participantes. A la maestra de Educación Física, que también debe arreglárselas para dictar las clases de computación y religión, no se le ocurrió mejor idea que organizar una carrera alrededor de la escuela y el colegio secundario. Dos alumnos ganaron por amplio margen: Devis con once años, y Ediliz, una niña de ocho.

Si luego él se tuvo que contentar con acabar tercero tras las diez vueltas en el estadio de Mito, ella fue la mejor entre las niñas.

Ediliz vive a unas pocas casas de Devis. A diferencia de él, que se levanta a las cinco de la mañana para jalar a los cerdos junto a su padre, ella debe despertar antes del alba. Un par de horas más temprano. Ayuda a su madre en la cocina y en el cuidado de su hermano. Pela papas, friega platos, alimenta a los cuyes. Luego acompaña a su padre, un campesino que en sus ratos libres es saxofonista de una orquesta en Aco. No descansa. Una vez que termina, se alista para ir a la escuela por el mismo camino que Devis. A pesar de andar sobre sus huellas, no siempre se encuentran en la entrada del pueblo ni tampoco se acompañan. Ediliz, a menudo, sale más temprano que Devis.

Aquella carrera en Mito fue dura para ambos. Devis comenzó a sentir el cansancio luego de la quinta vuelta, y aún no había logrado alcanzar a los dos niños que estaban delante de él. Sobre la séptima, algunos participantes comenzaron a caminar. Devis se resignó a seguir corriendo, pensando en que pronto daría la vuelta final y todo acabaría. Ediliz, en cambio, tomó la delantera cerca de la tercera vuelta y se mantuvo así hasta el final. La fatiga le apretaba el estómago, sentía que se desmayaba, pero logró ganar la competencia.



Jeremías Landeo, un veterano fondista y ahora cazatalentos, no recuerda haber estado presente el día de la victoria de Ediliz en Mito. A veces encargado de premiar a los ganadores y otras solo como observador ocasional, suele tener un asiento reservado entre los organizadores. Nacido en el distrito de Sicaya, a varios kilómetros





del pueblo de Deivis, no tenía entre sus planes, como tantos otros, ser un corredor profesional.

No fue hasta terminar el servicio militar, a mediados de la década de los ochenta, que comenzó a dedicarse al atletismo, mientras estudiaba en el colegio nocturno Politécnico del Centro. En 1984, participó en la carrera de aniversario de Sicaya y dejó tan buena impresión que lo invitaron para entrenar con la mira puesta en carreras más exigentes. Decidió mudarse al centro poblado de Palían para mejorar su resistencia. Allí, cada mañana, comenzó una rutina sin descanso: subía por el camino a las montañas en busca del sol. Este entrenamiento lo llevó a ganar la medalla de plata en el Campeonato Nacional de Arequipa en 1987.

Compitió en los Juegos ODESUR, donde alcanzó el cuarto lugar en maratón luego de lograr una marca de 2 horas y 32 minutos. Y cuando su carrera se empezó a eclipsar, decidió que su misión sería recorrer los pueblos del Valle del Mantaro para detectar a niños de piernas incansables. Convenció a algunas municipalidades de realizar carreras con motivo de las festividades distritales, primero. Organizó las principales ligas atléticas de Huancayo, después. Ahora es una suerte de consultor extraoficial del Instituto Peruano del Deporte.

Su principal tarea es encontrar deportistas allí donde el resto solo ve a hijos de pastores o campesinos. Convoca a los mejores corredores en los pueblos más lejanos. Busca auspicios en forma de víveres, ropa o zapatos. Toca la puerta de instituciones y mecenas. Las competiciones que organiza llegan a congregarse a jóvenes y niños de diferentes edades y centros poblados. El anzuelo son los premios, pero una vez que los más resistentes cruzan la meta, son invitados para entrenar en el Estadio Huancayo.

El entusiasmo se les nota en el rostro, pero no todos tienen los medios para mudarse a la ciudad, menos aún para seguir el entrenamiento. Algunos lo intentan, aunque, luego de un par de días, desisten. Jeremías Landeo ya ha perdido la cuenta de todos esos casos.

Por eso ha optado por encontrarles una solución. Para que los atletas no abandonen sus incipientes carreras, ha empezado a viajar a puntos más cercanos donde el talento es más cuantioso.

Como un buscador de tesoros, ha aprendido a detectar vetas accesibles y aprovechables.

Sin embargo, financiar su estadía como entrenador, sin tener un presupuesto para un proyecto sin resultados inmediatos ni seguros, se presenta como un obstáculo. No siempre consigue su cometido. Otra vez sí. Durante el 2016, por ejemplo, logró que Isabel Huamán apostara por el atletismo: viajó con ella a una competencia de 10 kilómetros en Madrid. Trás una marca de 35 minutos logró clasificarse a la maratón de Pekín 2017.



«Acá en Junín tenemos grandes prospectos. Los que nacen en la altura tienen más resistencia», dice Jeremías Landeo, sentado en una de las bancas al pie de la pista atlética del Estadio Huancayo. Cada tanto va a Mito y a otros pueblos. Sabe que en cualquier momento puede aparecer un niño o una niña que lo haga arquear una ceja, afinar la vista y levantarse de su asiento reservado. Solo es cuestión de esperar.

Deivis comienza a ascender por la última cuesta antes de llegar a la escuela. Deja atrás el puente y el riachuelo. Al final de la subida, se topa con una canaleta de agua cristalina que cruza el camino. Un grupo de niños, que salieron más temprano de Cocha, lavan sus zapatos. QUITAN el lodo adherido en el camino. Entre ellos, Ediliz, también vestida con el buzo de Educación Física y una camiseta blanca de cuello alto, está agachada con la mirada sobre sus mocasines negros. Deivis se acerca. Se les une en la tarea de limpiar el barro. Esta vez no tienen tanta prisa. Después de andar por más de veinte minutos, intuyen que aún tienen tiempo suficiente para llegar a su escuela antes de oír la alarma de las ocho de la mañana. Poco después, con las zapatillas y los zapatos húmedos pero limpios, continúan el camino en grupo.

El andar de Deivis, Ediliz y el resto de niños de Cocha comienza a acelerarse para alcanzar a otro pelotón de escolares que está varios metros delante de ellos. A casi un kilómetro de distancia, entre los árboles que sobresalen de los muros de adobe de algunas casas, se comienza a divisar la fachada guinda y crema del colegio secundario de Aco. El potente sonido de la alarma —como si se tratara de la advertencia de un bombardeo— provoca una competencia inesperada. Deivis y Ediliz corren junto al resto. Aceleran en cada paso.

Más rápidos que los demás, los dejan atrás. Como dos bólidos, alcanzan al otro grupo de escolares. Los superan. Sin detenerse, pasan de largo frente al colegio. Al costado —rodeada por un muro de ladrillos y cemento—, la escuela tiene tres pabellones pintados de color celeste y las columnas de azul eléctrico. Una losa de fulbito, una piscina al lado de uno de los pabellones y una cancha de fútbol con el césped seco completan el panorama. Una reja metálica marca la meta de llegada para la improvisada carrera. La única recompensa será haber evitado ser amonestados.

Deivis y Ediliz, casi juntos, cruzan veloces la entrada. Pero en un punto se separan. Ediliz corre hacia el salón de tercero de primaria. La clase de matemática la espera. Deivis se reúne con sus compañeros de sexto grado en la losa de fulbito. Esta mañana tiene como primera clase Educación Física. Sigue las indicaciones de la profesora Rosa, una mujer alta y robusta que lleva un silbato y un sombrero rojo. No parece agotado por ese rush final. La primera instrucción es

calentar los músculos corriendo alrededor de la losa. Luego iniciarán los ejercicios de estiramiento: Deivis separa las piernas como el resto de sus compañeros. Ríe. Charla. Aprovecha las distracciones de su maestra. Nadie creería que hace menos de diez minutos ha atravesado casi tres kilómetros de barro y piedras con el aliento intacto.

El cielo se despeja en las horas siguientes: libera al brillante sol que estuvo preso detrás de las nubes grises, recuerdo de la lluvia de la noche anterior. Los alumnos de sexto de primaria regresan a su salón para tomar el desayuno escolar junto al resto de niños. Deivis y sus compañeros comen bajo un techo de calaminas, al igual que Ediliz: unas galletas y una taza de avena mezclada con kiwicha. Una cocinera, contratada por la dirección de la escuela, se encarga todos los días de preparar los insumos enviados por el Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social. Más de 900 millones de raciones como esta se reparten al año en todo el país. En Junín, cada bocado es decisivo. Un 57 % de niños entre seis meses y tres años padece de anemia, una cifra superior al promedio nacional (43.5 %).

Aplacada el hambre, el primer recreo empieza. Ediliz y sus amigas juegan a perseguirse entre ellas. Deivis y su banda salen del salón detrás de una pelota medio desinflada. En fila, ordenados, como si se tratara de un partido profesional en un estadio fantástico, los equipos saltan a la losa de fulbito y toman sus posiciones: defensas y delanteros. Pero, contrario a lo que se esperaría, en la escuela de Aco, Deivis Beckham va al arco.



El fútbol también era el sueño más codiciado de Francis Soto. Hace cinco años, solía trenzar sus canillas con las de sus compañeros en la losa de futsal de su escuela Virgen María Admirable. Ubicada al costado del Estadio Huancayo, era el lugar perfecto para sentir que convertirse en un futbolista solo dependía de unos cuantos pasos. Como tantos otros niños, comenzó a asistir a los cursos vacacionales de fútbol. Cada vez que pisaba el césped del estadio, se imaginaba con la camiseta del Sport Huancayo. Otra veces, con la banda roja de la selección peruana. Sin embargo, el destino tenía otro camino reservado para él.

El profesor Sergio Quispe, un huancavelicano flaco con anteojos que dedica su vida a ser entrenador de marcha atlética, observó que Francis no daba señal de agotamiento luego de las prácticas. Lo invitó a hacer unas pruebas en el IPD y acabó convenciéndolo de que lo suyo no era correr detrás de una pelota. Al poco tiempo, le consiguió una beca deportiva para seguir la secundaria en el colegio Trilenium de Huancayo.



Francis Soto, un hijo de modestos comerciantes, ahora podía desarrollar una carrera y concentrarse en fortalecer la musculatura e incrementar la resistencia. Acostumbró a su cuerpo a la dura rutina de los marchistas: todos los sábados, excepto los tres anteriores a una competencia, se dirige, al amanecer, con el resto de sus compañeros a uno de los cerros que hace sombra sobre el distrito de Cajas. Los resultados lo avalan: segundo lugar en el Campeonato Nacional Juvenil de Marcha Atlética 2018 y quinto puesto en el Campeonato Internacional en Ecuador luego de marchar 10 kilómetros. Además, ingresó a la Universidad Nacional del Centro del Perú para estudiar Sociología. Ahora, él y otros tantos conforman la Selección Regional de Marcha.

A sus 16 años, se ha convencido de que es mejor colgarse medallas después de 47 minutos y 56 segundos en una carretera que luego de 90 minutos en una cancha de césped. El único inconveniente es que, cada vez que debe viajar con su comitiva, el dinero no alcanza. Los últimos viajes a Arequipa, donde logró el segundo lugar en el Campeonato Nacional 2019, y a México, para la Copa Panamericana, se lograron con el apoyo limitado del IPD. Si para las delegaciones mayores todo es precario; para los menores, aún peor. No queda más que meter la mano al bolsillo. Solo en esas ocasiones vuelve a desear ser un futbolista. Siquiera uno de Sport Huancayo. No es para menos: la distancia entre el fútbol y el atletismo aún sigue siendo muy amplia.

El timbre vuelve a sonar en la escuela San Isidro de Aco. Anuncia el fin de las clases pasada la una de la tarde. Los niños regresarán al camino que ahora luce seco después de soportar más de cuatro horas de intenso sol. Ediliz es la primera en salir de su salón junto a una prima que también vive en Cocha. Deivis, en compañía de sus amigos, las observa apresuradas. «¡Ediliz, espérame!», le grita. Ella lo escucha e impaciente lo aguarda en la entrada. «Mi mamá me esperará por el puente», le responde. «Vamos, entonces», replica Deivis.

Después de partir juntos, cerca de la subida al canal, donde lavaron sus zapatos, una voz suena detrás de ellos. «¡Deivis, Deivis!», llama una mujer. Es su tía. «Tu hermano no se quiere quedar conmigo», le anuncia, mientras el pequeño se acerca corriendo. «No te voy a cargar, Gerald. Vas a caminar», le advierte a su hermano que también comparte nombre —aunque mal escrito— con otro mediocampista inglés admirado por su padre, Steven Gerrard. Todos los días, Gerald se queda en la casa de la hermana de su mamá en Aco. Pero hoy ha preferido seguir a su hermano de regreso por esta ruta de colinas y cerros. Sus padres siempre lo han llevado en brazos o en motocicleta. Esta será la primera vez que Gerald irá caminando hasta Cocha, un pueblo que no aparece nombrado en los mapas de internet.

Melany, la madre de Ediliz, espera sentada sobre un tronco, al pie del camino. Lleva entre los brazos a Justin, su hijo menor de dos años. Los cuatro niños se acercan a ellos con el paso más lento a causa de Gerald. «Buenas tardes, tía», le dice Deivis. En Cocha, la mayoría de los más de cien vecinos tienen algún grado de parentesco. Así, como una familia, ahora el grupo sube por la última lomada que oculta al pueblo de la vista. Cultivos de cebada crecen a ambos lados del camino que pasa por la cima.

Los niños aprovechan para tomar unas pajillas. Las cortan y las unen. Soplan a través de ellas y un sonido muy agudo rebota contra las montañas. Gerald y Justin se acercan sigilosos a unos cerdos que pastan en un campo de fútbol con arcos de madera en la entrada de Cocha. Hacen sonar las pajillas en sus orejas. Los cerdos se quejan, chillan. Intentan huir. Los niños se prenden de sus colas, pero es inútil. Derrotados, empiezan a dar volantines sobre el pasto. No quieren seguir el camino a sus casas. Solo quieren jugar. Poco importan las primeras gotas de lluvia. La madre de Ediliz decide llevarse a ambos.



Deivis se apresura en entrar a su casa. Debe alimentar a las crías que su padre aisló en la mañana. Saca los restos de comida de días anteriores y los lleva al corral. Al abrir la jaula de madera, uno de los cerdos escapa hacia el patio. Deivis va detrás de él. Capturar a un lechón puede ser una verdadera prueba de temple; un entrenamiento fortuito. Después de perseguirlo por todo el patio, se avienta sobre él para atraparlo. Aquí, en Cocha, el Deivis Beckham peruano vuela como un arquero profesional. Atenaza una de sus patas; y aunque la cría se retuerce, ya no tiene escapatoria.

Las gotas de lluvia se hacen más constantes. Deivis regresa a su casa para lavar sus manos, cambiarse de ropa y preparar algo de comer mientras ve por la ventana a los estudiantes de la secundaria regresar en sus motocicletas. El rugido de los motores se oye a lo lejos.



A diferencia de la mayoría de estudiantes motorizados de Cocha, hace más de dos décadas Raúl Machacuay tenía que caminar hasta cincuenta minutos para llegar a su colegio. Debía unir el pueblo de Shogue, en el distrito de Ulcumayo, con el caserío de Rosario de Apancas a pie. Si para ir a la escuela tan solo cruzaba cuatro calles sin salir de su pueblo; cuando alcanzó la edad suficiente para entrar a la secundaria se acostumbró a esa travesía. Por ese entonces no lo advirtió, pero ya empezaba a entrenarse para lo que vendría después. «Creo que ahí comencé a preparar mis piernas para correr», recuerda.

Salvo las pruebas escolares, Raúl Machacuay no compitió en eventos de mayor envergadura. Ni tampoco dedicó sus días a entrenamientos formales. Como Deivis o Ediliz, fortalecía sus muslos en los caminos, en los pastizales o sobre las sendas lodosas. Pero también aprendió a endurecer su coraje.

Hijo mayor de campesinos, tuvo que ser padre de sus propios hermanos: lavaba la ropa de su mamá, peinaba las trenzas de sus hermanas y alistaba la cosecha en el campo. Recién a los 23 años su primo Florencio Machacuay, un maratonista ya curtido, lo invitó a correr. «Tu también puedes dedicarte a esto», le dijo. Apenas tenía un par de zapatillas gastadas, pero en corto tiempo alcanzó el nivel necesario para competir.

Viajó a Huancayo, luego fuera de Junín y, sin proponérselo, un día cruzó la meta de la Maratón de Rotterdam en el 2015 con un tiempo de 2 horas, 13 minutos y 26 segundos. Se había convertido en el cuarto mejor sudamericano y tenía asegurado un lugar en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016 haciendo lo que siempre solía hacer entre Shogue y Rosario: correr.

En Huancayo, los Machacuay se reunirán para ver por televisión a Raúl competir en los Juegos Panamericanos de Lima 2019. Después de prepararse en el Programa Nacional de Maratonistas, el único deseo es verlo subido en un podio. En Cocha, los más de cien habitantes esperarán a ver los resultados en las noticias, o la repetición de las transmisiones durante las noches. Deivis será uno de ellos. Pero por ahora no es algo que le preocupe. Está concentrado en pelar y cortar unas papas para preparar su almuerzo.

Mientras el repicar de la lluvia aumenta sobre las ventanas de su casa, pone la sartén con aceite en una hornilla de la cocina y una tetera pequeña con agua. Saca de su mochila unos cuadernos y los pone sobre la mesa para comenzar a hacer las tareas pendientes para el día siguiente. El almuerzo será una ruma de papas fritas rebozadas y un poco de agua con limón. Come despacio, pensando en que aún debe ir a recoger a los cerdos, que él y su padre dejaron en la mañana.

Una vez que la lluvia amaina y él termina su último bocado, lava en un balde todo lo que ensució. Otra vez se calza las botas negras de caucho y se coloca un abrigo. Antes de dar las cinco de la tarde, sale de su casa rumbo al cruce del riachuelo y el puente. La lluvia, que parecía extinguirse, amenaza ahora con transformarse en diluvio. Deivis apura el paso, debe caminar poco menos de una hora para encontrar a los cerdos. Empapado, quita las estacas del suelo y con un ligero tirón de la soga esta vez los cinco obedecen y avanzan.

El sol comienza a ocultarse detrás de las montañas. Deivis emprende el regreso seguido por sus cinco cerdos bajo nubarrones negros teñidos de dorado y ocre. El crepúsculo le permite abrir el corral sin necesidad de una linterna que lo acompañe. Al entrar a la casa, vuelve a ponerse las zapatillas blancas. Ahora debe terminar las tareas de otra materia. Sus padres recién llegarán pasadas las ocho de la noche. A unas cuantas casas de distancia, Ediliz también acaba de sentarse frente a uno de sus cuadernos, empeñada en cumplir con los deberes que recién deberá presentar la otra semana.

El día está por acabar. Dentro de poco, ambos se alistarán para dormir. Entre sus sueños no estará el deseo de convertirse en atletas como Francis Soto o Jeremías Landeo. Muchos menos en maratonistas como Raúl Machacuay o Inés Melchor.

A Deivis y Ediliz solo les importa que sea sábado para no tener que caminar hasta su escuela.



POR JESÚS RODRÍGUEZ Y RENZO GÓMEZ VEGA

EL HOMBRE QUE APRENDIÓ A CORRER



A POCO DE CUMPLIR LOS 18 AÑOS, LE AMPUTARON LOS BRAZOS LUEGO DE JUGAR CON LOS CABLES DE UNA TORRE DE ALTA TENSIÓN. EFRAÍN SOTACURO EMPEZÓ LA ADULTEZ COMO OTRA PERSONA Y DEBIÓ REAPRENDERLO TODO. EN ESE LAPSO HALLÓ UNA LUZ: PONER SUS PIERNAS EN MOVIMIENTO.

FOTOGRAFÍAS: KATTYA LÁZARO Y SEBASTIÁN MORALES



Hoy cumpla 18 años, y debo pedir un deseo. Papá Félix me acerca la torta, y mi hermano Elberto empieza a cantarme Japi berdei mientras enciende las velitas. Es octubre de 2008, y en un par de meses acabaré la secundaria. Voy a graduarme con mis 'patas' del San Martín de Porres de Yauli, y por fin voy a poder dedicarme a mi sueño de ser un futbolista profesional. Papá me dice que mejor sea mecánico de maquinaria pesada como él. Que así también viajaré mucho. O sino que me vaya para la mina. Pero la verdad es que yo me veo gritando goles, levantando copas, saliendo en la tele. Mira, mamá, allí está tu chinito. Tu chinito lindo.

Pero mamá Elisa no está aquí conmigo. Anda en Paltamachay, el centro poblado, en Huancavelica, donde tenemos nuestra casita, y donde hemos vivido siempre. Yo estoy en Lima, en la capital, lejos de ella y de mis hermanos, porque...porque...porque me he quedado sin brazos. ¡Mierda! No siento mis brazos. No los siento. ¿Dónde están? ¿Qué hace esta torta aquí? ¿Para qué me cantan? Que se callen las enfermeras. Que se callen todos.

Me perdí el viaje de 'promo' a Machu Picchu. No voy a terminar el colegio. No voy a ser futbolista. Quiero irme ya mismo de este hospital. Quiero estar en mi tierra, con mis animales. Quiero abrazar a mi mamá.



No pasa nada. Mi primo Chamu dice que no pasa nada. Que agarre los cables. Que ahora me toca a mí. Mi tía Feliciano nos mira de lejitos nomás, frente a esta mina olvidada, y esta torre oxidada de alta tensión. «Ya pues, Efra. ¿Ya ves?». Bien fregado el Alfredo. Está bien. ¿Qué puede suceder? Son solos unos cables.

¡Aaahhh! Me pica. Me pica la mano. ¿Qué es esto? ¡Aaahhh!
¡Chaaamuuu! ¡Tiiiiiaa! ¡Aaahhh!

Escucho voces. ¿Dónde estoy? Qué feo huele. Me pesan los ojos. Auch. Me duele todo. ¿Por qué lloran mi tía y mi primo? Huele a quemado. ¡Mis brazos! ¡Auxilio! ¡Estoy sangrando! ¡Ayuda! ¡Me estoy muriendo!

No recuerdo más. Me contaron luego que me paré como pude, que alcancé a dar tres pasos y que me desvanecí. Que perdí el conocimiento por segunda vez. Que al inicio, cuando me vieron temblando, con la mano derecha cogiendo unos de los cables, pensaron que era una broma. Un chiste pesado. Hasta que vieron cómo me ponía rígido. Y cómo intentaba quitarme el cable con la otra mano mientras convulsionaba.

Convulsioné tan fuerte por la descarga eléctrica que antes de que fueran a ayudarme salí disparado como dos metros, y me estampé contra un muro.

Pensaron lo peor. Mi abrí la cabeza, y quedé tirado, inmóvil, chorreando sangre.

El paseo familiar acababa en tragedia. Eran los primeros días de agosto, y Alfredo, el 'Chamu', mi primo favorito con el que estudiaba en el mismo colegio, me había convencido de pasar nuestras vacaciones de mitad de año fuera de Huancavelica en lugar de disputar un campeonato de fútbol en Yauli. Visitaríamos a mi papá, en Casapalca, el campamento minero donde trabaja como perforista desde hacía tres años. Pero antes pasaríamos por la casa de la tía Feliciano, hermana de mi madre. No era la primera vez que lo hacíamos.

Llegamos de noche después de seis horas en bus. Casapalca se ubica en Huarochirí, uno de los distritos que conforman el departamento de Lima. La tía 'Feli' nos recibió con mucho cariño. Sí que nos extrañaba. Nos preparó algo de comer. Conversamos buen rato. Y nos fuimos a dormir temprano.

Al día siguiente por la tarde, en medio de la naturaleza, con el cielo anaranjado en pleno atardecer, Alfredo encontró una cueva. O eso parecía. Siempre ha sido más aventurero mi primo, aunque tengamos casi la misma edad. No era una cueva, sino una mina. Y bueno, pasó lo que pasó. Pudo haber sido él. Pero fui yo.

Guardo muchas imágenes en mi cabeza. Pero ya no sé si lo viví o todo lo me contaron. La ambulancia demoró más de media hora en trasladarme hasta el Centro de Salud de San Mateo, en Huarochirí. Yo seguía desmayado, y perdiendo sangre.

Pero fue en vano.

No contaban con los recursos necesarios para atenderme. Eso pasa mucho en el Perú. Hay muchas postas y centros donde no tienen la capacidad para controlar emergencias, y así se muere la gente.

Mi tía 'Feli' ya le había avisado a mi papá. Esperé que fueran las ocho de la noche, la hora en que salía de trabajar de la mina para llamarlo a su celular.

Mi papá fue de inmediato a buscarme sin decirle nada a mamá. Aún no sabía qué me había pasado exactamente, y no



quería asustarla. Solo le pasó la voz a mi hermano Elberto, el mayor. Mientras Elberto salía de madrugada de Paltamachay, me llevaron al Hospital de Chosica con la esperanza de que pudieran tratarme de una vez. Pero no. Tampoco estaban preparados. Mi papá estaba desesperado. Todo se estaba complicando. Ahí nomás llegó Elberto. No lo pensaron mucho, y me trasladaron en una ambulancia al Hospital del Niño, en Lima. Habían pasado dos días desde el accidente.

Para ese entonces yo ya había despertado, pero estaba aturdido. La cabeza me estallaba. Y me ardía todo. No sé cómo describir esa sensación. Pero aún sentía los corrientazos. Y recordaba la comezón en mi mano. Me moría de miedo.

No quería abrir los ojos, pero tenía que hacerlo. Lo hice lentamente hasta que me vi los brazos. Los habían vendado. Y olían muy feo.

Entre sueños, escuché a mi papá diciendo que olían a pescado podrido. Entonces cerraba los ojos. Solo quería dormir. Solo quería que nada de esto fuera cierto. Mis brazos tenían los días contados.

Una semana después del accidente, uno de los médicos le informó a mi papá que debían amputarme tres dedos de la mano derecha. Se habían infectado, y era la única manera de detener el proceso. A papá Félix se le hacía difícil comunicarme estas cosas. Pero yo ya lo sabía de alguna manera. Nada andaba bien.

A los cuatro pacientes con quemaduras, con los que compartía habitación, ya les habían dado de alta. A todos, menos a mí. Solo pude hacerme amigo de Cristian, un chico dos años menor que yo, que venía de Jauja, y que se había quemado el cuello por jugar con una fogata.

Creía que con los tres dedos sería suficiente. Que también me darían de alta luego de la operación. Mamá ya estaba enterada de mi estado. Se lo dijeron al tercer día. Deseaba tenerla cerca. Que me diera un abrazo. Y pudiera llorar tranquilo sobre sus hombros.

Pero no. No bastó con eso. Mis brazos se pusieron negros, y comenzaron a descomponerse. Los sedantes no me calmaban. Y el olor a carne quemada no se me iba. Mi vida corría peligro: estaba a punto de sufrir una infección generalizada.

En alguno de esos días, mi padre se armó de valor, y con todo el cariño del mundo, mientras algo se le moría por dentro para siempre me dijo: «Efrita, los dolores no van a parar si no te cortan los brazos».

Lloré, lloré mucho, pero le dije que lo hiciera.

Él firmó un papel con la autorización, y al cabo de unas horas prepararon la sala para operarme de nuevo.

Primero me amputarían el izquierdo, y unos meses después el derecho otra vez.

A menos de dos meses para mi cumpleaños, a nada para ser mayor de edad, iba a quedarme sin brazos.





Ni uno solo. No hay un solo espejo en mi casa. Antes de volver a Paltamachay le pedí a mi hermano Elberto que le dijera a la mamita Inés que los desapareciera todos. Que no quería volver a verme. Y mamita cumplió. No está ni el espejo rectangular de mi cuarto ni el espejo redondo del baño. Tampoco mis cuadernos ni mis lápices ni mis dibujos. Todo aquello que me remite a mi vida pasada.

Hace unos días, mamá juntó todas mis fotos. Absolutamente todas. Y les prendió fuego en un descampado, a unos metros de mi casa, una construcción de adobe sobre una colina. Efraín Sotacuro no existe más en el álbum familiar. Mi niñez se hizo cenizas. Nací grande, con 18 años. Mucho después me enteraré por mi hermana Julissa que una de mis fotos se salvó. Me la tomaron en los Juegos Deportivos de Acoria, uno de los distritos cercanos a Yauli. Luzco la alegría intacta de un niño de ocho años que no conoce el horror.

Diez años después, soy un adulto que prefiere estar encerrado en su cuarto. Mi cuarto es mi mundo. La puerta es mi límite. Y solo admito visitas de mi familia. No soy quien fui ni podré ser quien yo quería. No puedo hacer nada por mí mismo. Ni bañarme ni comer ni vestirme. Mi cuerpo ya no es mi cuerpo. He vuelto a ser un niño.

Finalmente, me dieron de alta del hospital a los tres meses. Tres meses en los que mi papá me visitaba en sus días libres, y mi hermano Elberto intentaba animarme haciéndome escuchar huaynos. Ahora mismo, la radio que me regaló y el viejo televisor, con apenas dos canales, son mi única manera de entretenerme. A veces veo partidos de fútbol. Pero no más. Ni siquiera puedo cambiar de canal.

Ahora tengo dos muñones en lugar de brazos. El derecho me lo amputaron hasta rozar el hombro; y el izquierdo, debajo del codo. No sé cuántos centímetros fueron ni quiero saberlo. También me cosieron la cabeza. Y tengo una pequeña cicatriz sobre el párpado del ojo izquierdo.

Estoy harto de que me pregunten qué me pasó. Que lancen comentarios sin pensar en mí o, simplemente, que se me queden mirando.

Como mi primo Alfredo que vino hace poco a visitarme. La primera vez desde el accidente. No le guardo rencor. Pudo haber sido cualquiera de los dos. Lástima que me tocó a mí. La tía 'Feli' también viene de vez en cuando. A veces me trae pachamanca, mi plato favorito. Claro, me ayudan pelándome las papas y las habas, desgranándome el choclo, y cortándome el cordero en trozos pequeños. Aun así me embarro. Me es imposible coger los cubiertos.

Julissa, mi hermanita menor, es la que suele darme una mano. Ya no es una niña risueña. Hay mucha tristeza en sus ojos. Allí me doy cuenta que la tragedia también ha golpeado a mi familia, y me pongo mal.

De nuevo me dan ganas de echarme a dormir todo el día, y no despertar más. ¿Por qué me has abandonado, Señor? ¿Qué he hecho para merecer esto? Debe haber alguna razón. Y alguna manera de esquivar esta pesadilla. A veces pienso en ahorcarme, y acabar con mi vida. No lo niego. Pero hasta para eso necesito mis brazos. Hasta para eso.



Llevo algunos meses asistiendo al Instituto Nacional de Rehabilitación, en Lima. Sí, ahora vivo en Lima, en casa de mi hermano Elberto, en un pequeño cuartito en Bocanegra, Callao. Decidí mudarme de Paltamachay porque me han asegurado que con estas terapias seré otro. Dicen que recuperaré las ganas de vivir.

Despedirme de mis padres fue bastante triste. Siempre hemos estado juntos, de arriba abajo, pero creo que es lo mejor.

Los especialistas del Instituto aseguran que es posible vivir dignamente sin brazos. Que todo consiste en reaprender rutinas, y utilizar miembros que no solemos usar como los pies y la boca. De hecho, estoy aprendiendo a pintar con la boca. Es complicado mantener firme el pincel o los colores apretando los dientes. Al comienzo solo hacía garabatos. Pero ya controlo mejor la presión del lápiz, y ya no rompo los papeles de dibujo. Es un avance, me han dicho.

Desde que llegué aquí me han mostrado videos de personas asombrosas con discapacidades tan graves como las mías. Gente realmente extraordinaria, como Tony Meléndez, un músico nicaragüense que nació sin brazos, y toca la guitarra con los pies. Escucharlo me pone la piel de gallina. Es un maestro. Otro señor que me inspira es Nick Vujicic, un australiano que nació sin extremidades, y que da la vuelta al mundo dictando conferencias de superación. Ha actuado en algunas películas, y dice que tiene planeado publicar libros y tener muchos hijos. Nick está convencido de que es un instrumento de Dios para tocar miles de corazones.

Tal vez el mío sea uno de ellos. Ilusiona saber que otros han podido. Se siente bien.

El problema es cuando salgo de aquí, y debo enfrentarme a la calle. A las personas que me consuelan sin que se los pida. A aquellos que me hacen sentir como un discapacitado. No me dan ganas de conversar con nadie. Solo quiero pasar desapercibido en esta ciudad enorme. Pero no puedo. Necesito dinero para costear mis pasajes y mi comida. Elberto me da techo, y eso es bastante. No quiero abusar ni ser una carga para él.

Mi hermanita Julissa, que me visita muy seguido, trae llaveritos de tela hechos por mamá que vendemos al por mayor en Abancay,



una de las principales avenidas del Centro de Lima. No sacamos mucho pero es algo. A veces creo que solo nos compran por compasión. Pero mejor ya no pienso más.

Cuando Julissa regresa a Paltamachay, me da la soledad. Elberto es muy bueno conmigo, pero solo llega a dormir. Su trabajo como mecánico lo consume. En el cuarto apenas caben dos camas, una mesita de noche, y un pequeño ropero. No siempre van a estar ellos. Hay cosas que debo resolver solo. El Instituto me está sirviendo un montón. Me han enseñado a manejar la computadora con los dedos de los pies. Y a cepillarme los dientes con los muñones. Pensé que no me servirían de nada. Que eran solo trozos de carne que me colgarían para siempre sin ningún beneficio. Qué equivocado estaba. Los doctores me repiten a diario que todo está en la mente, y ya me lo estoy creyendo.

Antes de venirme a Lima, llegó a mi casa un paquete grande, con dos brazos de plástico. Eran mis prótesis. Había mucha expectativa de parte de mi familia, pero cuando me los colocaron sentía



Sebastián Morales

mucha presión sobre mis muñones. Me producía dolor. Eran muy incómodos. Así que no me los puse más. Eran como dos brazos falsos. Quizá si los hubiese aceptado no habría logrado nada de esto.

En el 2012, a cuatro años del accidente, tres de ellos viviendo en Lima, extrañaba demasiado a mi tierra, y a los míos. Ya éramos nueve hermanos y yo, como el segundo, debía dar el ejemplo. Ya podía comer sin ayuda. Cogiendo los cubiertos y acercándome mucho al plato, como hacen los chinos. Las terapias me habían fortalecido. Era el momento de retribuirles en algo todo lo que me habían dado, y aportar en la casa. Así que volví a Paltamachay a buscar trabajo.

Pero fue duro. Adonde me presentara, me miraban por debajo del hombro o me decían que me iban a llamar. Y, claro, nunca me llamaban. Seguí intentando hasta que me aceptaron en una obra. Se trataba de una escuela en construcción. Yo me encargaría de la vigilancia. Trabajaría como guardia de seguridad.

Sé que puede sonar raro por mi condición, pero todo parecía marchar bien. Había gente que cuchicheaba, pero en general me trataban con respeto. Estaba feliz. A fin de mes iba a apoyar a mi familia. Pero nada de eso sucedió. Un día, de pronto, el jefe de obras me mandó llamar. Pensé que era para felicitar me. Pero me dijo, más bien, que muchas gracias. Que habían encontrado a un «guardia con brazos», y que eso era todo.

Sus palabras habían sido muy hirientes. Estoy seguro que si yo no hubiese hecho terapia hubiera roto en llanto. Así que preferí tomarlo como un hecho anecdótico. Las personas malas siempre van a estar en todas partes. Y uno debe estar preparado.

Pasaron unas semanas, y mi padre no tardó en conseguirme un nuevo empleo. Se trataba de una función similar: auxiliar de seguridad. Supongo que lo de auxiliar tenía que ver con mi estado. Lo cierto es que iba a trabajar en la Municipalidad de Huancavelica, y el puesto ya era mío. Solo me faltaba un requisito administrativo: sacar mi carné del Conadis acreditando mi condición de ciudadano con alguna discapacidad. El trámite debía hacerse de forma presencial, en Lima. Un último viaje a la capital me separaba de una vida normal, conforme a mis posibilidades.

Viajé solo. Era como una especie de revancha. No le tomaría la más mínima importancia a los curiosos, y a sus miradas. Nada derumbaría al nuevo Efraín.

Como era de esperarse, me quedé nuevamente en casa de Elberto, en Bocanegra. El papeleo demoró casi un mes así que aproveché para conocer un poco más de Lima. Igual, cada tanto iba al Conadis a ver cómo seguía el trámite. En ese lapso, conocí a Gaida López, una de las asistentes. Una mujer alta, con cola de caballo, que me trataba con mucha gentileza. En una de esas veces, me preguntó



si me gustaba el deporte, y si quería participar en una carrera de 10 kilómetros el fin de semana. Me sorprendió. El único deporte que había practicado era el fútbol. Y la máxima distancia que había recorrido era de mi casa al colegio. Una hora de ida y otra de vuelta. Pero a paso lento.

Le dije que no. Pero ella me convenció. Me pagarían los sesenta soles que costaba la inscripción. Lo demás dependía de mí. No quería defraudarla.

No quedaban muchos días. Así que lo único que atiné fue a dar unas cuantas vueltas al parque que estaba al frente de la casa de mi hermano. Aquel domingo 25 de noviembre de 2012 partiría mi vida en dos. Era una carrera auspiciada por una marca de telefonía que partía del Pentagonito, en San Borja, y acababa en San Isidro, dos de los barrios más residenciales de Lima. Pero era sobre todo una carrera donde competiría con cerca de 9 mil personas. En su mayoría, atletas convencionales. Iban a haber muchas cámaras.

Esa mañana la ansiedad hizo que me despertara más temprano que de costumbre. Apenas y tomé desayuno. Quería estar de una vez allí. Mi hermano, que me prestó unas zapatillas viejas y un short de fútbol, pidió permiso en el taller para llevarme a la carrera. Quedaba lejos desde Bocanegra. Por lo menos un par de horas en bus.

Pisar El Pentagonito me desconcertó. Eran miles y miles de corredores. Muchos se veían profesionales. Por su ropa, sus zapatillas y su forma de estirarse. Pero lo que más me llamaba la atención era la intensidad con la que calentaban. ¿Si van a correr para qué dan vueltas? Se están cansando por las puras.

Yo ni calenté. Empecé nomás. Mi única estrategia era disfrutar y llegar a la meta. No tenía más pretensiones. A mitad de la competencia, en los 5 kilómetros, sentí que volaba. A medida que los demás bajaban la velocidad y jadeaban cada vez más fuerte, yo avanzaba con más firmeza. Respiraba como si recién hubiese empezado. Estaba muy sorprendido. Estos sujetos se habían preparado meses para ese momento, y yo les estaba ganando habiendo dado unas cuantas vueltas a un parque, y con unas zapatillas gastadas. Después me daría cuenta de la ventaja de mis pulmones por haber nacido a más de 3300 metros sobre el nivel del mar. Y mi entrenamiento silencioso al haber estudiado en un colegio alejado.

Esto es lo mío, me decía, y seguía avanzando. Mi hermano Elberto me estaba esperando en la meta. La carrera también era para él. Y para todos los Sotacuro Quispe, allá en Paltamachay.

Terminé los 10 kilómetros, empapado, pero con aire. No desfallecía como los demás. Ni bien crucé la meta, Elberto me abrazó, y luego me señaló la pantalla gigante donde figuraba la clasificación. No podía creerlo: había llegado en el puesto 12 con 37 minutos y 20

segundos. Sí, 12 de 9 mil, en mi primera competencia oficial. Era un tiempazo. La sensación era indescriptible. No me había sentido tan bien en años.

La señorita Gaida López apareció entre la multitud para darme otro abrazo. Le debía mucho. Sin proponérselo, había despertado al fondista que habitaba en mí.

Mientras me reponía, un grupo de atletas que llegaron detrás de mí se me acercaron. «¡Qué buena marca! ¿Con quién entrenas?», me preguntó uno de ellos. Cuando les dije que me había entrenado solo se quedaron tan maravillados que me invitaron a desayunar junto a Elberto. Cuando me vieron comer sin ayuda se maravillaron más. Era la estrella de esa mañana. Todos tenían que ver conmigo.

Eran miembros de Runners por Lima, un colectivo que se había formado apenas el año anterior a partir de unos amigos que ansiaban correr la maratón de Lima 42k. Y que se concentraban en El Pentagonito, en San Borja. Grande fue mi satisfacción cuando me invitaron a correr con ellos. Trabajar como auxiliar de seguridad en la Municipalidad de Huancavelica ya no era una opción. Ese mismo día me comuniqué con mi papá, y le dije que nuevos caminos se me habían presentado. Que me quedaría en Lima porque quería aprender a correr.

Dios me estaba dando la oportunidad para empezar una nueva vida.



Quiero abandonar. Me muero de sed. Mis piernas están molidas, y mi garganta está seca. Es setiembre de 2016, en Río de Janeiro, y bajo un sol abrasador, soy el primer peruano que corre la maratón en unos Juegos Paralímpicos. Han pasado tan solo cuatro años desde que decidí poner mis piernas en movimiento para escapar de mi oscuridad, y jamás pensé que llegaría a tanto.

Aún recuerdo cuando perdía el equilibrio por no tener brazos. Se podría decir que los brazos también corren. Te impulsan y te dan mayor velocidad. Yo empecé en las pistas sin mover mis muñones. Creía que daba lo mismo. Y no. Desde que los uso he mejorado mi postura y mi pisada. Y no me he vuelto a caer.

Todo eso lo aprendí en Runners por Lima. Una etapa muy linda que duró casi un año y medio. No solo porque marcó mi debut en las competencias, sino porque por primera vez en mucho tiempo me sentía parte de algo. Levantarme a las cinco de la mañana para salir del Callao y llegar a las siete a San Borja dejó de ser un sacrificio para convertirse en un modo de vida. Allí conocí a 'Davicho', David Manyá, uno de los mejores amigos que me ha dado este deporte. Cuando



no he tenido para los pasajes, ha estado allí. Cuando me ha faltado para el menú, también. Cada vez que regreso de una competencia, 'Davicho' me recibe en el aeropuerto. Haya ganado medallas o no. Me haya subido al podio o no. Ha estado desde antes que las cámaras me prestaran atención.

Él me inscribió en varias competencias. A veces nos turnábamos de categoría. Pero solíamos asegurarnos con los primeros puestos. Gracias a ello, en el 2014, el Instituto Peruano del Deporte me incluyó en el Programa Nacional de Maratonistas. Como tal, tenía derecho a un sueldo, una comida balanceada y un lugar dónde dormir. Era lo más cercano a mi remoto sueño de ser un futbolista profesional.

Me mudé a Huancayo, el ombligo del fondismo peruano, en abril de aquel 2014, y me puse bajo las órdenes del mexicano Rodolfo Gómez, y el keniano Boaz Lorupe. Arranqué como novato, corriendo con las mujeres, y luego me sumé al grupo 2 de los varones. Era un principiante. Pero era también el único paratleta del grupo. Por aquel entonces ni siquiera existía la Asociación Nacional Paralímpica del Perú. Yo era un caso raro. No tenía rivales de mi misma condición. Prácticamente corría solo, como único representante del país.

Mi primer torneo internacional fueron los Juegos Parasuramericanos de Santiago 2014, en Chile. El solo hecho de subirme al avión con el buzo peruano ya era suficiente emoción. Competí en los 1500 metros. Una prueba que exige más velocidad que resistencia, y que no es precisamente mi modalidad favorita. Pero estaba contento. En Santiago me di con la sorpresa que era el único competidor inscrito en mi categoría. Aun así, no perdí el ánimo, y cuando sonó el disparo de la partida me esforcé igual. Tenía medalla fija. No había manera de no llevarme la de oro.

Error: sí había manera. Y eso lo supe al final de la jornada cuando me aprestaba a subir al podio y desde los parlantes se escuchó fuerte: Efraín Sotacuro del Perú, descalificado. Me quedé helado.

El jefe de la delegación reclamó, pero no hubo nada que hacer. Por reglamento, debí haber cambiado de carril en los cien metros. Y yo lo hice antes. Son diversos los factores que pueden echar a perder una medalla segura.

Pienso en eso ahora, en estos precisos instantes, en Río 2016, en que las fuerzas me abandonan, y voy todavía en el kilómetro 25. Si bien marcho pegado al pelotón de los punteros, no he podido beber agua en el primer tramo de la maratón. A diferencia de los otros que poseen uno de sus brazos, a mí me es complicado atenuar una botella de agua mientras mantengo mi ritmo.

Se supone que debo tener a alguien que me asista en cada uno de los puntos estratégicos. Pero Boaz solo estará en un par de



tramos a lo largo de los 42 kilómetros. Hay mucha ilusión por lo que pueda hacer. Antes de esta carrera me entrevistaron de varios medios. Más que otras veces. Y es que en febrero de 2016, hace unos meses, obtuve mi cupo a Brasil 2016 en la Maratón de Sevilla con un gran tiempo: 2 horas, 30 minutos y 17 segundos.

Esta mañana no tendré la misma fortuna. Acabo de pasar a un marroquí y a un brasileño, y me he posicionado en el tercer puesto pero no doy más. Y recién estamos en el kilómetro 30. La hidratación me ha pasado factura. El chino (Li Chaoyan) y el español (Abderrahman Ait Khamouch) son inalcanzables. Y el portugués (Manuel Mendes) me rebasará en cualquier momento.

No voy a ganar medalla, pero no abandonaré. Mi madre me está esperando en la meta. Es la primera vez que viaja en avión, que conoce otro país, y que me ve compitiendo por todo lo alto. No me rendiré. La mujer que me cuidó cuando volví a ser un niño no lo merece.

Finalmente, con un trote lento, acabo mi primera maratón en unos Juegos Paralímpicos con 2 horas, 55 minutos y 27 segundos, con una diferencia inmensa de quince minutos con el tercero. Busco a mamá. Alguien del público saca una bandera peruana y me la pone sobre los hombros mientras un grupo de gente grita: ¡Perú! ¡Perú! ¡Perú! Me dan ganas de llorar. Siento que les he fallado, y quiero pedirles disculpas. Hasta que veo a mamá y me tranquilizo. Está con un polo blanco, sus polleras y sus trenzas. Mamita Inés solo habla quechua. Así que esto solo lo entenderemos nosotros. Me abraza, sonriente, y me dice: «Allin waway yapanta yayinki» (Bien, hijito, eres un campeón).

La gente me mira con orgullo. Ya nadie siente lástima por mí. Soy Efrain Sotacuro, el primer peruano en correr una maratón en unos Juegos Paralímpicos.

El desgaste hace que mis piernas flaqueen, y que por poco me vaya al suelo. Los voluntarios, conscientes de que ya no doy más, me traen una silla de ruedas. Y esa es mi última imagen de Río de Janeiro: saliendo del circuito, incapaz de poner los pies en el piso, habiéndolo dado todo en los 42 kilómetros más intensos de mi vida.

Soy el cuarto mejor paratleta del mundo. Cuatro años atrás ni siquiera se me había ocurrido darle una vuelta al parque de mi casa.



Antes le tenía mucho miedo a las entrevistas. Me ponía rojo de la vergüenza. No es fácil asimilar que le vas a contar tu vida a un extraño. Y que después ese extraño lo va a hacer pública. Tampoco es sencillo tolerar que todos los periodistas, tarde o temprano, me van

a preguntar por el accidente. Y van a querer detalles. Datos que los demás no saben. Antes me afectaba contar una y otra vez lo que me pasó. Ahora ya no.

Mi vida ha cambiado mucho en los últimos once años. De vender llaveritos a un sol en la avenida Abancay, ahora cuento con tres auspiciadores y una marca trasnacional que me provee de zapatillas e implementos deportivos. De haberle pedido a mi madre que desapareciera todos los espejos y quemara todas mis fotos, ahora soy un vicioso de las redes sociales que no puede vivir sin subir por lo menos una historia a la semana. De haber pasado el colegio raspando porque se me habían acabado las ganas de estudiar, ahora curso el quinto ciclo de Administración y Marketing en la Universidad Continental de Huancayo, becado y a distancia.

Alguna vez se me cruzó la idea de hacerme daño. Hoy le agradezco a Dios por cada día que me da. He entendido que todo se hace según su voluntad. Y que siempre hay formas de encontrar la felicidad.

Sin querer, soy un modelo para otros muchachos, con alguna discapacidad, que se han tomado en serio el hecho de correr grandes distancias. A Carlos Sangama una desgranadora de maíz le trituró el brazo izquierdo a los once años mientras ayudaba a su familia en el negocio familiar, allá en la selva, en el Centro Poblado Nueva Florida, en Bellavista, San Martín. Hoy somos grandes amigos, y compartimos habitación. De vez en cuando también compartimos nuestras penas y glorias. Pero, como dicen, eso divide el sufrimiento y duplica la alegría.

Hace un tiempo me encontré en las calles de Huancayo con un chico, con muñones como los míos, que vendía caramelos. Lo vi bien físicamente. Era huancavelicano como yo, pero de Lircay, provincia de Angaraes. Como Gaida López hizo conmigo, le pregunté si le gustaba hacer deporte. Me dijo que sí. Así que le dejé mi número de celular y le pedí que me llamara cuando se animara a practicar el atletismo. Aquel chiquillo es Piter Ticllasuca.

Si Carlitos Sangama y yo nos relajamos un poco, un día nos ganará. Ese día no está muy lejos.

Se lo debemos, en gran medida, a nuestros entrenadores Roldolfo Gómez y Sunil Serna, quienes se esfuerzan por dejarnos en óptimas condiciones.

Se viene Lima 2019, los primeros Panamericanos que se realizarán en el país. Competiré en 1,500 metros. No habrá maratón para los paratletas, lamentablemente. Pero es algo para lo que vengo preparándome desde hace meses. Conseguí mi marca para los Panamericanos con mucha anticipación, en abril de 2018, en el Open de Caixas disputado en Sao Paulo, donde quedé en cuarto





Sebastián Morales

lugar. Antes he ganado medalla de oro en Medellín bajo la misma modalidad.

No me es extraña, y espero dar lo mejor. Pero la maratón es la carrera donde me siento más cómodo. A finales de abril de 2019 quedé quinto en la Maratón de Londres, en el campeonato Mundial de Maratón Paralímpica. Solo los cuatro primeros conseguían el boleto a Tokio 2020. No me desanimo: en diciembre perseguiré la clasificación en la Maratón de Valencia.

He aprendido a manejar la frustración. El truco es seguir intentando. En octubre cumpliré 29 años. Calculo que podré competir en tres Juegos Paralímpicos más. Pero sé también que el deporte es pasajero, y que debo pensar en mi futuro.

Me gustaría administrar mi propio gimnasio como Inés Melchor o construir departamentos y alquilarlos. Quiero apoyar a mi familia, y a mis nueve hermanos. Mi padre dejó la mina, y ahora vende helados artesanales en Paltamachay. Mi madre sigue atendiéndonos a todos, con dulzura.

Tengo muchos sueños. Escribir un libro es uno de ellos. Quiero que mucha gente se entere de cómo este deporte me salvó, y me mostró la luz.

Ya no siento vergüenza de mí. Cuando alguien me saluda con la mano le doy mi muñón izquierdo. Si tengo que firmar documentos lo hago con la boca. Si deseo colocarme las medias lo hago con los pies. Manejo el celular mejor que cualquiera. Me quedé sin brazos, pero no sin piernas.

Me quedé con vida. Solo deseo disfrutarla por mucho tiempo. Ese es mi único deseo cada vez que cumplo años, y debo soplar una torta.

Creo que eso nos vendría bien a todos.

Este texto fue escrito por Jesús Rodríguez después de sostener varias conversaciones con Efraín Sotacuro, y algunos de sus familiares. Creemos firmemente que, luego de tantos reportajes, era la oportunidad de que el propio Efraín contara su historia.





POR KIKE LA HOZ

EL GRAN ESCAPE DE CRISTHIAN PACHECO



SU FAMILIA HUYÓ DE LA POBREZA EXTREMA. EL INGRESO DE SU HERMANO RAÚL AL ATLETISMO LO HIZO POSIBLE. POR ÉL DEJÓ LAS CABINAS DE INTERNET Y EL DOTA, LOS JALADOS EN EDUCACIÓN FÍSICA Y LAS FUGAS POR ENCIMA DEL MURO DE SU COLEGIO. EL ORO EN LIMA 2019 SIRVIÓ PARA SUPERARLO. A PACHEQUITO YA NO LE CABE EL DIMINUTIVO.

FOTOGRAFÍAS: KATTYA LÁZARO



Las rodillas le tiemblan como cascabeles. Las manos también. Nunca, como hoy, le ha costado tanto amarrarse los cordones de las zapatillas. Aunque intenta contener los nervios, el pulso le falla. Cristhian Pacheco está a menos de tres horas de hacer historia en la maratón de los Juegos Panamericanos. Y aunque se ha descubierto a sí mismo como un novato antes de poner los pies sobre la partida, en esta mañana limeña casi tan gris como el pesimismo, tiene una certeza: va a ganar. Nadie se lo dijo. No ha sido el deseo de su madre ni el destino revelado por un oráculo wanka. Nada de eso. Va a ganar. Y lo sabe por una sencilla razón: él mismo lo ha visto en sueños.

Una semana antes de que Cristhian Pacheco recorra a ritmo de prófugo 42 kilómetros y 195 metros de asfalto en Lima, atravesie las 54 cuadras de la avenida Arequipa a la velocidad de una combi sin frenos, se cruce cuatro veces con la efigie de Miguel Grau en el paseo de los Héroes Navales, acelere en su regreso a Miraflores con la concentración de un keniatá, hipnotice a medio país con su tranco andino al pie de la Costa Verde e ingrese al parque Kennedy a través de ese improvisado curso patriótico en el que se convertirá la avenida Larco con él transfigurado en bandera, todo era obscuridad. Noche sin estrellas en Huancayo. Silencio de madrugada en Coto Coto. Allí, en ese suburbio al sur de la capital del valle del Mantaro, en medio de una habitación alquilada, un hombre del tamaño de un jockey y con dos kilos menos que un costal de arroz se levanta agitado. Tiene la boca seca, el cuerpo trémulo y el pensamiento confuso. Abre los ojos, pero aún cree que el sacerdote que ha visto en sueños es real. Tiene que serlo, piensa. Por unos segundos lo busca temeroso en la penumbra. «Hijo mío, de hoy en adelante toda tu vida cambiará», le anunció, dentro de un gran salón con un camino orillado por una multitud, que conduce a un muro repleto de zapatillas de todos los colores y tamaños, tan relucientes que enceguecen.

Entre aquel sueño y los últimos metros de la apoteosis en la avenida Larco, habrá mucho más que insomnio, ansiedad y kilómetros de sacrificio. Aquel hombre que se aproxima a la meta con la determinación de un asteroide, que ha logrado escaparse de ese

pelotón de asfixiados incapaces de seguir a su ritmo y que está convencido de que alcanzará la inmortalidad es, en realidad, un fugitivo. Un hombre que corre para huir. Cada noche, en las semanas previas a la maratón que cambiará su vida, sentirá un escalofrío muy parecido al miedo. Volteará su colchón más de diez veces. Se despertará empapado en sudor. Maldecirá a su almohada. Abrirá la ducha para despejar sus temores. Beberá agua como un exorcizado. Comerá para no pensar mientras todos duermen. Y recién al amanecer, cuando se acerque la hora de los entrenamientos, conciliará el sueño apenas por unos minutos. Ese será el precio que deberá pagar.

Antes de cruzar la meta, su vida ya ha empezado a cambiar de a pocos. Desde la noche previa, cuando Raúl Pacheco, su hermano y primer consejero, lo llamó para cerciorarse de que estuviera durmiendo. «¡Qué haces con el celular prendido!», lo reprendió con ese tono sosegado que todos en su familia saben que no atemoriza a nadie. Desde los 16 años, una vez que empezaron a compartir habitación, lo había obligado a levantarse temprano y a correr con él en el estadio de Coto Coto. Al principio, se resistió, pero lo terminó convenciendo de que el atletismo podía ser el atajo más corto pero el más empinado para alcanzar lo que quisiera: desde dinero en la billetera hasta un título universitario. «Mañana vas a correr bien. Ya sabes: el que no arriesga no gana», le dijo y cortó.

El que no arriesga no gana, se repite ahora Cristhian, mientras insiste en atarse los cordones de las zapatillas anaranjadas, lo suficientemente nuevas y relucientes para enceguecer a cualquiera. El temblor en las piernas y en las manos lo regresan a Miraflores, dentro de una carpa de la organización, donde se siente como un resorte aprisionado. La calma con la que despertó a las cinco de la mañana lo ha ido abandonando a medida que las calles cercanas al parque Kennedy se han atestado de familias enteras. Hooligans con modales de feligreses. Patriotas decididos a demostrar que no solo de fútbol vive el hombre. «Hoy ganamos», le dice uno. «¡Vamos, Pachequito!», lo reconoce otro. Los gritos se multiplican. Se superponen. El aliento suena a motín. El café y el plátano con mermelada que apenas pudo desayunar le dan vueltas en el estómago. Ha ido dos veces al baño, pero solo para comprobar que lo único que quiere es correr. Partir cuanto antes y no detenerse hasta saber que es el primero en llegar a la meta. De que no hay nadie detrás suyo que pise sus pasos. De que su sueño no fue solo eso: un sueño.

—A veces mis sueños se cumplen —me dirá Cristhian Pacheco unos días después de la competencia, sentado en la sala de visitas de la Villa Panamericana, un complejo de edificios en Villa El Salvador.

Su voz es como un murmullo tímido. Un susurro serrano. El quechua de sus antepasados se cuele entre sus erres, sus vocales



intermedias y sus diminutivos. «Ahorita el frío se siente fuerte», se frota las manos y mira con una mezcla de desconfianza y timidez. Cada vez que puede se queja de este invierno opaco que lo hace extrañar las mañanas soleadas de Huancayo. Debajo de una polera holgada y de unos pantalones de buzo que ocultan sus piernas de correccaminos, tiene el aspecto de un muchacho flaco y enfermizo. Una versión endeble de aquel titán que batió el récord nacional y panamericano con 2 horas, 9 minutos y 31 segundos. Un alter ego discreto y cotidiano de aquel superhéroe que agitó la bandera, un día antes del 28 de julio, en esos trescientos metros con final cinematográfico.

Lejos de los flashes y el asedio de curiosos y periodistas, Cristhian Pacheco vuelve a ser el muchacho de 26 años, padre de una niña llamada Luciana Valentina; conviviente de Evelin Escobar, corredora como él; inquilino de un pequeño departamento con dos habitaciones; el antepenúltimo de nueve hermanos; el hijo de un albañil y una ama de casa con quince corderos en un corral; y vecino del barrio de Coto Coto desde que tiene memoria. Allí creció corriendo en el descampado del estadio con unas zapatillas de ocho soles, viendo cómo su hermano Raúl, catorce años mayor, se convertía en uno de esos obstinados competidores de la Maratón de los Andes. Participaba junto a todo el clan de esa estrategia familiar —aplicada también en Lima 2019 a favor suyo—, que consistía en colocar a hermanos, primos y tíos a lo largo de la ruta oficial para garantizar agua y aliento al representante de los Pacheco.

Los primeros dólares ganados en aquella maratón del 2003 empezaron a inclinar la suerte de la familia. Las rentas atrasadas, las camas compartidas, los platos semivacíos fueron quedando en el pasado. Raúl había descubierto que la mejor manera de huir de la pobreza era en zapatillas.

Huir. Marcharse sin más. Alejarse de todo y de todos. Apartarse de lo temido, de lo indeseable. Ese verbo que suele acompañar a los cobardes acabaría siendo la mejor expresión de la valentía de Cristhian Pacheco. Al principio, huía de casa, a espaldas de Raúl, para pasarse horas enteras en una cabina de internet entre las calles Manco Cápac y Real en el centro de Huancayo. En ese submundo de comandos y estrategias, habitado por adolescentes con audífonos y acné, se volvió un experto en Dota, ese videojuego, con múltiples participantes en línea, que tiene como misión destruir al «ancestro» del oponente. Huía también de las clases de Educación Física a los 17 años. A la menor distracción del profesor Arturo Lozano, se encaramaba en el paredón del estadio del colegio Santa Isabel y saltaba hacia la libertad. Tres metros de adrenalina. Lo que no había hecho nunca en todos sus años de escolar, en quinto de secundaria se convirtió en un deporte de aventura.



—A mí no me gustaba correr —dice Cristhian, sin intuir que en esos saltos temerarios en los que siempre estuvo a punto de ser atrapado, y en esas carreras cargadas de angustia, empezaba a prepararse para lo que vendría después.

No podía huir de su destino: se convertiría en un atleta.

«Prueba seis meses. Date una oportunidad», le llegó a pedir su hermano Raúl, luego de verlo abandonar su primer intento en las pistas. La frustración lo había golpeado en las piernas: la Universidad Nacional del Centro había rechazado su postulación como deportista calificado. Ya no podría estudiar Contabilidad. Cristhian Pacheco sentía que el sacrificio de más de dos años de entrenamientos en el Estadio Huancayo era lo más parecido a correr en círculos.

De poco había servido imponerse una rutina, dejar atrás su pasado sedentario frente a una computadora, ganar medallas y campeonatos de menores. Si correr no se traducía en progreso, entonces nada tenía sentido. Sin embargo, las palabras de su hermano sirvieron para hacerlo recapacitar. Dos meses después, se calzó las



zapatillas, viajó a Lima y compitió en los 10 mil metros planos para intentar clasificar al Mundial Junior de Atletismo en Barcelona 2012. El primer lugar se le escapó sobre el final. Poco importó. Acabó tercero. Y aunque tuvo que resignarse a quedarse sin cupo, la derrota activó un interruptor desconocido en su interior: no estaba dispuesto a perder sin pelear.

Al año siguiente, ganó su primera carrera de larga distancia con una gripe amenazándolo: la Media Maratón Huaytapallana 2013 en El Tambo. Cronometró 1:09:37 por delante de los curtidos Franklin Jiménez de Cerro de Pasco y John Casallo de Huancayo. A partir de ahí no dejaría de acelerar nunca más.

—Al recordar esa carrera me dan ganas de llorar —dice Cristhian con la voz pausada y las manos inquietas. Después de eso de verdad ha cambiado toda mi vida.

Apenas puede pasar saliva luego de terminar esta frase. Un grupo de voluntarios acaba de reconocerlo desde lejos. Han ido acercándose hasta rodearlo. Le estrechan la mano. Le piden un selfi. Cristhian acepta. Se pone de pie. Tiene el cuerpo encorvado, la mirada titubeante y su gesto no admite dudas: está avergonzado.

Desde que ganó la maratón de Lima 2019, ha tenido que acostumbrarse a esto y más: a ser capturado por hordas de fanáticos, a firmar autógrafos sin mirar lo que escribe y a apagar el celular con el WhatsApp rebalsado de mensajes sin doble check. «Algunos se me quedan viendo porque no creen que soy yo», dice y muestra las encías.

No hace mucho le ocurrió algo parecido a la salida del estadio atlético en la Videna de San Luis. Acababa de ver perder a su amigo José Luis Rojas en los 5 mil metros planos. No dejaba de lamentarse de que en la última curva le arrebataran el primer lugar, cuando de pronto alguien lo reconoció en el pasadizo principal del complejo. Primero uno, luego cinco. Siguieron veinte. Más tarde, cien. «Una foto, Cristhian», «¡Gracias, campeón!», «Hemos gritado a morir por ti», «¡Te admiramos!», «¡Felicitaciones!», «¿Quién es? ¿Quién es?», «¡Pacheco. Es Pacheco!», «Hay que respetar la cola», «¡Aquí, Cristhian, aquí!», «¡Eres el mejor!», «¿Es él? No pensé que fuera tan bajito». La fama, implacable, empezaba a perseguirlo.

—Siento como si aún estuviera en un sueño —me dice Cristhian ahora que la calma se ha restablecido en la sala de visitas. Los voluntarios han vuelto a sus labores.

No lo dice solo por esta fama súbita y melosa. Lo dice, sobre todo, porque aún no dimensiona lo que ha logrado con sus zapatillas anaranjadas: quebrar el récord panamericano después de 36 años, arrebatarle la marca nacional a su propio hermano Raúl (2:11:01), bajar el registro de Sudamérica a niveles casi africanos. Un sueño.

Cristhian Pacheco necesita que alguien le pellizque el brazo.

—Cuando fui a ver a José Luis recién me di cuenta que estaba en unos Panamericanos —me dice.

Su propia incredulidad ha podido más que sus piernas. Basta un detalle: la medalla de oro, entregada por el presidente Martín Vizcarra, se ha mantenido guardada hasta ahora en un bolso dentro de su habitación. Ni siquiera se ha atrevido a sacarla cuando regresó a Huancayo por unos días para celebrar la fiesta del Santiago junto a su familia. En la casita de Coto Coto, habían decidido postergar la ceremonia por la ausencia del hijo maratonista: descartado el 25 de julio, como manda la tradición, Simeón, Felicita y los nueve hermanos Pacheco pudieron compartir la mesa recién el 3 de agosto. Mondongo, mote y cerveza. Más allá, la imagen del Tayta Shanti, una alcancia con la forma del apóstol cristiano, preparada para otorgar bendiciones después de ser velada con collares de frutas, hojas de coca y cintas de colores. Durante esos días, la medalla, con la piedra de los doce ángulos grabada en el reverso, se mantuvo oculta. Como una pieza sagrada. Como una reliquia sin profanar. «Hasta ahora no he podido estar a solas con ella», admite su dueño.

Desde la primera vez que se la colgó, al pie de un restaurante llamado —majaderías del destino— El Tayta en la avenida Larco, Cristhian aún siente que habita entre dos planos: uno onírico y otro real. El sacerdote profético, a veces vestido como el Tayta Shanti, parece no haberse ido. Su presagio se ha cumplido al pie de la letra. La multitud, orillando un camino, es esa avenida Larco de discotecas exclusivas que alguna vez se reservaron el derecho de admisión y que ahora lo recibe a él, un cholo color modesto en una masiva y conmovedora ceremonia de desagravio. Las zapatillas de todos los colores y tamaños relucen sobre un muro de una tienda deportiva donde ofrecerá su primera conferencia como campeón.

Su vida ha empezado a cambiar. Otra vez. Aunque él seguirá siendo el mismo, dice. Pero una cosa sí es real: los sueños de Cristhian Pacheco a veces se cumplen.



10 en Educación Física.

La libreta del primer año de secundaria lo delata.

El maratonista más rápido del Perú era un pésimo alumno cada vez que le tocaba ponerse las zapatillas. El registro de sus notas, que aún se conserva en el histórico colegio Santa Isabel de Huancayo donde alguna vez estudió José María Arguedas, corrobora lo que el propio Cristhian admite sin pudor: correr no era lo suyo.



En el despacho de la dirección, una oficina con ventanales y olor a lápiz recién tajado, seis ojos están posados sobre un tomo grueso repleto de nombres y numeritos. No es tan sencillo hallar a un exalumno que siempre formó parte del pelotón de los inadvertidos. El director Carlos Luis Huamán, un hijo de acobambinos con los ojos achinados, los bigotes ralos y el traje de funcionario público, tiene apenas cuatro años en el cargo. Tan solo ha visto a Cristhian por televisión. El encargado de actas Rodrigo Romero, un hombrecito que lleva las mangas de su saco gris con unos protectores, no tiene tanta memoria para acordarse de todas las caras que han pasado por este colegio con 167 años de historia. Más de 3300 alumnos, repartidos en 130 secciones: muchos de ellos chicos pobres de Sapallanga, Chupaca y Chilca. A Cristhian no le quedó más que ser una aguja dentro del pajar de la extravagante sección 'RR'. El profesor Sergio Córdova, cartapacio bajo el brazo y ropa deportiva transpirada, tiene algunos años como coordinador de Educación Física. Sabe que Cristhian fue alguna vez su alumno, pero no precisa en qué año. Los tres buscan su nombre entre los últimos lugares del salón. Al primer lugar de la maratón de los Juegos Panamericanos el apellido Pacheco le jugaba en contra.

«Aquí está», dice el director Huamán.

Cristhian Simeón Pacheco Mendoza. Dos jalados en primero de secundaria. Uno de ellos en Educación Física. En los tomos rescatados del archivo, solo figuran los promedios finales: 10 en primero, 14 en segundo; 13 en tercero —año en el que repitió de grado—, 12 en cuarto, y un sufrido 11 antes de dejar el colegio. El profesor Sergio Córdova acaba de descubrir que aquel 13 se lo puso él. El acta con la lista de docentes es irrefutable. «Sí es verdad, ahora que lo recuerdo a él no le gustaba correr», dice.

El último año, a pesar de salvar con 11, fue el más flojo de todos. El propio Cristhian no olvida que jaló en dos bimestres. El profesor Arturo Lozano, que hace algunos años dejó el Santa Isabel, llegó a calificarlo con 07. Las fugas por encima del paredón, instigadas por los cabecillas de la sección 'RR', casi le cuestan el curso. Educación Física, Matemática e Historia pudieron haberlo hecho repetir otra vez de año. «No solo es el colegio el que forma al ser humano. Es el contexto», reflexiona el director Huamán. Mientras me guía por los nuevos pabellones, reconstruidos en el 2016, hasta llegar al campo deportivo con piscina y tribuna recién estrenadas, reconoce que él mismo se escapó más de una vez por aquel muro que delimita el colegio. Intuye que la familia de Cristhian —así como lo fue la suya—, debe haber sido decisiva para lograr que esas fugas se transformaran en una interminable carrera hacia el oro panamericano. ¿Cómo no sentirse orgulloso de un alumno pobre de Coto Coto que pasó

de estar desaprobado en Educación Física a convertirse en el más ovacionado del Perú? ¿Cómo no emocionarse al verlo tomar la delantera en Larcomar, allí donde a cobrizos como el director Huamán les cuelgan la medalla de los marginados?

José Luis Rojas conoció a Cristhian Pacheco en aquellos años de fugas y onces en las libretas. Más de una mañana se cruzaron en el estadio de Coto Coto. Lo veía correr junto a su hermano Raúl, que empezaba a prepararse para los Juegos de Londres 2012. Por entonces, Cristhian era apenas un adolescente obligado a mover las piernas. En eso se parecía a José Luis, que por insistencia de su padre, un obrero que llegó a correr tres veces la Maratón de los Andes como amateur, decidió cambiar los partidos de Copa Perú con el Sport Boys de Azapampa por la pista de tartán del Estadio Huancayo. «Anda a correr. Te voy a pagar un sol», lo seducía.

Ninguno de los dos había elegido el atletismo como primera opción. Ninguno de los dos había podido estudiar lo que deseaba. Si Cristhian se había resignado a no ser un contador, José Luis tuvo que dejar atrás el deseo de ser un suboficial de la Policía. Pero muchas más cosas los unían: Coto Coto, la pobreza y ese deseo de no darse por vencidos nunca. No tardaron en hacerse amigos. Se alentaban mutuamente. Aunque al principio José Luis, un año mayor, intentaba convencer a Cristhian de su potencial a futuro. «Entrenaba bien, pero no se le daban los resultados», dice. «Se le veía la molestia». Aún recuerda las veces que lo dejaba atrás en las pruebas de 5 mil y 10 mil metros. En ocasiones, abandonaba.

«Cristhian no era tan bueno corriendo en pista», dice ahora José Luis, que acaba de bajarse de su Volkswagen escarabajo color dorado, con unos frisos negros a los lados y una coleta spoiler sobre el techo. No es de los atletas que pasen desapercibidos, como Cristhian. Menos esta tarde en Coto Coto con el sol casi a ocultas. La noche está por caer. Los pocos postes de luz empiezan a encenderse fuera del estadio, y apenas iluminan como velas lejanas el terreno de tierra y piedras que rodea a los campos de fútbol con el césped marchito. José Luis ha vuelto a entrenar después de quedar sexto en la prueba de 5 mil metros en Lima 2019. Lleva unas zapatillas verdes fosforescentes, anillos en las manos y una gorra de lado le cubre el peinado con trenzas y un moño con dreads. Empezó a construir ese look casi en paralelo a la carrera como maratonista de Cristhian. Desde que Raúl lo convenció de participar en carreras de fondo, otro sería su rumbo. La llegada del entrenador mexicano Rodolfo Gómez no haría más que potenciar su crecimiento. Desde los Juegos Olímpicos de Río 2016 (2:18:41) al Sudamericano en Buenos Aires 2018 (2:11:18) mostraría una evolución. Solo diecisiete segundos lo separaban del récord de su hermano Raúl.





Nada parecía detenerlo. Ni siquiera un esguince sufrido seis meses antes de Lima 2019. «Tómatelo con calma. No vaya a ser que te lesiones peor», le dijo. Pero Cristhian regresó más fuerte que nunca: acabó segundo en la media maratón de Cobán en Guatemala y José Luis empezó a intuir lo ineludible. Tres días antes que viajara a Lima, decidió contarle que lo había visto en sueños. A través de un cerro con una catarata, Cristhian marchaba primero. Más atrás, Wily Canchanya, el otro representante peruano, quedaba relegado al sexto lugar, tal como terminaría ocurriendo en los resultados oficiales. «Vas a ganar, Cristhian. Lo he soñado», le dijo. «Cholo, ¿y tus sueños se cumplen?», le preguntó con curiosidad. Aquel día no supo qué decirle. Ahora ya sabe que no se equivocó.

Por eso no se sorprendió cuando a la altura de Larcomar Cristhian decidió huir del mexicano Santana como poseído por una deidad andina. «Ahorita se va», pensó antes de ese último kilómetro y medio de gloria. «Y se fue», dice. Después de haber compartido tanto, desde un caldo de mote en el mercado hasta los sueños de correr juntos en unos Juegos Olímpicos, José Luis no puede evitar sentirse parte de este triunfo. «Es como una victoria compartida», dice. Ahora que ya ha decidido no competir más en pruebas de pista, quiere lograr la marca para estar en Tokio 2020 al lado de Cristhian. El deseo de ambos es competir como equipo. Cubrirse las espaldas. Fijar una estrategia. Algo que no fue posible con Wily Canchanya en Lima 2019. «Para escoger amigos, Cristhian es bien especial. Yo soy el único que tiene», admite José Luis. En realidad, ahora son más que amigos. Son familia. Compadres por sus hijos.

Antes de despedirse, el motor de su escarabajo ronronea al ritmo de un reggaetón latino. José Luis señala el otro extremo del estadio. «Allá vive la mamá de Cristhian».

Después de tocar el portón de lata, al pie de una calle de tierra, una mujer pequeña, casi oculta entre chompas y una gorra de lana, saluda mostrando una dentadura incompleta. No es dada a hablar. Dice que su esposo Simeón llegará más tarde. Hoy tiene obra. Prefiere que vaya a buscar a su hijo mayor, Jorge, que regenta una ferretería a unas cuadras del estadio. Los postes de luz apenas iluminan las calles afirmadas. La luna huancaína es más potente esta noche. Montículos de tierra, veredas en construcción, algunos puestos de comida, tres cabinas de internet con letreros de Dota 2 y Fortnite decoran el barrio. Desde una iglesia evangélica, una canción reproducida a un volumen infernal se entremezcla con el bullicio de la carretera Mariscal Castilla que va hacia Huancán.

La ferretería «Koki» está al otro lado de la vía. Jorge Pacheco decidió abrirla hace más de un año. Después de dos décadas manchándose las manos con cemento, ha logrado convertirse en un



pequeño empresario de la construcción. Pudo haber sido el primer Pacheco en ganar una Maratón de los Andes o en participar en unos Juegos Olímpicos, pero abandonó las zapatillas antes de tiempo. No todos podían ser Juan José Castillo a finales de los ochenta. Su misión sería otra: abrirle paso a los que venían detrás.

Entre tachos de pinturas, cables, tubos y costales de arena, Jorge vuelve a los días en los que se hizo corredor. Su tío Melecio Chancas, un profesor de Educación Física del Colegio José María Arguedas, fue uno de los primeros en animarlo. No tardó mucho en ganar sus primeras carreras de 10 mil metros a nivel escolar. Su padre desconfiaba de ese pasatiempo. El mayor de los Pacheco sabía bien que para mantener a una familia con nueve hijos tocaba que muchos de ellos trabajaran. Aprendió a lustrar zapatos y a vender chocolates, caramelos y frutas en la calle Real o en el óvalo de Coto Coto. A su lado, el pequeño Raúl, cinco años menor, lo acompañaba siempre. Como cuando decidió entrenarse con largos recorridos hasta Chupuro. Raúl solo llegaba hasta Huancán, pero lo esperaba para regresar juntos a casa. Al poco tiempo descubrió que también tenía talento para correr, y por eso le pidió a su entrenador Benjamín Torres que lo probara. «Pero está muy gordito», le dijo. «Dele una oportunidad, profe», insistió.

Cristhian aún no existía cuando Raúl empezó a ganar sus primeras carreras. Al poco tiempo se hizo profesional, mientras Jorge se resignaba a ganar algunas monedas como ayudante de albañil. «Si algo hice fue encaminarlo en el atletismo. Sin saber que iba a llegar lejos, y que haría lo mismo con Cristhian», dice, aunque no evita pensar en esa ucronía en la que él es el de las medallas y la fama. A veces no queda más que inmolarse. Y él lo hizo.

A los Pachecos les tocó salir de la pobreza en postas. Algo que también aplicaron para llegar al oro en Lima 2019. Desde los primeros troles de Jorge hasta las siete victorias de Raúl en la Maratón de los Andes. Desde su medalla de plata en los Panamericanos de Toronto 2015 hasta la marca lograda por Cristhian en el 2018 para quebrar el récord de Raúl en el valle del Mantaro. Diecinueve años tardaron en lograrlo. La diferencia temporal que separa a Cristhian de su hermano mayor. «Dios no nos ha olvidado», dice Jorge con lágrimas en los ojos. Son más de las nueve. Es hora de cerrar la ferretería.



Los pasos de Cristhian Pacheco apenas suenan sobre el pavimento. En esta mañana nublada y de garúa menuda, en la que más allá del centro comercial Larcomar el océano Pacífico no es más que un lienzo plomizo, ha aceptado a regañadientes dejar su cama

de un hotel en San Luis. Camina sin prisa. A pocos días de cumplirse un mes de su hazaña como abanderado de la patria, volverá a recorrer el último kilómetro y medio de la ruta que lo elevó a los altares deportivos junto a Gladys Tejeda.

El frío húmedo lo tiene de mal humor. Lima ha pasado a formar parte de su historia, pero no le gusta como ciudad. El mar de automóviles, el cielo desteñido en invierno, el calor pegajoso en verano, las calles con cucarachas, el apuro de los limeños lo hacen siempre querer volver a Huancayo. Aunque Miraflores siempre le recuerda al primer par de zapatillas costosas que tuvo en su vida. Aquí, hace seis años, Christopher Legua, encargado de Nike por entonces, lo convenció de integrar el team de la marca. Después de aceptar su invitación para una carrera en Lima, nunca más volvió a correr con las zapatillas chinas que compraba en el mercado o con las usadas, talla 38, que le regalaba su hermano.

Una empleada del hogar pasa corriendo con un perro. Un runner miraflorentino, con audífonos y muñequeras, es el único que lo reconoce. «¡Hola, campeón!», le grita. Mientras la calle se va llenando de oficinistas que compiten contra la impuntualidad, Cristhian Pacheco recuerda que fue frente a Larcomar que decidió el escape definitivo. La respiración del mexicano Santana fue el primer aviso. Pero cuando notó que sus ojos oscilaban entre el camino y él, se dio cuenta de que perdía la concentración. Era el momento de acelerar.

A partir del kilómetro 24, con el pelotón de los primeros aún intacto, había decidido hablarle a su cuerpo. «Ahora sí vamos a empezar a aumentar el paso». Él mismo se sorprendió de llegar al hotel Marriott con el ritmo de un desquiciado. «Por aquí fue la subida, ¿no?», pregunta en la entrada de la avenida Larco, encogido por el frío y con el sueño aún en los párpados. Dice que aquí su papá, su mujer y sus hermanas Geovana y Yesabela lograron reunirse luego de haber estado dispersas a lo largo de la ruta. Lo sabe porque lo vio en los resúmenes de la televisión. Durante la marcha, solo tenía ojos para la pista. Sin embargo, fue capaz de percibir ese cúmulo de colores y vibraciones que cobraron la forma de un hombre con una bandera en la mano. Faltaban menos de trescientos metros para la meta. «¡Llévatela!», le gritó, y él obedeció como un autómatas sonriente. No ha vuelto a saber nada de él hasta ahora, pero dice que está dispuesto a regresársela autografiada.

El cruce de la avenida Larco y la calle Schell es un hervidero de pasos, zapatos y piernas apuradas. Cristhian observa aturdido. Aquí, donde sus pies fueron los únicos protagonistas de aquel sábado de finales de julio, ahora se pierden entre el gentío ruidoso. Millones de ojos se posaron sobre él en ese ingreso triunfal. Esta mañana, en cambio, es un muchacho flaco con las manos en los bolsillos al



que nadie voltea a ver. Un completo extraño. «Acá fue la llegada, creo», apunta tímido con el mentón al palacio municipal de Miraflores. Solo su hija se coló en sus pensamientos antes de atravesar la meta. Lo recuerda ahora que un grupo de peatones espera el cambio del semáforo como el pistoletazo de una maratón.

A Cristhian Pacheco nunca le gustó cantar el himno nacional los lunes en el colegio, pero ese día en Miraflores la emoción pudo más. Recordó su primera maratón internacional en Rotterdam. La clasificación a sus primeros Juegos Olímpicos. Los malabares que tuvo que hacer para competir en Río 2016 junto a Raúl. Los días inciertos en México, sin dinero y con una lesión curada a medias, malviviendo en casa de Rodolfo Gómez, antes de viajar a Brasil. Llegaron sobrecargados, sin el respaldo pleno de la Federación de Atletismo, convencidos de que no tendrían chances. La única alegría después de haberse ubicado en el puesto 52 fue haber terminado una maratón junto a su hermano por primera vez y haberlo superado por más de un minuto: 2:18:41 sobre 2:20:13. Aquel día, ganó Eliud Kipchoge, el keniano de otro planeta que acaba de cruzar la barrera de las dos horas. Cristhian aún conserva una foto a su lado, que hasta ahora usa como perfil de WhatsApp.

Sentado en una cafetería, a pocos pasos de donde recibió la medalla, cree que es posible subirse al podio olímpico. Después del oro panamericano y de haber roto todas las marcas de su hermano a nivel local, su reto está fuera del Perú. No se siente el mejor. Porque cuando alguna vez lo hizo bajó la guardia y otros lo superaron. Lección aprendida. Al muchacho que cuando no está huyendo de sus rivales vive en una cama, dormido o mirando películas le gusta repetir que lo suyo es la humildad. El ancla que tiene tatuada en la mano derecha es el símbolo de su equilibrio.

Desde hace cuatro meses vive con su nueva familia. No ha sido fácil. Pero dice que ha madurado mucho más a partir de entrenar sin su hermano. A Pachequito ya no le cabe el diminutivo. Quiere correr diez años más en buen nivel, y ganar las maratones de Londres y Nueva York. Aunque más que medallas, quiere calmar ese deseo insaciable que le ha provocado el atletismo: llevar el cuerpo al límite. Cruzar la meta adolorido de placer. Sucumbir ante ese espasmo tan parecido al vómito.

—He ganado en los Panamericanos, pero no estoy tan satisfecho —confiesa en un raptó de franqueza. Siento que algo falta. Otras veces he acabado segundo o tercero, pero tenía una sensación como que mi cuerpo estaba renovado, como que botaba algo.

—¿Como un orgasmo?

—Eso es. Así mismo. Es como cuando tienes relaciones y no llegas al punto de acabar. Necesitas más, ¿no? Así me siento yo.



Las emociones en Miraflores no faltaron. Bailotearon en su pecho. Que no se malinterprete lo anterior. Dice que se preparó desde el 2015 para esta medalla. Pero el gesto sereno de Cristhian durante la premiación reflejaba a un muchacho feliz que no había llegado al clímax. Ni punto de comparación con la primera vez que ganó una media maratón. Aquel día en El Tambo sí lloró. Y ahora cree que recién volvería a sentir algo así si es que alcanza una medalla olímpica. Si es que es capaz de pisarle los talones a Kipchogue. Así no acabe primero. Dolor y placer es todo lo que desea. Adrenalina. La victoria es lo de menos. No le importará perder. Lo que quiere es mejorar.

»»»»»»

—Gladys, sacaré tus pasajes para este jueves.

—¿Dónde va a ser el homenaje?

—Desde el estadio Castilla vamos a hacer una caravana por la avenida Real, hasta la bajada de El Tambo. Luego van a venir



caminando con Cristhian hasta el parque Huamanmarca, como saludando a la gente, mostrando tu medalla.

—¡Waaaaa! Voy a estar súper cansada.

—Son dos cuadritas. Tú que has corrido 42 kilómetros...

La llamada durará algunos minutos más. No será la única que Raúl Pacheco tenga esta mañana de mediados de agosto. Sus dos celulares no paran de sonar. Como presidente del Instituto Peruano del Deporte en Junín, es el encargado de organizar la bienvenida a los medallistas panamericanos, y por eso debe desdoblarse para firmar documentos, coordinar con los alcaldes de Huancayo, Chilca y El Tambo, recordarle a su hermano Cristhian que tiene una cita en el IPD de Lima, atender una entrevista en vivo para una radio local y convencer a Gladys Tejeda de llegar a tiempo a la ceremonia. Raúl Pacheco asume esta carga con actitud zen. No parece casual que en su despacho con paredes recubiertas con madera, sillones de cuero y un pabellón del Perú se escuche de fondo una flauta china con el rumor de un arroyo. La música llega desde una oficina vecina, aquí en las entrañas de la tribuna occidente del Estadio Huancayo.

La raya al costado y el traje añil con corbata ploma hacen juego con su tono sereno. Debajo de esa ornamenta de burócrata, Raúl Pacheco sigue siendo un exatleta. Uno que acaba de ser superado por el hermano menor al que guio por ocho años. Habla de orgullo, compromiso y honor cuando se refiere a Cristhian. Dice que lo animó a correr porque le vio convicción: «Es un muchacho que no se rinde ante las adversidades».

Dos días después, durante la caravana por la calle Real, en el centro de Huancayo, Raúl resguardará con el celo de un guardaespaldas encubierto el avance de la camioneta en la que Cristhian y Gladys mandan besos volados a las miles de personas que han formado un cordón humano sobre ambas veredas. Desde escolares gritones hasta mecánicos, cosmetólogas y mozos. Aquí, por donde alguna vez avanzaron juntos, antes de cruzar la Maratón de los Andes 2016 con un segundo de diferencia, Raúl recuerda que tuvo que convencerlo de ir poco a poco. Como cuando en la edición 2015 le dijo que se retirara en el kilómetro 30. «Pero yo quiero llegar». «No». «Pero yo tengo fuerzas». «No es el momento aún». Antes de entrar a Cajal, Cristhian bajó la mirada, desaceleró y salió de la pista.

—¿Cuándo supiste que te iba a superar?

—Eso ya se sabía. A él lo trabajamos a largo plazo.

El muchacho que ahora muestra la medalla de oro, como si bendijera a todos los mortales que se rinden a su paso, es el séptimo de nueve hermanos. Nacido en el peor momento, cuando la comida no alcanzaba y una cama de una plaza y media era compartida por todos. «Dormíamos como cuycitos», dice Raúl, quien acaba de

arrepentirse por haber pensado alguna vez que lo mejor hubiera sido que su hermano no naciera. El más parecido a él. «Su hijo negado», como le dicen muchos. El mejor maratonista del Perú.

Después de recibir diplomas y premios, un collar de flores, condecoraciones, promesas demagógicas de alcaldes, cheques del tamaño de una tabla de surf, abrazos exagerados y un baño de popularidad bajo el sol huancaíno, Cristhian se bajará del escenario de la plaza Huamanmarca e irá a la casita de Coto Coto acompañado de Raúl. El terreno de 130 metros que alguna vez le regaló a su mamá cuando aún corría tiene ahora dos pisos y un patio donde Felícita le da de comer a sus carneros. Toda la familia se ha reunido aquí para recibir al campeón panamericano. Sus ocho hermanos: Jorge, Geovana, Raúl, David, Yesabela, Denis, Sally y Mayumi. Algunos tíos y primos, y los vecinos que lo conocen desde niño. Simeón, su padre, observa todo desde su habitual silencio. Ha seguido leal el paso de la caravana desde el estadio Castilla y ahora destapa las primeras cervezas. Desde hace tres años decidió empezar a correr para comprobar el gen familiar. El primer lugar como supermáster en la Maratón de los Andes 2018 ha sido su confirmación.

Una correntada de viento agita la gigantografía con la imagen de Cristhian colocada en la entrada de la casa. Le arrojan mandarinas, beben a vaso lleno y comen huallpa chupe —un guiso de pollo, papa y mote— mientras la voz del Picaflor de los Andes desgarrar los parlantes con su Huancaíno soy. Esta vez la medalla de oro pasará de mano en mano. «Justo tengo que pagar unas deudas», bromea su hermano Jorge. Alguien aprovecha para buscar en YouTube la carrera completa. Un televisor de 40 pulgadas, en medio de la sala, atraparán la atención de todos durante las próximas 2 horas, 9 minutos y 31 segundos. Cristhian aprovechará para dar una vuelta por el descampado del estadio. Caminará con su medalla colgada del cuello. Recordará todas las veces que lloró aquí después de perder una carrera. Preguntándose en qué falló. Arrepintiéndose de esta vida de atleta. Prometiéndose abandonarlo todo. Aunque su cuerpo siempre lo llevaría otra vez a la pista. A trotar. A correr. A no olvidar todo aquello de lo que huyó para llegar hasta aquí.

Cristhian ya no juega al Dota, aunque dice que le debe la concentración con la que corre. En algunos años, cuando se retire, quiere dedicarse a ser profesor de Educación Física. Pero antes le gustaría que le hicieran una estatua. Quizá una tan grande como el muro de su colegio. No en Lima, sino aquí en Huancayo. Y por qué no en Coto Coto. Una como la que tiene Rocky Balboa en Filadelfia, dice. Total, así como él, está convencido de que la mejor forma de escapar de los golpes es soportándolos.



EDITORES

RENZO GÓMEZ VEGA (ED.)

(Lima, 1988)

Coautor de *Benditos. 13 historias no aptas para incrédulos* (Magreb, 2018), libro de crónicas y perfiles sobre el retorno de Perú a los mundiales de fútbol. Fundador y editor general de la revista digital *Sudor*. Desde hace cinco años escribe en el Suplemento Domingo del diario *La República*. Se inició en el periodismo en los diarios deportivos *Líbero* y *Depor*.

KIKE LA HOZ (ED.)

(Lima, 1983)

Autor del libro *Prehistoria de un goleador* (Planeta, 2019) y coautor de *Benditos. 13 historias no aptas para incrédulos* (Magreb, 2018). Periodista en la Agencia France-Press y fundador de la revista digital *Sudor*. Formado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, realizó estudios de posgrado en Argentina y colaboró para medios como *Clarín*, *El Comercio* y *Directv Sports*.

EDITOR FOTOGRÁFICO

JORGE JAIME VALDEZ

(Salcabamba, 1975)

Comunicador social, amante del cine y la fotografía. Ha expuesto en diversas muestras, siendo las más importantes «Colorandes», «Los rostros del Perú» y «Sur Wanca». En la actualidad, es docente de la Universidad Nacional del Centro del Perú y la Universidad Continental. Además, dirige la revista cultural *Whynot XL* en Huancayo.

CRONISTAS

HANS BRIAN CAMPOSANO VIDAL

(Huancayo, 1990)

Escritor por afición y sin publicación. Luego de muchos descalabros terminó la carrera de Ingeniería Industrial en la Universidad Continental a mediados del 2018 con la adversidad de los requisitos y tras sortear preocupaciones. Logró el grado de bachiller meses después. Renunció a toda comodidad para llegar a ser parte de este proyecto.

SAÚL GUTIÉRREZ PÁRRAGA

(Huancayo, 1981)

Periodista con trece años de experiencia formado en la Universidad Nacional del Centro del Perú. Exdirector de noticias de Panamericana Televisión (Huancayo), exredactor en los diarios *Correo* y *Primicia* de Huancayo. Responsable audiovisual en la revista *Crónica*. Fue tallerista de Julio Villanueva Chang, Marco Avilés y Daniel Titingher.

ANA C. MATÍAS ALIAGA

(Tarma, 1987)

Comunicadora social con nueve años de experiencia. Formada en la Universidad Nacional del Centro del Perú. Ha colaborado para diversos medios nacionales, como corresponsal de Panamericana Televisión en Huancayo, redactora de los diarios *Trome* y *Correo* del grupo El Comercio, y como reportera de programas radiales y televisivos.

JHOVANA MENDOZA SOTO

(Huancavelica 1982)

Periodista con siete años de experiencia en Huancayo y Ayacucho. Estudió en la Universidad Nacional del Centro del Perú. Fundadora y exeditora del diario *Correo* de Huancavelica. Colabora con *La República*. Trabajó como comunicadora en la Cooperación Técnica Belga, el Programa Qali Warma y el Gobierno Regional de Huancavelica.

DANIEL MITMA

(Huancayo, 1993)

Periodista. Editor del diario *Correo*. Estudió en la Universidad Nacional del Centro del Perú. Tallerista de Julio Villanueva Chang y Marco Avilés, y alumno del Diplomado de la Escuela

de Periodismo Portátil, dirigida por Juan Pablo Meneses. Colaboró con medios como *La República* y *Ojo*. Tiene dos perros y ganas de viajar en el Transiberiano.

KAREN REYNA OBA SEGAMA

(Huancayo, 1980)

Comunicadora de la UNCP. Exbecaria de la Fundación Ford para la Maestría en Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana. Mención honorífica a la investigación «Memoria y discurso mediático en el contexto post-Fujimori». Madre de Kazuo. Coordina el Centro Cultural de la Universidad Continental. Cree en el potencial transformador de la cultura.

ANALUCÍA RAMÓN ZACARÍAS

(Jauja, 1993)

Periodista, fotógrafa freelance y gestora de medios. Formada en la Universidad Nacional del Centro del Perú, colaboró para *La República Centro* edición Web y la *Rotativa Regional de RPP* Junín. Fue finalista del concurso de *El Comercio* «¿Cómo somos los peruanos?» (2017), y becada por la Fundación Gustavo Mohme Llona (2017) y *Ojo Público* (2018).

EDVAN RÍOS CHANCA

(Morococha, 1980)

Nació en Morococha, la primera ciudad reasentada del Perú a causa de la minería. Ejerce el periodismo desde hace 20 años. Estudió en la Universidad Nacional del Centro del Perú. Trabajó en el diario *Correo* de Huancayo, fundó la revista *Crónica* y colaboró para el semanario *Hildebrandt en sus Trece*. También es profesor de Ciencias Sociales.

JESÚS RODRÍGUEZ QUINCHO

(Huancavelica, 1998)

Amante del fútbol y otras artes como el cine y el teatro. Alguna vez vendió su Play Station para ver a la selección. Transmitió por radio la Maratón Internacional de los Andes 2018. Está por terminar la carrera de Ciencias y Tecnologías de la Comunicación en la Universidad Continental de Huancayo. Periodista deportivo en formación.

FOTÓGRAFOS

ABEL AGUILAR ZEVALLOS

(La Oroya, 1989)

Comunicador de profesión y fotógrafo por vocación, trabajó por más de seis años en el diario *Correo* de Huancayo y fue Jefe de Fotografía de la Región Centro. Hoy, documenta las expresiones culturales del Valle del Mantaro y lidera la empresa fotográfica Sheep Magic.

BRUNO CRUZADO VASQUEZ

(Pichanaki, 1987)

Desde muy niño se inclinó por el dibujo y la pintura. Esa pasión lo llevó a especializarse a nivel profesional en Diseño. Docente de Diseño gráfico durante tres años, en la actualidad, administra un colectivo de fotografía y video denominado Somos Feeling, y cuenta con una marca propia como fotógrafo de eventos en Huancayo.

VIRNA CUEVA YAIPÉN

(Huancayo, 1998)

Amante de la cultura y la tierra en donde nació. Apasionada por la fotografía desde muy pequeña. Cursa el noveno ciclo de la carrera de Ciencias y Tecnologías de la Comunicación de la Universidad Continental de Huancayo. En la actualidad, colabora con el equipo de Somos Feeling, un colectivo especializado en comunicación audiovisual.

EDWARD JONATHAN JULIÁN DAGA

(Huancayo, 1995)

Comunicador social y fotógrafo. Disfruta la adrenalina. Estudió en la Universidad Continental de Huancayo. Coordina el proyecto «Zapatea con Orgullo», que busca revalorar las danzas de la región de Junín a través de intervenciones urbanas. Además, es gestor de proyectos culturales y sociales. Le gusta la cerveza artesanal y la buena música.

GONZALO DAVID GAMARRA RATTO

(Huancayo, 1996)

Estudiante de Ciencias y Tecnologías de la Comunicación en la Universidad Continental de Huancayo y reportero para *Exitosa Tv* Junín, se ha especializado en la transmisión y cobertura de torneos de básquet. En la actualidad, trabaja

en Radio Universitaria como locutor del programa Consultorio al aire. Además, es fotógrafo freelancer.

KATTYA LÁZARO GÓMEZ

(Huancayo, 1990)

Vive entre Jauja, Huancayo y Lima. Es comunicadora social y fotógrafa. Estudió en la UNCP y el Centro de la Imagen. Fue ganadora en el 2012, y finalista en el 2013, del concurso de fotografía «¿Cómo somos los peruanos?» de *El Comercio*. Trabaja en producción audiovisual y fotografía. Le gusta las piernitas de pollo, la cerveza y el rock.

SEBASTIÁN MORALES

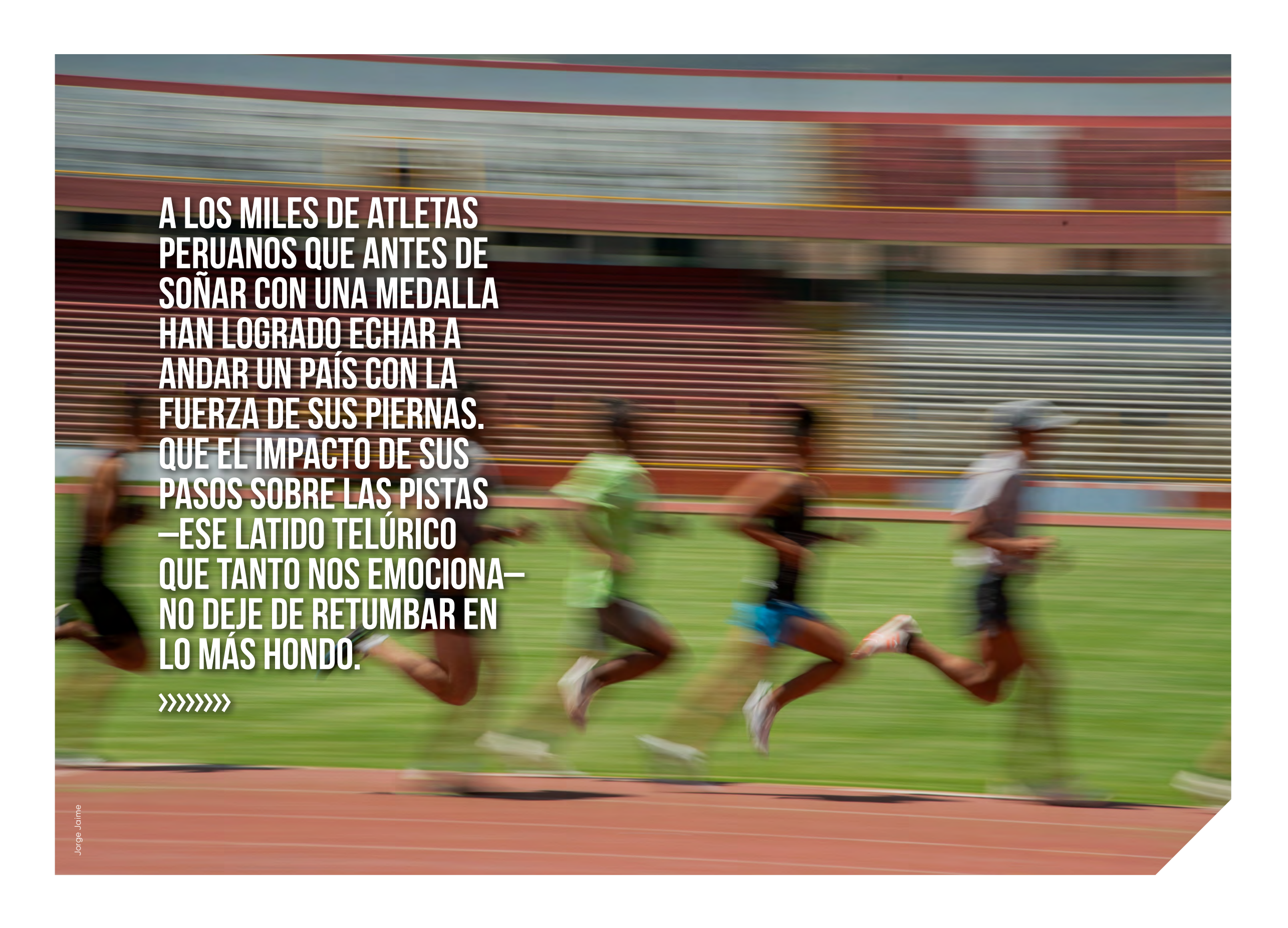
(Lima, 1998)

Cultor de las imágenes desde niño, empezó su formación fotográfica en el Instituto Corriente Alterna (2016) y actualmente estudia la carrera de Ciencias y Tecnologías de la Comunicación en la Universidad Continental de Huancayo. Realizó fotografía de modas y colaboró en la exposición colectiva Génesis 1:3 presentada en el 2018.

RENATO PAJUELO Z.

(Lima, 1989)

Fotoperiodista del diario *La República* desde 2015. Inició sus prácticas periodísticas en el *Diario Oficial El Peruano* y la *Agencia de Noticias Andina* (2013). Obtuvo el grado de Licenciado en Periodismo por la Universidad Jaime Bausate y Meza (2018). Interesado en la fotografía sociodocumental, procura que las imágenes hablen por él.



**A LOS MILES DE ATLETAS
PERUANOS QUE ANTES DE
SOÑAR CON UNA MEDALLA
HAN LOGRADO ECHAR A
ANDAR UN PAÍS CON LA
FUERZA DE SUS PIERNAS.
QUE EL IMPACTO DE SUS
PASOS SOBRE LAS PISTAS
—ESE LATIDO TELÚRICO
QUE TANTO NOS EMOCIONA—
NO DEJE DE RETUMBAR EN
LO MÁS HONDO.**



En un esfuerzo colectivo e inédito, **Largo aliento** es el primer libro periodístico que reúne diez historias sobre los personajes que han dejado una huella simbólica y real sobre las pistas atléticas de Huancayo. Desde Inés Melchor hasta Efraín Sotacuro. Desde Gladys Tejeda y Cristhian Pacheco hasta Juan José Castillo. Desde los hermanos Canchanya hasta Florinda Camayo y todas aquellas fondistas que han luchado por un atletismo libre de machismo.

Diez historias contadas por el genio creador de periodistas y fotógrafos locales —con el invaluable respaldo de la Universidad Continental—, que intentan narrar ese recorrido, nunca exento de tragedias y desilusiones, de un pueblo hacia la meta. Si correr es un ejercicio de largo aliento, escribir este libro ha sido lo más parecido a eso.

«En este 2019 los entusiastas del deporte nacional parecería que solo tienen memoria para las glorias recientes del fútbol. Con la resaca de la Copa América y la bandera aún sobre los hombros corean Contigo Perú frente a los guerreros y los orejas.

Pero antes de ese júbilo multitudinario y bullero han sido las y los fondistas de la sierra, a los que este libro rinde justo homenaje, los guardianes del orgullo deportivo de un país que cuenta glorias y triunfos deportivos con humildad y mesura. No lo olvidemos. Larga vida para ellas y ellos. Largo aliento.»

ELDA CANTÚ, editora de The New York Times en español

ISBN: 978-612-4443-09-1



9786124443091